

# La vuelta al mundo en **42** kilómetros



7 Maratones – 7 Continentes & Grand Slam Marathon

Miguel Caselles

CRÓNICAS DE UN MARATONAUTA CAMINERO

La vuelta al mundo en **42** kilómetros  
Miguel Caselles

*La vuelta al mundo en 42 Km.* \_\_\_\_\_

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE  
**Comunidad de Madrid**

Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación, Juventud y Deporte de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)  
[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)



*¿Cómo le puedes pedir a alguien que viva y exista en este mundo, pero que no diga nada sobre la injusticia?*

– John Carlos –

*Tras la final de los 200 metros lisos de los JJ.OO. de México 68, los atletas John Carlos, Tommie Smith y Peter Norman subieron al podio escenificando la protesta más memorable de la historia del deporte contra el racismo y en favor de los derechos humanos.*

# 7 Maratones – 7 Continentes & Grand Slam Marathon



# La vuelta al mundo en **42** kilómetros



CRÓNICAS DE UN MARATONAUTA CAMINERO

Miguel Caselles

---

*La vuelta al mundo en 42 Km.*

*A mi viejo, de cuya mano conocí la lucha,  
la naturaleza y su respeto.*

## PRÓLOGO

*Por Juan Antonio Alegre, "Chinotto"*

A Miguel Caselles le conocí una tarde de primavera en los estudios de radio de la Cadena SER de Madrid. A ambos nos habían invitado para charlar de deporte y aventuras. Por aquel entonces Miguel organizaba las primeras ediciones del *Maratón Alpino Madrileño* y el *Cross Alpino Mulhacén*, las carreras de montaña más duras del momento en suelo peninsular. En cuanto a mí, acababa de regresar de la travesía a pie de la Gran Muralla China a lo largo de tres mil kilómetros de periplo. Lo cierto es que pronto surgió una intensa conversación en antena sobre viajes, montañas, maratones y ciclismo.

Corrían los años 90 y Caselles animaba el mundillo atlético y montañero con sus reportajes sobre técnica, entrenamientos y consejos para correr por montaña. Sus propuestas eran atrevidas y a muchos nos descubrió el transgresor arte de correr por montaña. «No hay caminos imposibles para las zapatillas», aseguraba. También me sorprendieron sus imaginativas estrategias, en las que mezclaba carrera a pie, bicicleta o patines para lograr travesías y ascensiones en tiempos récord. Por lo demás, era conocida su originalidad para embarcarse en viajes a destinos inverosímiles donde llevar a cabo acciones deportivas diferentes que más tarde nos proponía desde las páginas de revistas, con toda la información necesaria para ser repetidas. Porque en el fondo, salvo a principios de los 90 cuando ganó varias carreras de montaña y un par de ediciones de la *Copa Madrileña de Carreras por Montaña*, Miguel ha utilizado el entrena-

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

miento de la carrera a pie y la práctica ciclista como soporte para acometer sugerentes actividades en plena naturaleza.

En aquella tertulia radiofónica intercambiamos números de teléfono y con el tiempo buscamos terreno de juego común donde compartir experiencias. No fue difícil. Primero trotando por los senderos de la Sierra de Guadarrama y después llaneando, subiendo y bajando por rincones excepcionales de la geografía terrestre. El caso es que con el tiempo ambos supimos que podíamos recurrir el uno al otro frente a proyectos no aptos para indecisos. Además de amigos nos habíamos convertido en aliados.

Unas veces juntos y otras por separado, durante estos años no hemos dejado de maquinarnos historias en las que enrolarnos. Algunas irrepetibles, como la *I Travesía en Patines del Salar de Uyuni* (el mayor y más alto desierto de sal del planeta, en Bolivia), la *I Carrera Metrosurbana del Mundo* (en los túneles de la Línea 12 del Metro de Madrid), la *Travesía Invernal del Lago Baikal* o los *7 Días-7 Islas-7 Cumbres* (ascensión de las siete cumbres de las siete Islas Canarias en siete días, partiendo del nivel del mar).



Por eso, cuando Miguel me comentó su intención de correr un maratón en cada uno de los siete continentes, lejos del asfalto, bromeé asegurándole que después de multiplicar  $42 \times 7$  y dividir el resultado entre 7, alcanzaría la completa mutación a «hombre cifra». «Uno más del montón», me replicó, recordándome que yo sumaba una colección de 20 puertos de más de cinco mil metros ascendidos en bicicleta. Finalmente las combinaciones aritméticas quedaron en tablas, yo seguí camino en mi bicicleta y Miguel en sus zapatillas.

Poco tiempo después Miguel ya había enlazado unos cuantos destinos del globo terráqueo sumando maratones a su lista. Sin darme cuenta en doce meses estaba a punto de conseguir sus «siete de siete». Llegados a este punto, evidentemente no iba a perderme el *maratonáutico* colofón final, así que quise acompañarle a correr el último, el correspondiente a Oceanía, en Australia. Y de paso recorrer lugares que quedaron pendientes en anteriores viajes a la isla-continente. Pero claro, completados ya los maratones correspondientes a la Antártica, América del Norte, Europa, Asia, América del Sur, África y Oceanía, a Miguel le faltaba correr el Maratón del Polo Norte para lograr la completa metamorfosis a «hombre cifra» y sellar así el prestigioso *Grand Slam Marathon*.

Pues bien, a pesar de mi incredulidad inicial, también fuimos juntos a correr al mismísimo Polo Norte. Un viaje tan intenso que será imposible de olvidar. Y sorpresas de la vida, a estas alturas, y sin haberlo pretendido, yo también me veo inmerso en este fantástico desafío con el que satisfacer el instinto aventurero de cualquier corredor de fondo: correr los legendarios 42 kilómetros del Atletismo en los siete continentes y el Océano Glacial Ártico.

## La vuelta al mundo en 42 Km.



Quién sabe, quizá yo también termine plegando en ocho esquinas el mapamundi para convertirme en un inesperado *maratonauta*. En eso estoy.

Con el paso del tiempo y otras aventuras de por medio, lo que más he valorado de los *7 Maratones-7 Continentes* y el *Grand Slam Marathon* es que a lo largo de este fascinante viaje alrededor del mundo, en ocho maratones, Miguel no se conformó sólo con correr bajo el paraguas de la indiferencia, también quiso conocer, comprender, cuestionar y tomar partido de cuanto advertía o sucedía en cada uno de los escenarios naturales y sociales elegidos para correr.

Tal ha sido su determinación que llegó a correr algunos maratones portando una cámara encima para filmar lo que sus ojos veían y así poder mostrárselo a los demás. Seguramente porque, antes que corredor de fondo ambicioso, Miguel ha preferido ser peregrino trotón.



Un coleccionista de pequeños pasos recorridos en este mundo que sólo consiente correr libremente a quienes pueden comprar zapatillas «de marca», irónicamente fabricadas por obreros explotados en sociedades, donde la palabra «correr» carece de significado deportivo y conlleva otras consecuencias sociovitales.

Días después de animarme a escribir este prólogo, Miguel me llamó por teléfono para decirme que la vieja lesión que arrastra va a más y que lo mejor sería despedirse de las zapatillas por todo lo alto.

— ¡Corriendo fuera del planeta! Casi lo tengo arreglado — aseguró.  
— Me apunto — sentenció.

...Al mes estábamos probando unas «cintas de correr» dentro de un Boeing 707. Correríamos en la troposfera. Fuera del planeta.



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## INTRODUCCIÓN

### *Zapatillas descarriadas*

Por mucho que nos empeñemos siempre avanzaremos más rápido imaginando que corriendo. Por esa razón, la necesidad de soñar me empujó a buscar caminos diferentes en los que no fuera necesario imaginar para disfrutar de lo que siempre había hecho: correr para no llegar a ninguna parte.

A pesar de que desde los quince años he viajado como mochilero y «free-lance» a cantidad de destinos lejanos, la primera vez que participé en una carrera a pie fuera de Europa pasaba de los 35. Fue en la *Fuji Mountain Race*, Japón, una prueba de 21 kilómetros y tres mil metros de desnivel ascendente hasta la cima del volcán Fujiyama. En la línea de Salida nos presentamos mi buen amigo Juan Manuel Agejas y el que escribe junto con dos mil y pico corredores japoneses. Por primera vez algo que siempre había hecho por separado, viajar y correr, se mezclaba diabólicamente.

A partir de entonces, al igual que en el Japón, la posibilidad de correr en los anillos de Saturno se antojaba más emocionante que parar el cronómetro en el mismo instante y lugar de siempre.

Al fin y al cabo, salir a correr lejos de casa puede ser el mejor plan para liberar a tus zapatillas de la monótona mazmorra cotidiana y dar rienda suelta al instinto locomotriz del explorador nómada que las pilota. La mutación a corredor-viajero había sido consumada y ya no había marcha atrás.

Aunque nunca he perseguido grandes logros atléticos, a esas alturas estaba lejos, muy lejos, de mis mejores momentos sobre unas zapatillas. Las pretensiones competitivas contra cronómetros y rivales eran ya sólo recuerdos de cháchara. Sin embargo, la noticia de la celebración de un maratón en uno de los lugares más lejanos y hostiles del planeta, la Antártida, fue lo que consiguió activarme de nuevo. Sin saberlo, ese maratón en el continente blanco iba a ser el detonante de un peregrinaje que nunca hubiese imaginado iniciar: correr un maratón en cada uno de los siete continentes del planeta a lo largo de un inolvidable año. Aquella carrera, que comenzó siendo una ilusionante meta, curiosamente se convirtió en una inesperada línea de salida y génesis de este libro.

Convencido de que la única carrera que se pierde es la que se abandona, un año después había completado el proyecto *7 Maratones – 7 Continentes* y tres años más tarde sumaría el Maratón del Polo Norte, cerrando así el círculo del *Grand Slam Marathon*. La gran carrera global de este corredor de caminos, o «caminero sin fronteras». Y eso que soñar despierto, a la hora de correr, siempre me supuso poco esfuerzo.

El soldado Filípides, una guerra en la antigua Grecia y los vericuetos de la Historia han querido que cuarenta y dos kilómetros y ciento noventa y cinco metros sea la distancia de la universal carrera de maratón, la prueba reina del Atletismo y de los JJ.OO. con la que tantos deportistas sueñan enfrentarse y superar. Unas veces idealizada hasta el exceso y otras convertida en reto de consumo social para superaciones personales, la Maratón, el Maratón, levanta, más que pasiones, obsesiones. Quienes han corrido su distancia conocen

bien el poder de su magnetismo y el secreto de sus sabias lecciones sobre perseverancia, humildad y compañerismo.

Con todo, si además unimos al desafío de los «42» el compromiso de re-co-rrer-los en espacios naturales de los siete continentes, sumando miles de metros de desniveles, travesías glaciares, dunas, bosques, cauces de ríos, océanos helados y cuantos obstáculos naturales y climatológicos surjan, el resultado es un proyecto deportivo, geográfico y social fascinante. ¡Qué mejor pretexto que correr para viajar o viajar para correr!, pensé.

Una vez rastreado el mapamundi de las carreras de maratón alejadas del asfalto y las grandes urbes, fui eligiendo aquellas que se desarrollasen en espacios naturales privilegiados y en donde perviviesen culturas milenarias, minorías étnicas e incluso sociedades en conflicto, de modo que cada etapa constituyera por sí misma una atrayente aventura.

Del madrileño barrio de Carabanchel al Mundo, haciendo escala en lugares como las Barrancas del Cobre, pobladas por los Indios *Rarámuri*; el desierto del Sahara, donde hoy se levantan los Campamentos de Refugiados Saharauis; los valles del Himalaya indio, salpicados de monasterios tibetanos; las bahías y glaciares de la Antártida, entre ballenas y pingüinos; los ibéricos Montes de Ordunte, tierra de lobos y viejos pastores; las Montañas Azules, originalmente pobladas por aborígenes australianos; los parajes de la Patagonia andina, territorio de indios Mapuche; la costra de hielo flotante del Océano Glacial Ártico, vagada por osos polares. En definitiva, mi personal *Vuelta al Mundo en 42 Kilómetros*.

Si además tenemos en cuenta los tiempos convulsos que atraviesan nuestras sociedades, la acción *7 Maratones-7 Continentes* y el *Grand Slam Marathon*, además de marcarse un objetivo puramente deportivo, también ha pretendido ser un modo más de clamar por el respeto que los espacios naturales y sus sociedades merecen. Paradójicamente, la carrera de maratón, nacida de la guerra, ha sido testimonialmente utilizada como un altavoz pacifista. Para que lo que tantos desean en este convulso mundo, que siempre corre pisoteando a los más desfavorecidos, fuese oído zancada a zancada una vez más: ¡Dejemos al Mundo Correr en Paz!

Un par de horas los martes, jueves, sábados y domingos, es decir, 80 kilómetros de trote tranquilo a la semana, era mi bagaje para no sucumbir en el intento de multiplicar 42 kilómetros por los siete continentes y el Polo Norte. Sin embargo, como en ocasiones similares, más difícil se vislumbraba encontrar patrocinadores cómplices que soportar largas horas de primaveral entrenamiento calado por la lluvia, cocido de calor en el estío o bajo la nieve de enero. Y por supuesto no me equivoqué.

Conque cargado de potente elixir de IVA (ilusión + voluntad + audacia), bajo mínimos presupuestarios, con los kilómetros justos en las piernas y siempre acompañado de grandes amigos, dio comienzo un apasionante periplo *maratonáutico* repleto de aventuras, viajes y corredores viajeros.

¡Abróchense las zapatillas que nos vamos de carreras!



## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A** Rufo, el perro que siempre acompaña mi paso y yo el suyo, ya sea bajo el tórrido sol de agosto o en plena nevada de enero. A él debo muchos kilómetros de carrera campestre en esos días que, sin dudarlo, mejor me quedaría eternamente en la cama.





# ANTARCTICA MARATHON

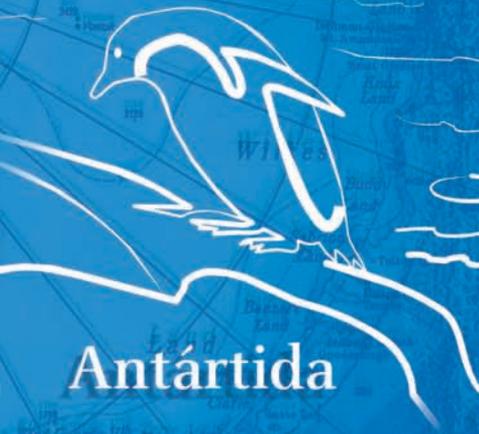
# 31

## MARATHON TOURS

MIGUEL  
CASE LESS

### Marzo 2003

### Antártida



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## L A A N T Á R T I D A

### ANTARCTICA MARATHON. CORRER EN EL MÁS ALLÁ

Para saber qué se sentía corriendo en el «más allá» de lo razonable, conseguí embarcarme a última hora junto a otros cien atletas en un buque oceanográfico ruso con rumbo sur, tan al sur que llegamos a donde el sur casi se acaba. Allí donde se almacena el 90 por ciento del hielo del planeta y se desprenden icebergs del tamaño de Bélgica. Es el continente más frío, el más seco, el más ventoso y, desde luego, el más asombroso de todos: La Antártida.



## TERRA AUSTRALIS INCOGNITA

Completar los 42 kilómetros del *Antarctica Marathon* era el objetivo. Aunque no sabría decir qué era más motivador, si correr un maratón en el continente helado o tener la posibilidad de conocer uno de los espacios naturales más asombrosos del planeta. Y no sólo conocerlo, sino llegar hasta allí en barco como lo hicieron sus primeros exploradores. El instinto de búsqueda y el valor de aquellos intrépidos viajeros, Amundsen, Scott, Shackleton, siempre me arrastraron a la lectura apasionada de sus fascinantes crónicas. Y ahora que se brindaba la oportunidad de palpar lo que los antiguos mapas nombraban como *Terra Australis Incognita*, por supuesto no iba a quedarme en casa para seguir leyendo. Por cierto, a Victoria Sánchez tampoco le faltó tiempo para preguntarme:

—¿Cuándo salimos?

La suerte había estado de nuestro lado en las dos semanas que llevábamos navegando, caminando y corriendo sobre el séptimo continente. La climatología austral había sido relativamente benigna, pero claro, la buena suerte meteorológica una vez se sobrepasan los 60 grados de Latitud Sur suele ser providencial. Y así pasó. Fue de vuelta de nuestro periplo antártico, en el segundo día de navegación camino del Cabo de Hornos y del continente americano, a través del Mar de Hoces, también conocido como Pasaje Drake, cuando la tormenta de las tormentas se enquistó sobre nuestro barco. El Mar de Hoces (en referencia al marino español que lo navegó por primera vez) es donde se juntan los océanos Pacífico y Atlántico, un tremendo encuentro que

ostenta el trágico récord de ser el lugar del planeta donde históricamente más naufragios se han producido, si exceptuamos las actuales rutas de migración clandestina en las costas africanas.

Para los navegantes de todas las épocas doblar el Cabo de Hornos suponía y supone haber superado el desafío. A los antiguos marinos varias prebendas les eran concedidas tras sortearlo, entre ellas la de colgarse un aro de la oreja. Muchos se hubieran colgado una soga al cuello de haber sabido lo que les esperaba.



## OCÉANO INFIERNO

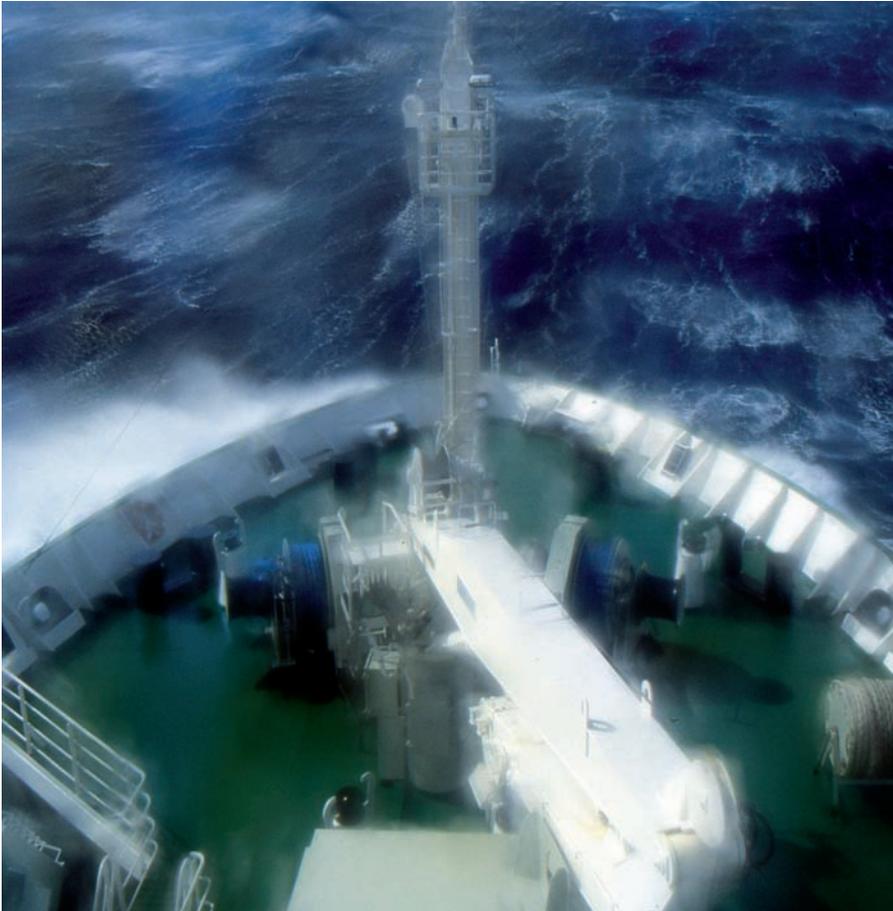
Para algunos ésta era nuestra primera gran travesía marítima. Y aferrados a cualquier asidero del camarote íbamos comprobando, bandazo a bandazo, lo que supone estar al paio de los vientos en mitad de dos océanos que no acaban de entenderse. Cuando el fastidioso mareo daba un respiro me gustaba pasar largos ratos en el puente de mando junto al capitán ruso y sus oficiales. Desde luego, la mejor butaca preferente para asistir a lo que significa un terrorífico temporal de Fuerza 12 (el más alto de la escala). Traducido en números, esto significa sufrir vientos de 120 kilómetros por hora y olas de veinte metros de altura. Jamás hubiese imaginado protagonizar tan completo bautizo marítimo.

Nuestra casa flotante, el *Akademik Ioffe*, es un barco oceanográfico construido en tiempos de la Unión Soviética para campañas científicas en el Ártico y la Antártida, reciclado hoy para uso turístico. Un mastodonte de 117 metros de eslora y 6.450 toneladas gobernado con pericia por el capitán y su tripulación en mitad del ojo del huracán. Sin embargo, la perspectiva que ofrecían los ventanales del puente de mando quitaba el hipo a cualquiera.

Con los motores a ralentí para capear lo mejor posible al temporal, el *Akademik Ioffe* parecía subido en una gigantesca montaña rusa. Y es que la negroazulada superficie del mar se había convertido en un infinito plano ondulado que zarandeaba sin contemplaciones las más de seis mil toneladas de acero. Arrítmicamente, unas veces nos veíamos hundidos en el negro pozo que formaban gigantescas paredes de mar, mientras otras éramos alzados a las cumbres de descomunales montañas líquidas, en un continuo sube y baja que obligaba al barco a vascular primero de proa y después de popa.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Todo ello bajo el acoso de continuas ráfagas de mar que barrían la cubierta y con el ruido atronador de todos los vientos. Muchas veces las olas rompían con tal violencia que la estructura del barco parecía no poder soportarlo. Moverse en esas condiciones suponía todo un alarde de equilibrio, y mantener un plato o un vaso sobre la mesa un número de acrobacia circense.



### !!!SOS... SOS...SOS!!!

A pesar de tener que estar continuamente trincados a cualquier asidero para no salir despedidos, la tripulación llamaba a la calma. Y es en esas ocasiones cuando uno definitivamente se empieza a preocupar. De improviso, tras una de las tranquilizadoras comunicaciones por megafonía, un oficial se dirigió al pasaje y tripulación para informar de la llamada de socorro de un velero a punto de naufragar. El oficial dijo que el capitán estaba desviándose de la ruta fijada para intentar su rescate. Después supimos que se trataba de un navegante australiano que intentaba dar la vuelta al mundo en su pequeño velero. Esa noche todos nos refugiamos en los camarotes cruzando los dedos e imaginando el infierno que estaría soportando el australiano... si es que todavía se mantenía a flote.

¡Tierra a la vista! Por fin. El Cabo de Hornos y la tempestad habían quedado atrás y de mañana enfilábamos por el deseado Canal de Beagle, donde las aguas regresan a la deseada medida. Allí, diminuto en la entrada del canal, avistamos al infortunado náufrago australiano, con su velero destrozado por la tempestad pero vivo y a bordo. Ayudado por un pequeño motor intentaba llegar hasta Puerto Williams, en la costa chilena.

— ¡Es un milagro que esté vivo! — no dejaba de repetir — Una de esas olas partió el palo, volteó por completo mi barco y no sé cómo quedé de nuevo boca arriba.

— Suerte que iba atado a cubierta — seguía relatando mientras templaba nervios bebiendo a sorbos de un termo de té caliente que le habían acercado tres miembros de nuestra tripulación, además de baterías y una lata de gasoil.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Una vez a resguardo de los vientos, al amparo del canal, el australiano enfilaba por sus propios medios a puerto sin permitir ser remolcado. Su intención era reparar lo que quedaba de su barco y seguir periplo en solitario surcando todos los océanos. Difícilmente olvidaré el tesón de ese hombre, especialmente cuando en algún postrero kilómetro, de quién sabe qué maratón de la vida, piense, ¡Ya no puedo más!



## DE BASE A BASE CONTRA VIENTO Y MAREA

Varios grados bajo cero y viento eran lo previsible, pero además fuertes nevadas habían azotado la Isla del Rey Jorge, por lo que los 42 kilómetros habría que correrlos sobre nieve. Una dificultad añadida, pues otros años buena parte del recorrido había transcurrido en seco sobre la superficie volcánica de la isla. Sin embargo, todo un lujo si lo comparamos con una pasada edición en la que, debido al infernal temporal, a los participantes no les quedó más remedio que correr el maratón en la cubierta del barco dando cuatrocientas y pico vueltas al mismo.

Con toda la ropa térmica para correr debajo de la de alta montaña, vamos saliendo del barco a bordo de varias zodiac hasta que el grueso del pelotón atlético se reúne junto a la Base Científica Rusa Bellinshausen. Hace frío, mucho frío y, lo que es peor, el viento sopla fuerte. Pero a pesar del gélido ambiente no falta el buen humor, alguien ha traído una pancarta del cálido Maratón de Honolulu que a duras penas es sujetada para la foto. Desde luego la imagen vale la pena.

Un largo bocinazo nos pone a todos en marcha. La nieve está compacta y avanzamos mejor de lo esperado, aunque de vez en cuando es fácil hundirse hasta la rodilla. El día es oscuro, con un cielo negro plomizo tan bajo y tan negro que parece que corriésemos bajo techo. Pasamos delante de la Base Uruguaya Artigas y sus ocupantes nos reciben con aplausos y gritos de ánimo, más aún cuando se percatan de que les respondo en español. Minutos después estamos corriendo sobre la orilla del mar entre una colonia de pingüinos y otra de focas que gruñen al paso. El mar está tan negro como el cielo y el oleaje ruge tanto como el viento. Loma tras loma llegamos al

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

inicio del Glaciar Collins. Apoyando las manos sobre los muslos alcanzo la parte alta, desde donde, por el mismo camino, hay que descender. El desnivel es fuerte y un resbalón sobre hielo puede hacer mucho daño.

Vuelvo a pasar por la Base Uruguaya y vuelven a saludarme incondicionalmente. Después, tobogán más tobogán, toca cruzar frente a los contenedores-vivienda de la Base Rusa, de donde salimos. Transitamos por el kilómetro diez y el camino de nieve marcado con banderines naranja no deja de empinarse al paso frente a la Base Chilena Eduardo Frei para girar en busca de la Base China Gran Muralla, todavía más arriba. Algún militar chileno saluda, pero donde más expectación ha despertado el maratón es en los habitantes antárticos chinos. Un buen grupo de ellos permanece apostado a la puerta de su Base ofreciendo agua y chocolatinas a los corredores. Desde luego el maratón está suponiendo todo un acontecimiento social, pues generalmente los integrantes de estas bases deben permanecer largos meses atendiendo sus investigaciones u ocupaciones de intendencia.



## **¡LA FUERZA ESTÁ EN LA CABEZA!**

Al paso por el medio maratón el bidón térmico de agua que llevo está tan lleno de hielos que no queda más remedio que juntar los dientes para tragar sólo agua. Ni siquiera la pequeña cámara de fotos es capaz de aguantar la baja temperatura, hace kilómetros que la batería dejó de funcionar.

El fuerte viento provoca que la sensación térmica ronde los 15 grados bajo cero. Tampoco demasiado. Era lo previsible y he acertado con la ropa técnica: para el cuerpo tres capas y para las piernas dos (unas térmicas y otras cortavientos transpirables). Imprescindibles gorro, cubrecara, dos pares de guantes y polainas. En los pies zapatillas de membrana impermeable y transpirable un número mayor para alojar dos pares de calcetines térmicos. Gafas que protejan del viento tampoco pueden faltar. Gracias a esa aligerada armadura los kilómetros pasan sin complicaciones.

De nuevo queda atrás la Base Rusa y voy al encuentro de mis amigos uruguayos que tanto jalean. Con el eco de sus voces troto torpe entre las rocas y los leones marinos de la playa antes de encarar la última subida al glaciar. Esta vez la helada pendiente se resiste más. El viento por aquí arriba es fortísimo.

A media ladera un resbalón en el hielo me tira al suelo. Parece que el frío hace de anestésico y no duele demasiado. Paso por el kilómetro 30 sufriendo el kilometraje y el sobre esfuerzo al que obliga el viento de cara. Pero sólo tengo que recordarme dónde estoy corriendo para transformar el cansancio en satisfacción.

Todavía quedan diez kilómetros. Hace rato que corro solo, el viento arrecia con fuerza y el frío pasa factura.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

El bidón ahora lo llevo protegido entre la primera y segunda camiseta para que no se congele. Ha sido un error no cargarlo de té caliente. Voy encogido, sin zancada, y las cuestas parecen muros.

Son los peores momentos de la carrera y los que esperan frente a la Base China se percatan. Me ofrecen un termo y el té caliente consigue activarme todo el cuerpo. ¡*Xie-xie!*, ¡*Xie-xie!*, acerté a decirles, recordando que, más o menos, así me enseñaron a decir gracias los amigos del restaurante chino que hay frente a mi casa.

Las ráfagas de viento aúllan y barren el polvo de nieve formando caprichosos efectos ópticos. Aún quedan cinco kilómetros y me vienen a la cabeza las palabras con las que Juan Antonio Alegre me despidió en Madrid.

—La fuerza está en la cabeza, no te olvides.

Y las repito mientras un albatros planea a metro y medio sobre mi cabeza como queriéndome entender. Al rato vuelve al frente la Base Rusa. Un tipo de la organización forrado hasta las cejas agita los brazos guiándome hasta línea de Meta.

¡Llegué!





## **BASES POLARES SALVADORAS**

Cegado por la alegría pasan los minutos mientras disfruto del momento. Grave error. Sin darme cuenta en un instante el abrazo del frío más cruel estrangula el calor corporal generado por el ejercicio. Tan rápido como puedo alcanzo las instalaciones de la Base Rusa, donde podemos cambiarnos y tomar algo caliente. Si me descuido no llego. Las articulaciones no responden y duele todo el cuerpo. A sorbitos bebo un chocolate caliente. Milagroso.

Soy un tipo feliz, me digo mientras observo la cara de castigo que traen algunos corredores. Seguramente no es la clase de felicidad que otros buscan, pero todos los que hoy hemos sentido el frío, el viento y la nieve de la Antártida, sobre los 42 kilómetros de la carrera de las carreras, el Maratón, no podemos experimentar mayor satisfacción. Quién sabe, quizá algo tenga que ver la influencia que dicen genera el potente campo magnético del cercano Polo Sur.

A cuentagotas la Base Rusa va llenándose de los corredores que finalizan y se recuperan sin prisa. Es curioso ver la metamorfosis que experimentan sus rostros y cómo sus primeras palabras son acompañadas de una íntima sonrisa de complacencia. Por grupos las zodiac vuelven a llenarse de regreso al barco. Allí cuentan que un americano se ha fracturado un brazo al caer en el glaciar. Será el único que no termine el maratón.

Cumplido este peculiar recorrido antártico en zapatillas, el resto del viaje aún estaba por depararnos lo mejor. Durante la siguiente semana continuaríamos navegando a bordo del rompehielos ruso en busca de fabulosas bahías desde las que alcanzar tierra y hacer recorridos imborrables. El clima acompañaría y seríamos testigos

de asombrosos paisajes: montañas verticales de las que vierten tremendos aludes, glaciares infinitamente quebrados por laberínticas grietas, ensenadas repletas de iceberg de mil tamaños y los horizontes más abiertos que se conozcan. Todo ello entre centenares de pingüinos, focas, elefantes marinos, delfines y los saltos de ballenas del tamaño de un autobús, tan cerca que casi podían tocarse.

Después de haber presenciado tamaña explosión de vida animal, frente a una desproporcionada geografía todavía libre de contaminante industrialización, no dejamos de preguntarnos cómo es posible que buques balleneros con *patente de corso*, en base a falsos fines científicos, sigan arponeando a miles de ballenas legalmente protegidas por los convenios internacionales. ¿Hasta cuándo las zodiac de *Greenpeace* tendrán que interponerse a los arpones para concienciar a las últimas naciones «matarife» del exterminio de la reina de los océanos?



## MARATONAUTAS POR LA PAZ

Ya de vuelta a tierra firme, reviviendo los momentos vividos en esos días, Victoria me propone hacer realidad un sueño que algunos corredores ya han cumplido y a otros nos gustaría emprender: correr un maratón en cada uno de los siete continentes. No será fácil sin patrocinios pero ¿por qué no intentarlo? El más complicado, el de la Antártida, ya estaba hecho y, otra cosa no, pero tiempo era lo único que tenía en los bolsillos para perseguir el título de *maratonauta*, palabro destilado tras dar cuenta de una botella de buen vino mendocino y de una exquisita cena patagónica.

Allí, en la taberna *El Volver*, frente al puerto de la patagónica ciudad de Ushuaia (la ciudad más austral del mundo), Victoria y yo, al unísono y sin miramientos, brindamos pletóricos por haber tenido la oportunidad de conocer una porción de la atormentada desmesura de la Antártida. Aunque la odisea vivida en busca del Faro del Fin del Mundo del Cabo de Hornos, en pleno Mar de Hoces, ya de regreso al continente americano, consiguió que maldijéramos la hora en que embarcamos en Ushuaia camino del infierno blanco.

Durante las semanas que duró nuestra feliz aventura antártica millones de personas se manifestaban en las calles de ciudades de todo el mundo contra la inminente guerra de Irak. El paso de los meses y de los años viendo cómo se alimentaban odios, infames negocios e injusticias a escala internacional les daría la razón. Irremediablemente el mundo iba a cambiar dramáticamente para todos. Mucho más para los que se veían obligados a sufrir en primera persona las dramáticas consecuencias humanitarias de una invasión bélica basada en la mentira: la población civil atrapada en el conflicto y sus futuras generaciones. Una vez más los de siempre.

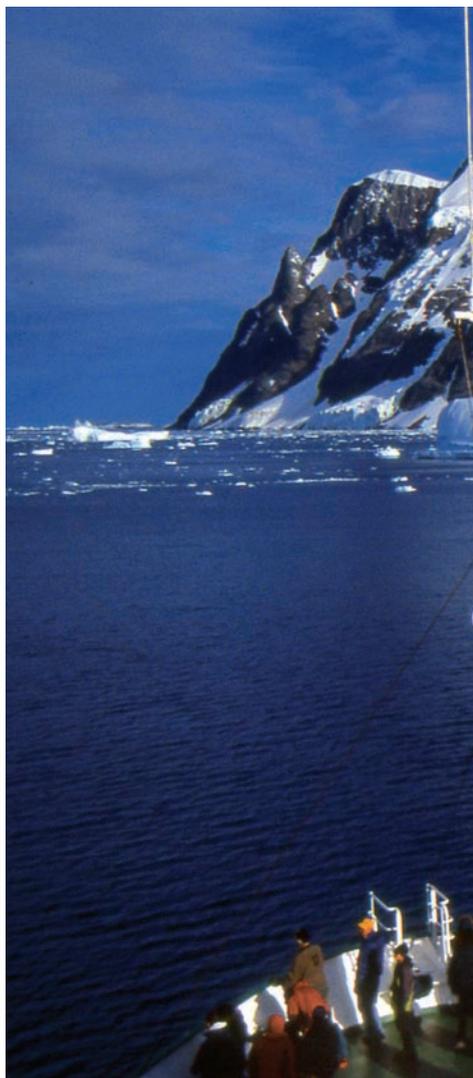
Sólo hay que hojear los reveladores informes sobre Derechos Humanos publicados por *Amnistía Internacional* de ésta y otras guerras olvidadas.

En esos días de movilización popular global, también desde la Antártida algunos gritamos sin complejos: ¡Dejemos al mundo correr en paz!

Ese iba a ser el «grito de paz» que nos acompañaría a lo largo de esta extraordinaria *Vuelta al mundo en 42 kilómetros*.



*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*

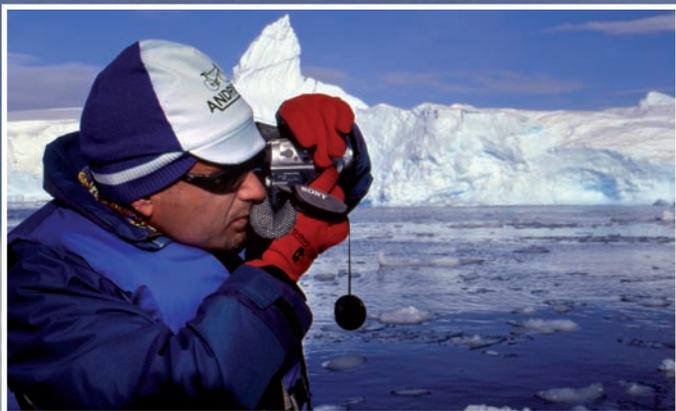








*La vuelta al mundo en 42 Km.*









*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Antarctica Marathon



*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A**l rarámuri Arnulfo Quimare,  
vencedor en los cien kilómetros  
del Ultramaratón de los Cañones.  
El corredor con más ímpetu, poderío  
y carisma que he conocido.





70 FESTIVAL  
 127  
 Pot Fido  
 5:19 08  
 Coca-Cola  
 ULTRA  
 TEBATE  
 LEIBERTE PORTLAND



Julio 2003 América del Norte

*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## AMÉRICA DEL NORTE

### **ULTRAMARATÓN DE LOS CAÑONES. POR LO MÁS HONDO DEL ALTO MÉXICO**

Todavía quedan lugares intactos, ocultos, ajenos a los dañinos cambios que el falso progreso infringe al medio natural. Uno de esos prístinos rincones son las Barrancas del Cobre, una monstruosa cicatriz en la corteza terrestre que se abre al norte de México, en el corazón de la Sierra Tarahumara, en el territorio de los indios *Rarámuri*... «los pies más veloces que se conocen». A su lado algunos aprendimos a correr por el fascinante laberinto que es el universo vertical de las Barrancas.



## MÉXICO LINDO

—¡Ah... Chihuahua! —suspiró Victoria con el segundo *margarita*.

Era el lamento de quien sabe que deja mucho por conocer, tanto que sólo es consolable por la montaña de momentos que guarda para el recuerdo. Habían sido unos días tan intensos que la memoria y el par de refrescantes *margaritas* ahora pedían recuperar lo vivido.

Llegado el turno de correr los «42» de América del Norte no dudé en escoger el temido *Ultramaratón de los Cañones* que se celebra en el norteño Estado de Chihuahua del querido México. Disponíamos de varios días antes de la carrera, así que a la sombra de la catedral de Chihuahua marcamos en el mapa desplegado, equis a equis, los atractivos naturales y revolucionarios del Estado para después enlazarlos sin perder detalle.

Próxima a los desiertos de Sonora y fronteriza con los parientes tejanos del norte, Chihuahua surgió del polvo del desierto al reclamo de ricos yacimientos de plata. Fue campo de batalla contra apaches y comanches, y a envites de sangre e ideales de igualdad se fraguaron los momentos clave de la Revolución Mexicana con el legendario Pancho Villa al frente. Hoy Chihuahua es la próspera capital del Estado, en la que sombrero, cinto y botas vaqueras son populares señas de identidad, sin olvidar la pegadiza música norteña presente en toda situación. Por eso, qué mejor empujón que salir a su encuentro al son de un *corrido* de los famosos Rieleros del Norte, más conocidos como «La máquina musical norteña».

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Hasta no hace tanto tiempo el lomo de una mula era el único medio de transporte posible con el que adentrarse en la Sierra Tarahumara, después llegaría el ferrocarril y finalmente una carretera se abrió paso. Así que, a falta de mula y como buenos nostálgicos, nos decidimos por el *Chepe*, apodo con el que se conoce al ferrocarril Chihuahua–Pacífico, para entrar al mágico universo que son las Barrancas del Cobre. Se trata de un enjambre de descomunales surcos equivalente a cuatro veces el Gran Cañón del Colorado. Un espacio único. Hogar de una de las últimas tribus originarias del continente norteamericano: los Indios *Rarámuri*.



**¡A TODA MÁQUINA!**

Dos agudos silbidos terminan de colocar a cada uno en su asiento. Caras de sueño y bostezos son la tónica del pasaje. No es para menos, están dando las seis en el reloj de la catedral y el *Chepe* arranca de la estación de Chihuahua.

Este viaje en tren es una magnífica lección de geomorfología por el serpenteo que hace entre desfiladeros a su paso por las Barrancas del Cobre. Se dice que es la línea férrea más difícil que se haya construido. Cerca de 90 años tardó en completarse la ruta terrestre que pretendió abrir comercialmente la costa del Pacífico a la costa atlántica estadounidense. Gracias a la pericia de los ingenieros, al tesón de las cuadrillas de trabajadores y a los cartuchos de dinamita, se logró que el *Chepe* atravesara una superficie tremendamente fracturada por las presiones telúricas y la erosión. Al compás de los barrenos y de las balaceras revolucionarias fue tendiéndose el esqueleto de rieles por el que hoy rueda a través de equilibrios aparentemente imposibles. Curvas, contracurvas, viaductos y túneles entre paredes verticales, cuyo fondo se pierde bajo las ruedas del ferrocarril, no dan un minuto de respiro. Sólo en 653 kilómetros de vía mexicana suman 37 puentes y 86 túneles.

Asomado a la ventanilla, el rebufo del viento que borra las huellas del caballo de Pancho Villa golpea el rostro y es fácil fantasear con aquellos días en los que si tu cabeza tenía precio, sólo el laberinto de las barrancas y una carabina 30-30 ofrecían eficaz protección frente a los cazarrecompensas.

Desde la estación de Creel, donde lo mismo te cruzas a un mestizo con sombrero tejano calado y machete al cinto que a un altivo indio

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

en taparrabos, se llega en vehículo hasta el Parque Nacional de Basaseachi. Allí, miradores de vértigo sobre el salto al vacío de la Cascada de Basaseachi, de 246 metros, y la de Piedra Volada, de 452, así como los casi mil de la pared del Gigante dejan atónito al caminante. Al otro lado de la vía férrea el Lago Arareco, la Cascada de Cusárare y el pueblecito de Batopilas son de sugerente visita. Cuentan que las mulas no daban abasto para sacar todo el oro que las minas de Batopilas vomitaban y que en sus proximidades los jesuitas españoles dejaron enterradas toneladas de oro y plata, que todavía hoy algunos siguen buscando.

Afónicos silbidos detienen a la serpiente metálica. Nueva parada en la estación de Divisadero, donde a tan sólo unos pasos de la vía la horizontal se desploma en fenomenal abismo custodiado por bandadas de multicolores colibríes revoloteando.

Estamos ante el descuartizado por el cuchillo de la erosión Cañón del Cobre, ideal para colarse, mochila en ristre, en los íntimos caminos que comunican toda la serranía, abiertos por los pies descalzos de generaciones indias.



## **MONTAÑA DEL REVÉS**

Estos cañones son el resultado de una intensa actividad sísmica y volcánica que fracturó la corteza terrestre modelando elevadas mesetas, algunas por encima de los tres mil metros, y profundas quebradas. Se cinceló así un sistema de cañones único en el mundo: Barrancas de Urique, Sinforosa, Batopilas, Candameña, Chinipas, Oteros y del Cobre. Cuesta imaginar cómo el ser humano ha sido capaz de adaptarse a un paisaje tan devastador, especialmente si pensamos en los crudos inviernos nevados.

En una de estas barrancas, la Barranca Sinforosa, la más intransitable de todas sus hermanas, es donde se desarrollará el Ultramaratón de los Cañones, la carrera de ultradistancia más dura de México. Durante un completo fin de semana, la ciudad de Guachochi acogerá a más de 700 corredores dispuestos a participar en las carreras de 100, 63 y 42 kilómetros, como parte del Festival Turismo de Aventura de Chihuahua.

Recién llegados la curiosidad nos llevó, antes de nada, hasta los bordes de la famosa Barranca. Desde luego lo que habíamos oído no se quedaba corto. Desde el mirador Cumbres de Sinforosa puede comprobarse cómo un abismo vertical de 1.500 metros se precipita al vacío a un palmo de narices de las asustadas zapatillas. La primera impresión es la de estar contemplando el molde invertido de una gigantesca montaña, una montaña del revés. Y, como era de suponer, el estrecho sendero que zeta tras zeta, y más zetas, asoma trepando hasta los bordes de la Barranca iba a poner a prueba a los corredores frente a la implacable Ley de la Gravedad. Es la primera vez que para subir una montaña antes tendré que bajarla, susurré.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

La competencia entre los mejores corredores *chabochis* (así llaman los *rarámuri* a blancos y mestizos) y los invencibles corredores *rarámuri* tiene a todo el pueblo de Guachochi entusiasmado. No es para menos. Según cuentan varios corredores que han participado en otras ediciones:

—La Barranca no tiene compasión. O sales por tus propios medios o te traga... te digiere.

Y se escuchan historias como la de un corredor que consiguió llegar a Meta por su propio pie tras permanecer un día y una noche perdido, o la del periplo de diez corredores desorientados y deshidratados que no tuvieron más remedio que beber su propia orina. Uno de los más veteranos sentencia:

—Llega un momento en que la Barranca cobra vida... Te agarra... Te chupa... No te deja salir...



## LA BARRANCA COBRA VIDA

Son las cinco y media de la mañana. Juntos, los participantes de las carreras de 100, 63 y 42 kilómetros saltamos compulsivamente calmando el frío de la madrugada, en espera de la voz de salida. Mi objetivo son los «42», el maratón, un recorrido que baja y sube la barranca por la misma vertiente, mientras que en el caso de los «63» y los «100» el descenso discurre por distinto lugar.

—¡VAAAMONOSSS! —grita el encargado de dar la salida.

El grupo de los «42» pronto se estira y junto a siete corredores mexicanos y un austriaco formamos punta de lanza. En esta distancia los *rarámuri* no compiten con sus mejores corredores pues aseguran que es «corta» para sus cualidades. Por tanto el maratón se presenta al alcance de los más trotones.

Amanece mientras a relevos nos dirigimos al bordillo de la barranca. Corremos a unos 2.500 metros de altitud sobre una pista de tierra con algún tobogán de esos que se agarran. El sol despunta cuando llegamos a las fauces de la barranca. En las profundidades todavía es de noche. Según cargo de agua el bidón-riñonera y tomo un gel de alimento en el control de avituallamiento, el resto de escapados se deja engullir por el abismo. Llega mi turno y me lanzo a los infiernos. No es fácil sujetar a las zapatillas, el desnivel es tan pronunciado que un mal paso puede catapultarte al fondo del pozo de una sola zancada.

Los que abren camino deportivamente se echan a un lado al oír mis zapatazos. Supongo que la experiencia «residual» de aquellos tiempos de descensos *kamikaze* en la Sierra de Guadarrama es lo que me da una seguridad tremenda ahora que el sendero tiene el ancho de un palmo y cada zancada es un metro descendido.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

El instinto me lleva a forzar más cuanto más se complica el terreno. Por momentos me siento volar a ras de suelo. Sin pretenderlo estoy metido de lleno en la competición, sabiendo que la Meta queda muy lejos y que las circunstancias de carrera me pondrán en mi sitio sin contemplaciones. Quienes se han visto en una de éstas saben que pocos estímulos superan al de ir escapado con el destino mordiendo los talones.

Alcanzada la Cascada Rosalinda, un fabuloso salto de agua que se estrella en una remansada poza, hay que dar media vuelta para desandar todo lo descendido. Casi a gatas obliga a progresar el tremendo desnivel y la tropical humedad del lugar. Reptando y con la «patata» a pleno rendimiento voy ganando metros a la bóveda luminosa que se abre a un kilómetro de vertical por encima de mi cabeza.



**¡GÜERIGA, GÜERIGA!**

—¡*Güeriga, güeriga!*... (¡Deprisa, deprisa!...) —susurran al paso un par de *rarámuris* que esperan con avituallamiento y sandalias de repuesto a sus paisanos de las carreras de «100» y «63».

A estas horas los pocos rayos de sol que se cuelan en las profundidades facilitan el avance. Cuando me cruzo con los compañeros que bajan tras de mí, me sorprendo de la ventaja que les llevo. Con la certeza de que tarde o temprano me cazarán, llego trotando a los labios de la barranca y atravieso un estrecho pasillo de espectadores, que no dejan de animar y de darme palmadas en la espalda. El subidón de moral hace que las piernas no duelan tanto.

—¡Dieciséis a Meta, dieciséis a Meta!... — me informan.

Sí, ¡DI-E-CI-SÉ-IS-KI-LÓ-ME-TROS!, uno tras otro, hasta la plaza de Guachochi, me repito, sabiendo que van a ser eternos. Por si fueran pocos, además escapado.

De nuevo por la pista rompepiernas. Solo y con el sol quemando la piel de los lagartos. Se trata de correr. Tan sólo correr a un ritmo que me permita llegar. Sé que en cualquier momento pueden cazarme, así que procuro preocuparme más de lo que tengo por delante que de lo que suceda por detrás. No piensa lo mismo el policía del vehículo todoterreno que abre carrera al advertirme sobresaltado:

—¡Apúrese, apúrese que lo agarrannn!...

Tengo que mirar atrás o reviento. No veo a nadie. Aún quedan cinco, cinco veces mil metros. Comienza la agonía.

—¡Apúrese, apúrese, ya sólo le quedan tres!... —sigue desgañitándose mi espontáneo guardaespaldas.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Tres kilómetros más que rápidos debido al estrés provocado por mi personal animador uniformado. A las afueras de Guachochi familias enteras esperan frente a sus casas el paso de los corredores.

—¿Cuánto queda? —pregunto angustiado a un paisano que ofrece agua fresca.

—¡El último empujón. Déle duro que ya no lo agarran!

Vuelvo a girar la cabeza y no aparece nadie. No puedo creerlo. Voy a ganar un maratón en México. Diez años después me veo ganando de nuevo una carrera. Tengo que prepararme. Esto no estaba previsto, yo sólo quería finalizar.

Ya en las calles de Guachochi, en pleno ataque de euforia el policía activa la sirena del coche patrulla a todo volumen. Definitivamente mi fiel acompañante consigue subirme las pulsaciones bastante más que la cuesta de la barranca. Por fin frena el vehículo. Estrecho su mano y me deja solo en la recta final. Pero, cómo no, vuelve a repetirme angustiado:

—¡Apúrese, apúrese no lo vayan a agarrar aquí!...

Un largo pasillo de gente encauza los metros finales. Levanto los brazos y regalo besos. Una animada orquesta norteña pone ritmo a este inesperado regalo: llegar el primero para esperar a los semi-dioses... a los que se habían atrevido con los 100 y los 63 kilómetros.



## EN SANDALIAS

Protegidos por poderosas magias atávicas y con el apoyo de amigos y familiares, los *rarámuri* están imponiendo un ritmo frenético en el cruce de la barranca. La necesidad de supervivencia y comunicación en estos parajes totalmente aislados, donde el único medio de transporte útil son los propios pies, les ha dotado de una resistencia sobrehumana. Tan sólo ataviados con una cinta de pelo, taparrabos (faldones en el caso de las mujeres) y sandalias fabricadas con un trozo de neumático de coche, se defienden en los precipicios con una facilidad prodigiosa. Mientras que los blancos necesitamos todo tipo de complementos energéticos, ellos sólo se avituallan de *pinole*, un brebaje a base de maíz tostado molido y agua que les aporta suficiente energía. Acostumbrados a *competencias* de hasta tres días seguidos y a cazar al venado persiguiéndolo hasta la extenuación del animal, los mejores corredores *rarámuri* hoy están rompiendo todos los tiempos de paso.

En Meta la expectación sube por momentos. Avisan por megafonía de que los reyes de la ultradistancia están a punto de llegar. La figura menuda del *rarámuri* Arnulfo Quimare, el primero de los «100», hace su paso por Meta para avituallarse. Aún le restan 37 kilómetros y los correspondientes a los más de 3.500 metros de desniveles totales. Casi en estado de trance y con los ojos perdidos en el esfuerzo llega al trote suave portando su *quiote* (palo), con el que se ha ayudado en el terreno difícil. Los cientos de personas que esperan gritan su apellido: ¡QUI-MA-RE... QUI-MA-RE... QUI-MA-RE!...

Arnulfo apenas levanta la mirada, bebe agua, mastica medio plátano, un poco más de agua y suspira. Da la sensación de estar experimentando una metamorfosis, convirtiéndose en un ser superior.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

En taparrabos y sandalias, y con sus paisanos desgañitándose, Arnulfo se lanza a completar los «100». Las sombras a estas horas han desaparecido. El sol aplasta la vertical y el horizonte es de fuego. Imagino la odisea que estarán sufriendo los que a estas horas intentan salir de la Barranca.



## SÓLO PIENSO

El goteo de corredores que rematan los «63» es continuo. En sus caras se atisban los gestos de castigo y satisfacción por haber finalizado. Siendo testigo del poder mental de estos hombres y mujeres para seguir corriendo, mi participación en los «42» me parece tan exigua que estoy arrepentido de no haber intentado al menos los «63». Después de fotografiar a un *rarámuri* recién llegado a Meta, no puedo por menos que preguntarle cómo hace para soportar tanto tiempo corriendo.

—Sólo pienso —contestó.

De pronto, la orquesta de música que ameniza la espera corta en seco para informar:

—¡El *rarámuri* Arnulfo Quimare sigue en cabeza y está entrando en las calles de Guachochi!

La gente se abalanza. Todos quieren ver al corredor que está a punto de convertirse en dios. Todavía no aparece... Un par de minutos después un espectro recorre con zancada ligera, acariciando el polvoriento suelo, los metros finales. Arnulfo, de 23 años, vence en los 100 kilómetros y pulveriza el récord de la carrera reina del Ultramaratón de los Cañones. Un año más, los pies descalzos indios vencen a los pies sintéticos blancos. Cámaras, fotógrafos y espectadores lo acorralan. Todos quieren tocarle. Hay quien se emociona. Arnulfo sigue caminando con mirada errante y rictus en tensión. Le pasan un trapo mojado por la cara, le ofrecen agua, fruta... Arnulfo rechaza todo, se sienta, baja la cabeza, se acaricia los pies y recupera el aliento para después levantar la mirada y mostrar en sus ojos cómo son los *rarámuri*: altivos, dignos, solidarios, sufridores, vulnerables...

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

pero poseedores del valioso secreto de la resistencia, como Pueblo a lo largo de la Historia y como corredores de larga distancia.

Entrada la noche, corredores solitarios y compañeros de glorioso averno continuarían llegando a Meta. Entregaban así su ofrenda, en forma de sacrificio atlético, a cambio de una superación personal, que a partir de ese momento les haría indestructibles.



## FIN DE TRAYECTO

Después de haber disfrutado del magnetismo voraz de las barrancas, continuamos nuestros últimos días en el Estado de Chihuahua a lomos del ferrocarril. El *Chepe* nos acercaría a los pueblitos de Cerocahuy y Urique, al espectacular mirador de El Gallego y El Fuerte, construido para proteger a colonos, clérigos, buscadores de oro y buscavidas de los ataques indios.

Indios que finalmente tuvieron que huir a los confines de las barrancas, hostigados por la imposición de nuevas creencias y por ser utilizados como esclavos en las minas de la plata y el oro que engalanaron los palacios europeos de hace siglos. Lo que llevó a algún clérigo de rango a exigir a la Corona el envío del ejército para hacer regresar a los indios a la fuerza, de forma que «aprendieran a amar y a vivir de manera civilizada». Desde entonces, sólo el refugio de las barrancas y la tradición del *Korima* (si tú tienes y yo necesito, dame, que yo te daré cuando tú necesites) han evitado su desaparición. Aquellas consecuencias de impuesto pasado religioso-colonial y el incierto futuro, arrasador de tantas otras minorías étnicas, provocan que en nuestros días los *rarámuri* sigan subsistiendo a pulso y padeciendo una elevadísima tasa de mortalidad infantil, que sólo a ellos parece conmové.

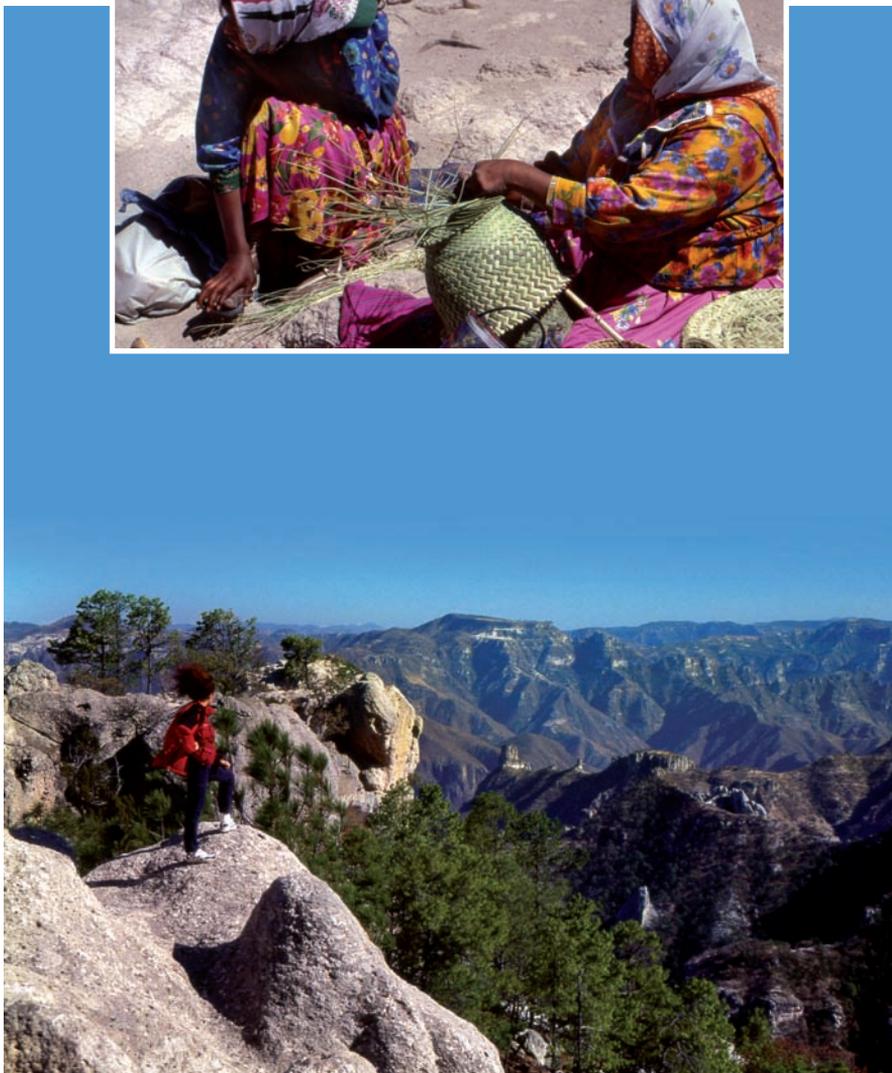
—¡Fin de trayecto! —vocea el interventor.

El *Chepe* también finaliza su particular maratón rodante por las profundas montañas del México más íntimo. Desde los desiertos del norte de Chihuahua ha cruzado la Sierra Tarahumara para terminar mojándose con el oleaje del Océano Pacífico, en la Bahía de Topolobambo, a donde las colosales Ballenas Grises llegan a parir tras maratónicas travesías oceánicas.

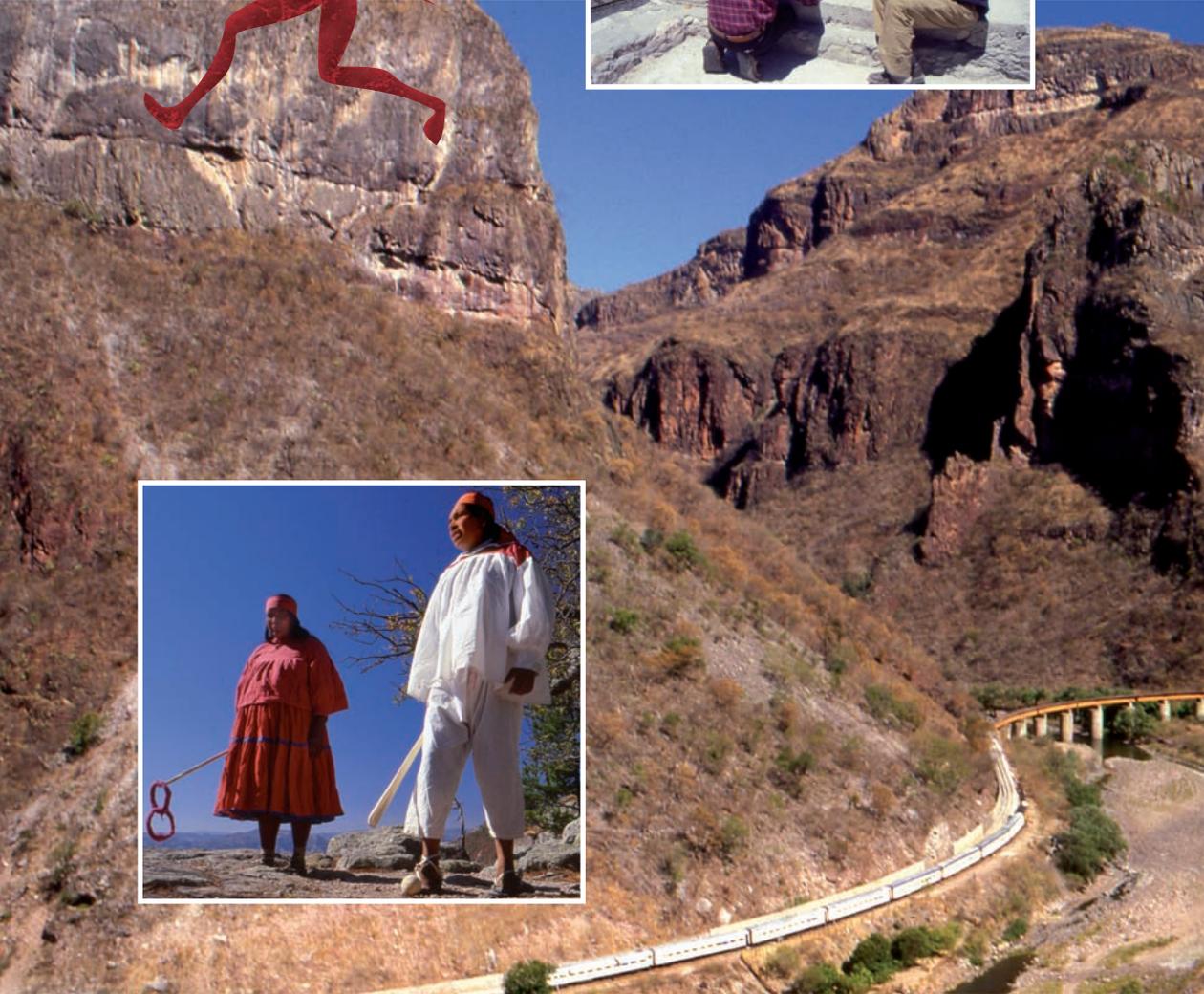
## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

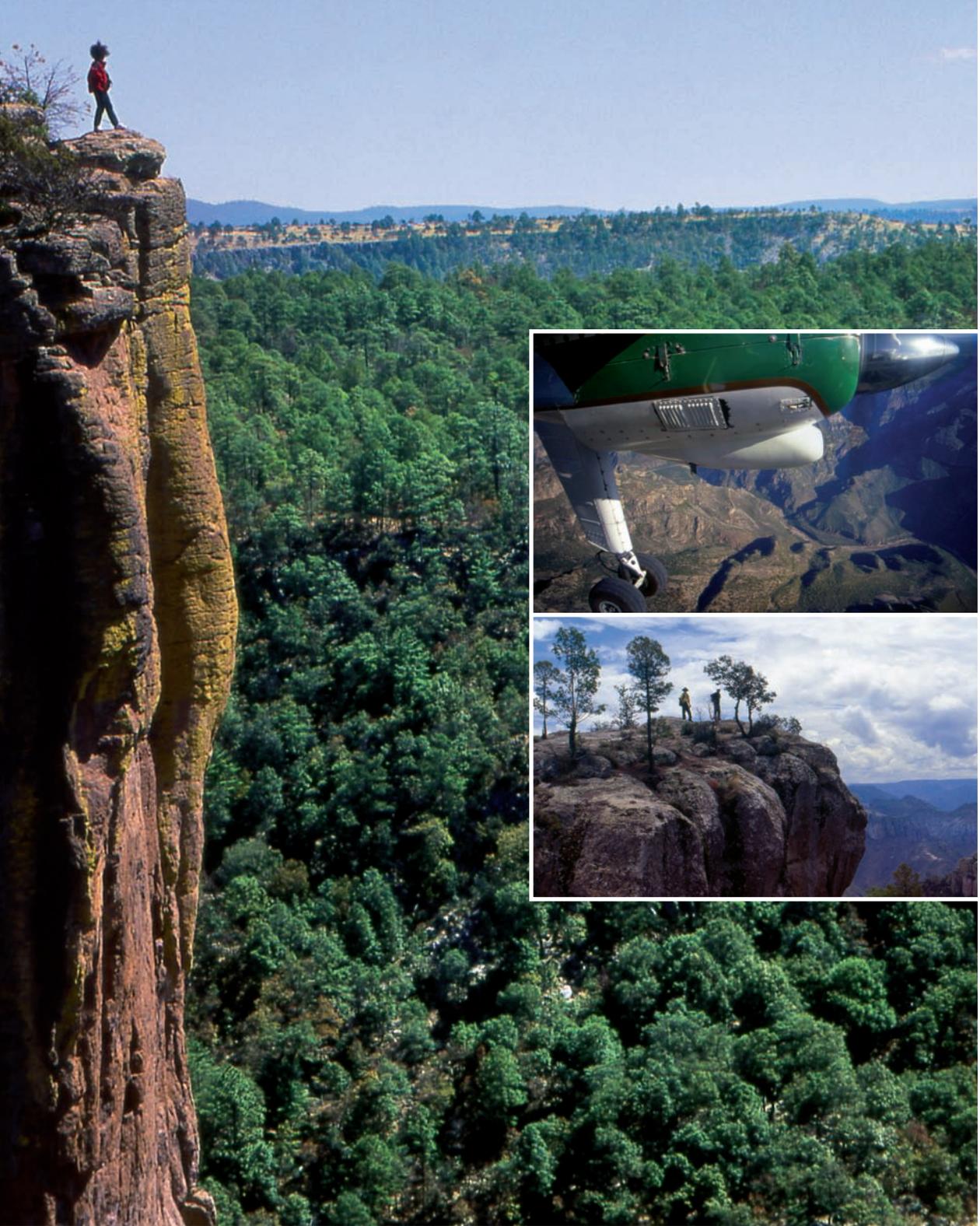
—¡A la salud de Arnulfo Quimare y los infatigables *rarámuri*!  
—brindamos por penúltima vez mientras el sol se entierra en el Océano Pacífico bajo los acordes del «¡Viva Chihuahua!», acompañados por el saxo y el acordeón de Los Rieleros del Norte.

Conoceros nos ha mostrado el valor de los indomables, de los perseguidos, de los supervivientes.



# *Ultramaratón de los Cañones*

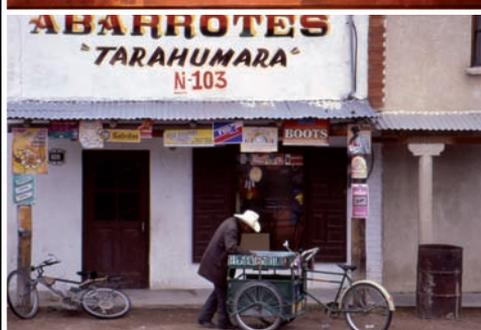








	CREEL	CHI			
TREN	DEST	HORA	COTA	DIAS	
1 <sup>RA</sup>	MOCHIS	11:30	225.00	DIARIO	
2 <sup>DA</sup>	"	13:00	.00	LLN. MIER. Y VIER.	
1 <sup>RA</sup>	CHI	15:00	186.00	DIARIO	
2 <sup>DA</sup>	"	16:00	.00	PAR. JUE Y SAB.	



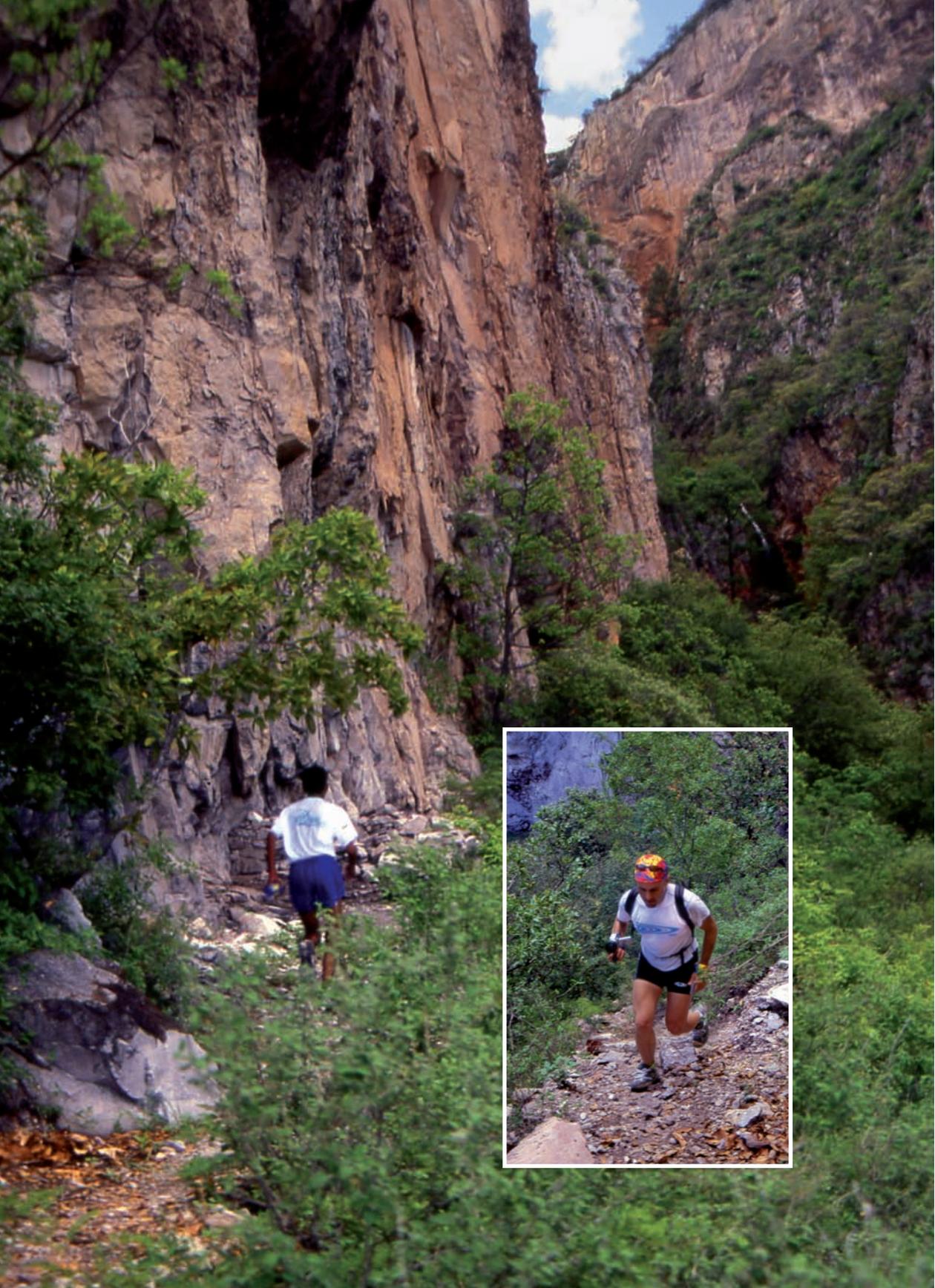


*La vuelta al mundo en 42 Km.*

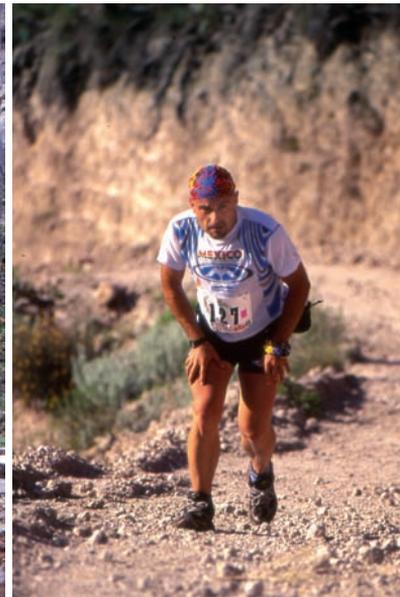


# *Ultramaratón de los Cañones*





# *Ultramaratón de los Cañones*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*



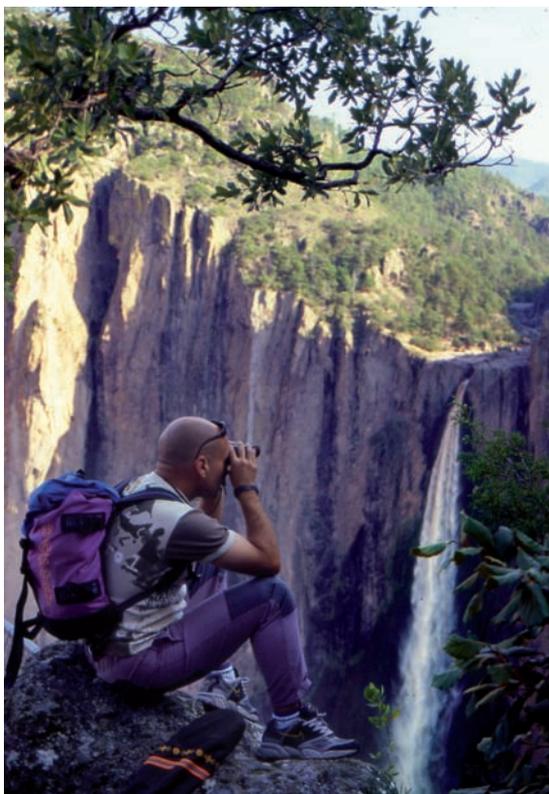
*Ultramaratón de los Cañones*





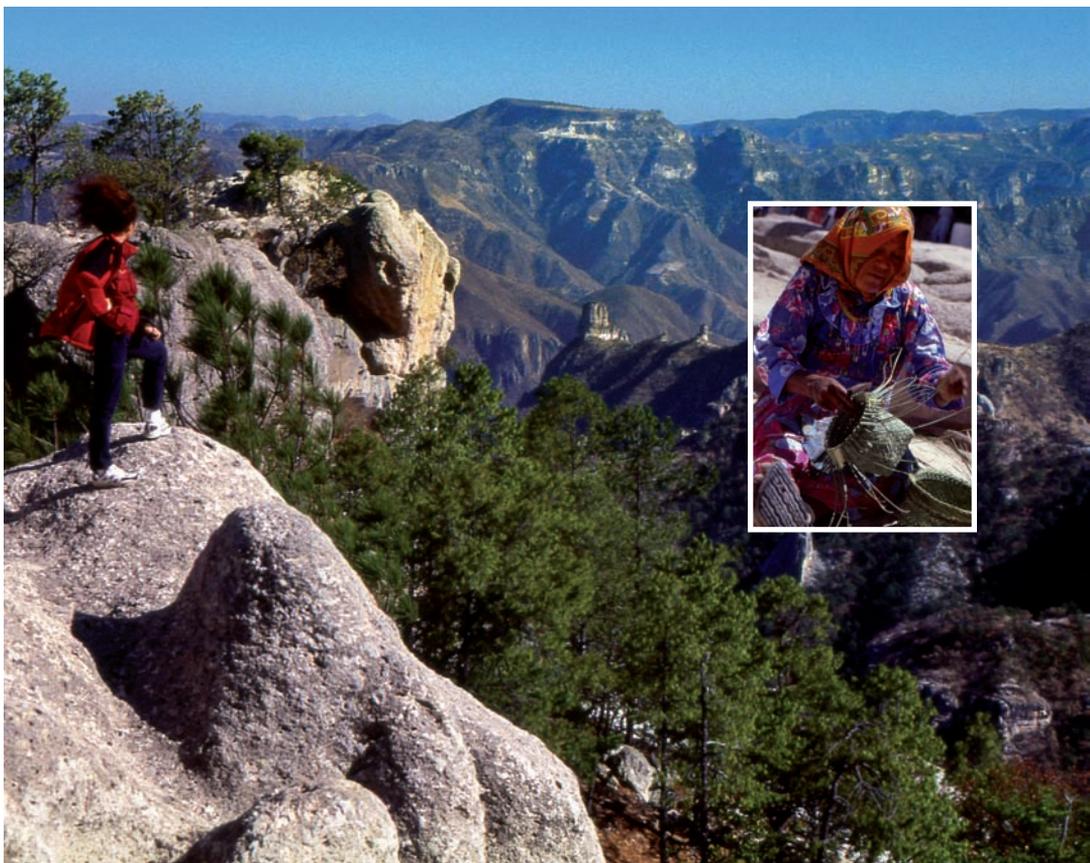


*La vuelta al mundo en 42 Km.*

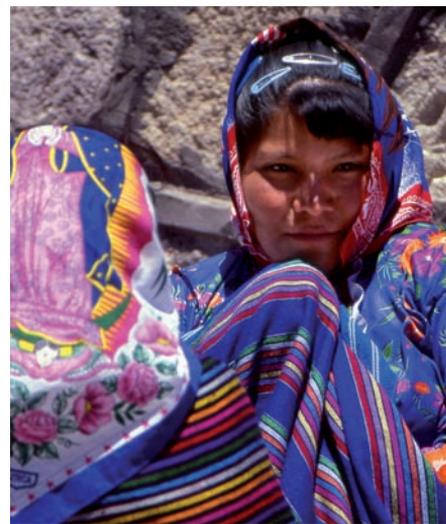
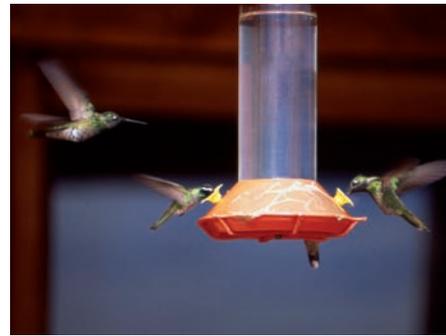




*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# *Ultramaratón de los Cañones*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A** Pedro Galarza, genio incombustible, y a su fabulosa cuadrilla de incondicionales maestros en el arte de la amistad y el compañerismo.



AireLibre  **corricolari**  
SARI NAQUSIA **RADIO POPULAR**  
BILBO HERRI TRATATIA  
GALARLEIZ - 2003  
**458**  
CAJA LABORAL  
EUSKADIKO KUTXA

Julio 2003

Europa



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

**E U R O P A**

**MARATHON ALPINE GALARLEIZ.  
A LOMOS DEL MÁGICO DRAGÓN**

Con la llegada del verano, el lobo, talismán de este veterano maratón, aúlla al paso de los participantes del *Marathon Alpine Galarleiz* por los Montes de Ordunte. Desde sus apostaderos serranos no pierde de vista a los corredores, marchadores y ciclistas que ocupan su territorio. Cientos de amantes del deporte en plena naturaleza volvíamos a compartir el escarpado espinazo de un prodigioso dragón montañoso. Para sus muchos seguidores, un paisaje y unas gentes insustituibles.



## APRENDICES DE LOBO

Es el turno del continente europeo. Esta vez cerca de casa, en el País Vasco, en los Montes de Ordunte. Además, el maratón es un viejo y querido conocido: el *Marathon Alpine Galarleiz*.

Unos 1.500 «aprendices de lobo» se remueven agitados en la era de la burgalesa aldea de San Pelayo. El *Galarleiz* está a punto de comenzar. Después de un año de espera para sus incondicionales participantes, llegaba el día de trepar de nuevo por las laderas de los montes Zalama, Balguerri, Maza Pando, Burgüeno, Terreros, Koltiza y La Garbea. Unos a pie y otros en bici hasta completar 42 intensos kilómetros de sensaciones. La noble filosofía del *Marathon Alpine Galarleiz* se traduce en andar, correr, pedalear e innovar sobre la distancia de maratón en un entorno natural privilegiado. Ése es el difícil propósito de quienes lo organizan, y ¡vaya si lo consiguen!

Muy de mañana los primeros en abrir camino han sido los marchadores. Después nos toca a los corredores y finalmente a quienes han elegido progresar sobre dos ruedas. Encogidos por el frescor mañanero, los de la carrera a pie estamos dando la primera zancada de las cuarenta y dos mil de naturaleza a granel que tenemos por delante. Conozco al detalle la carrera pues desde su primera edición en 1995 no he faltado un solo año a la cita. De entrada, el «cuestómetro» que conduce al Monte Zalama, el techo de la carrera, estira al pelotón como si fuese un chicle de mil colores. El sudor empapa el cuerpo. No es fácil correr monte a través y menos cuesta arriba. El pulso se dispara y las piernas se calientan rápidamente.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Cada uno avanza a su ritmo, se trata de no parar. Pisada la cumbre, la panorámica obsequia con unos magníficos parajes verdes de montaña a vista de pájaro. Sólo por el paisaje y el intenso azul del cielo merece la pena dar una zancada más, una menos hasta la siguiente cumbre que igualmente se desdoblará en alucinante descenso a su cruce. Y así sucesivamente por un montañoso espinazo que parece no tener fin.

Somos muchos los amigos y conocidos que coincidimos desde hace años en este maratón, por eso nunca falta distendida charla y compañerismo durante el recorrido. Sin embargo, en esta edición, el oscuro futuro destructor que se cierne sobre estos paisajes únicos, por los que ahora transitamos, es lo que más enojosa conversación plantea.



## ORDUNTE TIENE QUE SALVARSE

Es curioso comprobar cómo se manipulan conceptos y beneficios cuando se trata de engañar al ciudadano-votante-contribuyente. Afortunadamente no siempre el *lobby* manipulador de turno se sale con la suya. Resulta que, bajo el pretexto de generar una energía limpia, se pretende justificar la instalación de un inmenso parque eólico a lo largo del cordal de los Montes de Ordunte. Esto supone que, de prosperar el proyecto, se levantarán gigantescos aerogeneradores anclados a toda la línea de cumbres. El previsible resultado al paso de las excavadoras que construirán las pistas de acceso, para su ensamble y mantenimiento, es aterrador.

El destrozo de monte virgen que una obra así conlleva es de imaginar por mucho que se quieran disimular las consecuencias. Además, al ser un pasillo geográfico de aves migratorias y atalaya de colonias de buitres, el riesgo sobre estas aves al cruzar entre las enormes aspas eólicas es evidente. Y lo más sangrante en cuanto a daños ecológicos: tanto las turberas y humedales cenagosos alpinos del Monte Zalama como los de Llama de Salduero (de los pocos que quedan en la Península) se destruirían por completo. Todo ello sin cuantificar el atentado social que supone destruir un símbolo natural, antropológico e histórico para los vecinos y caminantes de estas montañas. Montañas de las que sus antiguos pobladores obtuvieron los recursos de subsistencia y progreso que hoy disfrutan las actuales generaciones.

A los que venimos de otros lugares, las noticias sobre el futuro de los Montes de Ordunte nos implican tanto como si fuésemos de aquí. La belleza natural no entiende de fronteras y es responsabilidad de

todos su defensa. Los corredores de la zona comentan que de momento se está frenando el fratricida plan, gracias a la presión de algunos ayuntamientos y de la gente que considera estos montes parte de su patrimonio vital. Desde luego, a los que llevamos tantos veranos viniendo a correr el *Galarleiz*, la mutilación de estos paisajes tan queridos nos dejaría sin unos referentes que también hacemos nuestros. Porque aquí hemos disfrutado y sufrido deportivamente y, sobre todo, porque aquí hemos sido felices. Tendríamos que olvidarnos de un lugar donde la gente de campo se hace noble, corren y vuelan los moradores del monte, crecen los bosques, mojan las nieblas y soplan los vientos de las cumbres. Como así se exigió en la clásica reunión de corredores, marchadores y ciclistas la noche previa al maratón, ¡los Montes de Ordunte tienen que salvarse!



## **AFILADO ESPINAZO TIENE EL DRAGÓN**

Un sexto sentido para correr entre senderos es lo que hace tan íntima la relación del corredor con una naturaleza tan fascinante. Si subir es duro, bajar destroza. No hay tregua ni descanso cuando miles de impactos hacen mella sobre las piernas. Eso estaban experimentando las mías tras coronar el Monte Balguerri al paso por las sendas abiertas por los viejos pastores, leñadores y carboneros que trajinaron en su día por estas solitarias cimas.

El Mar Cantábrico se abre a pocos kilómetros en línea recta y el viento parece querer traer su salino y húmedo aliento hasta las cumbres. Esa humedad y el empuje del sol calienta la suela de las zapatillas, y a los que vamos dentro de ellas más aún. Saltar de monte a monte precisa de energía y esa energía es resultado de la combustión de fuel nutriente y motivación. Por eso, además de entusiasta animación, avituallamiento líquido y alimento no faltan a nadie. Mi buen amigo Pedro Galarza, fundador del *Marathon Alpine Galarleiz*, dice que en un maratón con recorrido especial y organización especial, el corredor merece un trato especial. Ésa es la esencia de esta prueba deportiva que hace tan cómplices a los que cabalgamos a lomos de este salvaje dragón que es el *Galarleiz*.

Así lo demuestran cada año miles de *amaitutas* (finalistas, en euskera). Como aquél que en una pasada edición, al desprenderse por completo la suela de su zapatilla, lejos de pensar en la retirada, pidió a una patrulla de la Cruz Roja cartón y cinta aislante para «recauchutar» la maltrecha zapatilla y poder así llegar a Meta. Es fácil compartir su personal sentimiento de orgullo al comprobar cómo su invento de fortuna le había permitido alcanzar la campa del Alto de Otxaran, después de tantos kilómetros de esfuerzo.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

A la espalda han quedado las puntas del Maza Pando, el Burugüeño y el gran escalón alpino del Kolitza. Todos montes emblemáticos de verdes praderías colgadas y esbeltas aristas rocosas por las que hay que transitar en fila india. Al paso por las cotas más bajas del recorrido los bosques son tan frondosos que cuando corremos bajo su arbolado parece caer la noche. Las vistas son de suspiro para los que aquí corren por primera vez. Cientos de espectadores han subido a varios tramos del recorrido para ver y animar el paso de los corredores. Como si fuesen las palabras mágicas de un aquelarre colectivo, puede escucharse por todos lados «¡Aúpa, aúpa!», entre el resoplar de cientos de deportistas.

A pesar de que marchadores, corredores y ciclistas hemos salido espaciados a lo largo de la mañana para evitar aglomeraciones, hace rato que coincidimos en los kilómetros finales. Los unos pasan a los otros y los otros pasan a los unos. Nunca falta la cortesía de quien es rebasado y el saludo de quien rebasa. Todo fluye.



## A DONDE EL CUERPO TE LLEVE

Durante el ascenso al repechón de La Garbea, el último monte de la afilada serranía, algunos empujamos a varios ciclistas que se clavan al desnivel para evitarles desmontar. Al igual que en tantas otras cuestas en las que se comparte esfuerzo, el jadeo de los que seguimos sumando distancia a la cuerda del *Galarleiz* parece crear una agónica atmósfera. A veces imagino que somos corredores «efervescentes» bullendo en un mar de sudor que nos disipará por completo. Tan sólo es la necesaria ventilación de un prodigioso motor racional que permite llegar a esos lugares privilegiados, a los que afortunadamente no llega ningún artilugio mecánico.

Imagino que la exigencia cardiovascular y la necesaria concentración para aterrizar y catapultarse con las zapatillas son muy diferentes para quienes están disputando los primeros puestos de la carrera. Al resto el trote fácil nos permite recrearnos tanto que incluso paramos a fotografiar el entorno. Lo que hubiese dado por tener la perspectiva de los ocupantes del helicóptero de la Erchaina que ha sobrevolado la zona para evacuar a un ciclista accidentado. Estoy seguro de que, a pesar de las magulladuras, el ciclista ha estirado el cuello para ver desde allí arriba cómo sus compañeros seguían subiendo y bajando por esos parajes que hasta hoy sólo conocía a ras de suelo.

Estamos descendiendo el Monte Garbea. Son kilómetros duros pues el pronunciado desnivel cuesta abajo castiga más aún las ya doloridas piernas. El remate final es un cortafuego que a estas alturas parece más un despeñadero vertical. A muchos no nos queda más remedio que bajar de lado... alguno lo hace rodando. La megafonía y el alboroto de la instalación de Meta se escuchan cada vez más

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

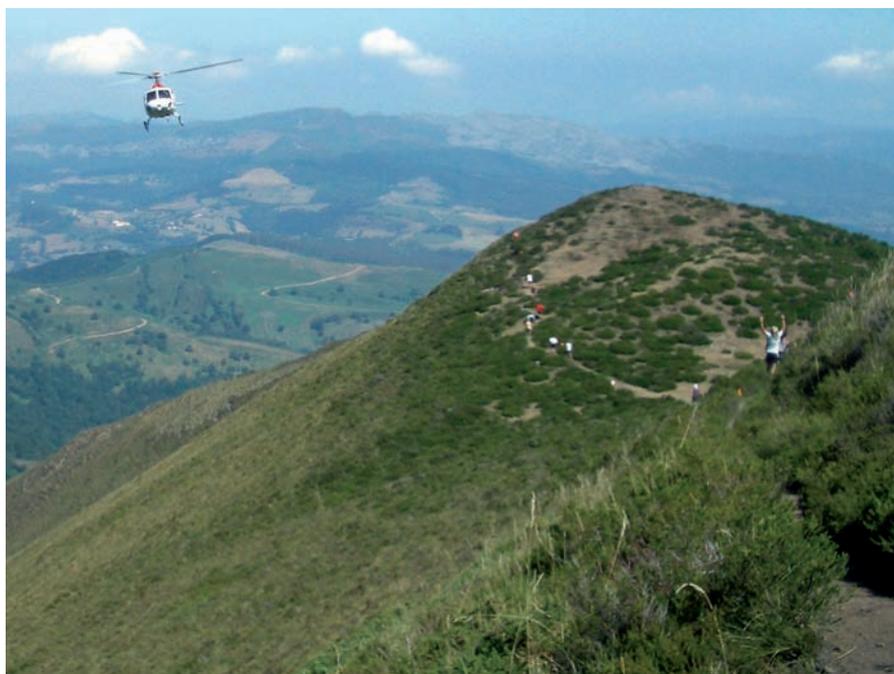
cerca. Es todo un alivio saber que, por más que esté costando correr con 40 kilómetros encima, el final está ahí abajo.

El *Galarleiz*, sus gentes y sus paisajes, otro año más, formaban parte de nosotros y nosotros de ellos. Alguien que baja a mi lado y no conozco me dice:

— ¡Esto ya es historia!...

Bonita historia de emocionante final que estamos cerrando juntos al cruzar bajo el arco de Meta, en las campas del Alto de Otxaran.

Lo cierto es que después de un completo día compartiendo esfuerzo y superación, entre tantos y tan diferentes corredores avanzando en una misma dirección, nadie ha visto fronteras para los pies. Y muchos nos preguntamos cuándo se marchará del mismo modo en esta tierra vasca hacia el entendimiento necesario para la Paz. ¿Hasta donde tendrá que llegar el reguero de sangre que levante las conciencias y convierta en chatarra oxidada las pistolas del terror?





*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Marathon Alpine Galarleiz



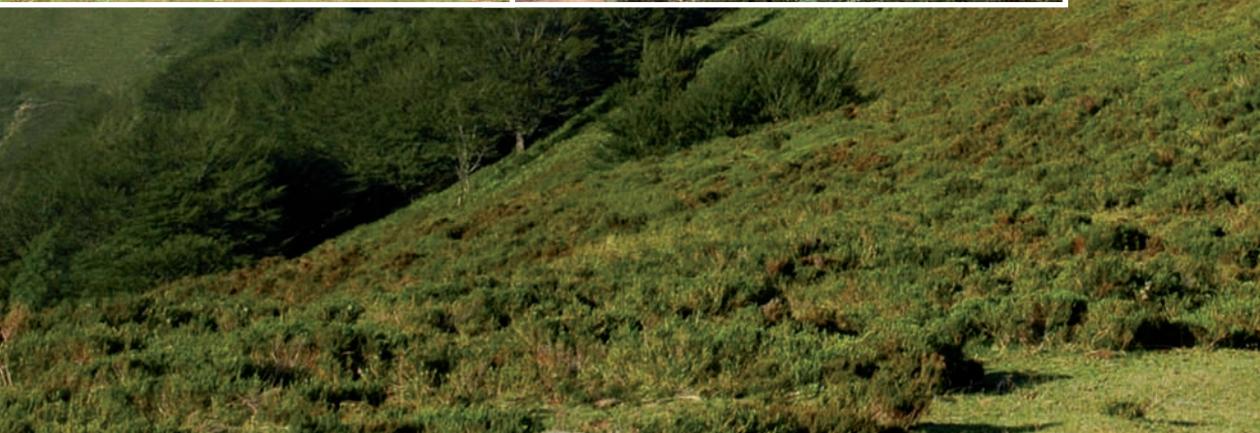
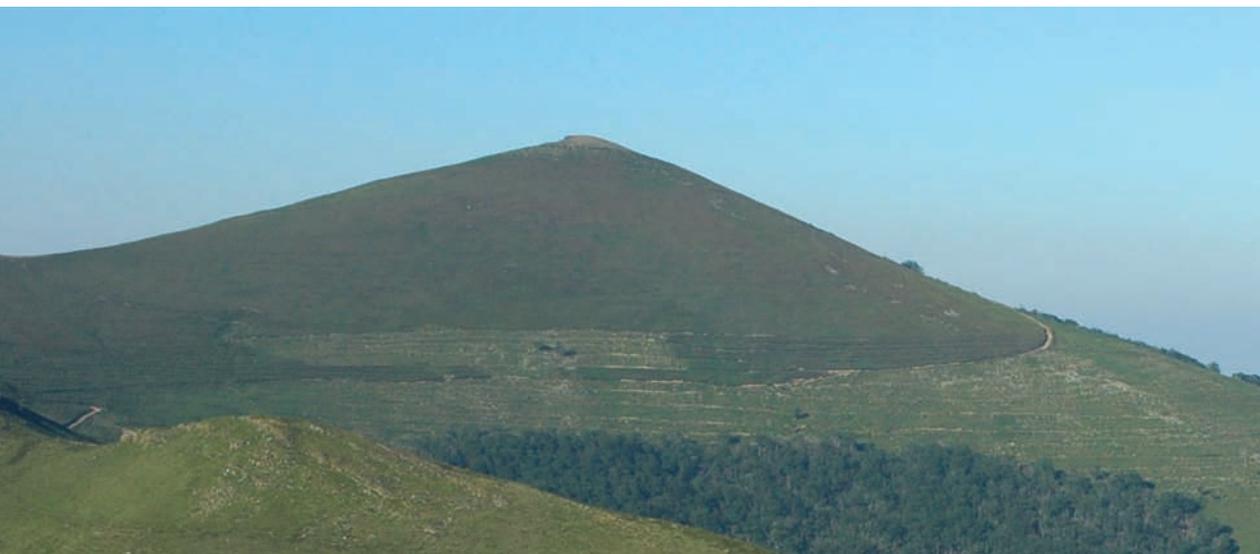
*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Marathon Alpine Galarleiz



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Maratón Alpine Galarleiz







*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Marathon Alpine Galarleiz



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Marathon Alpine Galarleiz



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



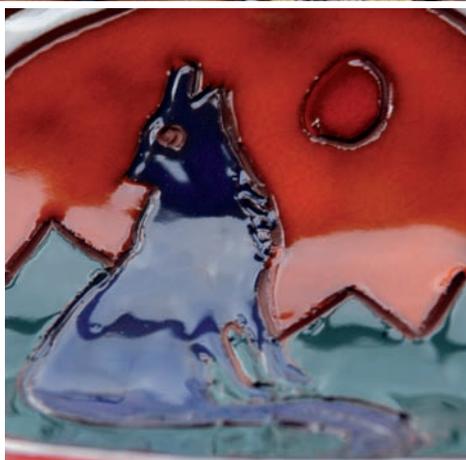
# *Marathon Alpine Galarleiz*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Marathon Alpine Galarleiz



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A** Juan Antonio Alegre. Juntos decidimos sabotear el injusto destino de la humanidad. Yo le traje una piedra de la Antártida para que la depositase en la sagrada fuente del río Ganges y él trajo de aquella venerada agua para que yo la derramase en el nacimiento del castizo río Manzanares. El ritual se llevó a cabo dando la vuelta alrededor de la Tierra. Sin embargo, en algo habíamos fallado... una parte del mundo seguía bombardeando y matando de hambre a la otra parte.





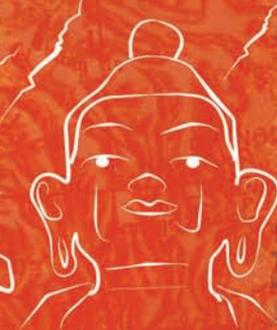
**THE GREAT TIBETAN MARATHON 2003**

THE GREAT  
**TIBETAN**  
MARATHON



Agosto 2003

Asia

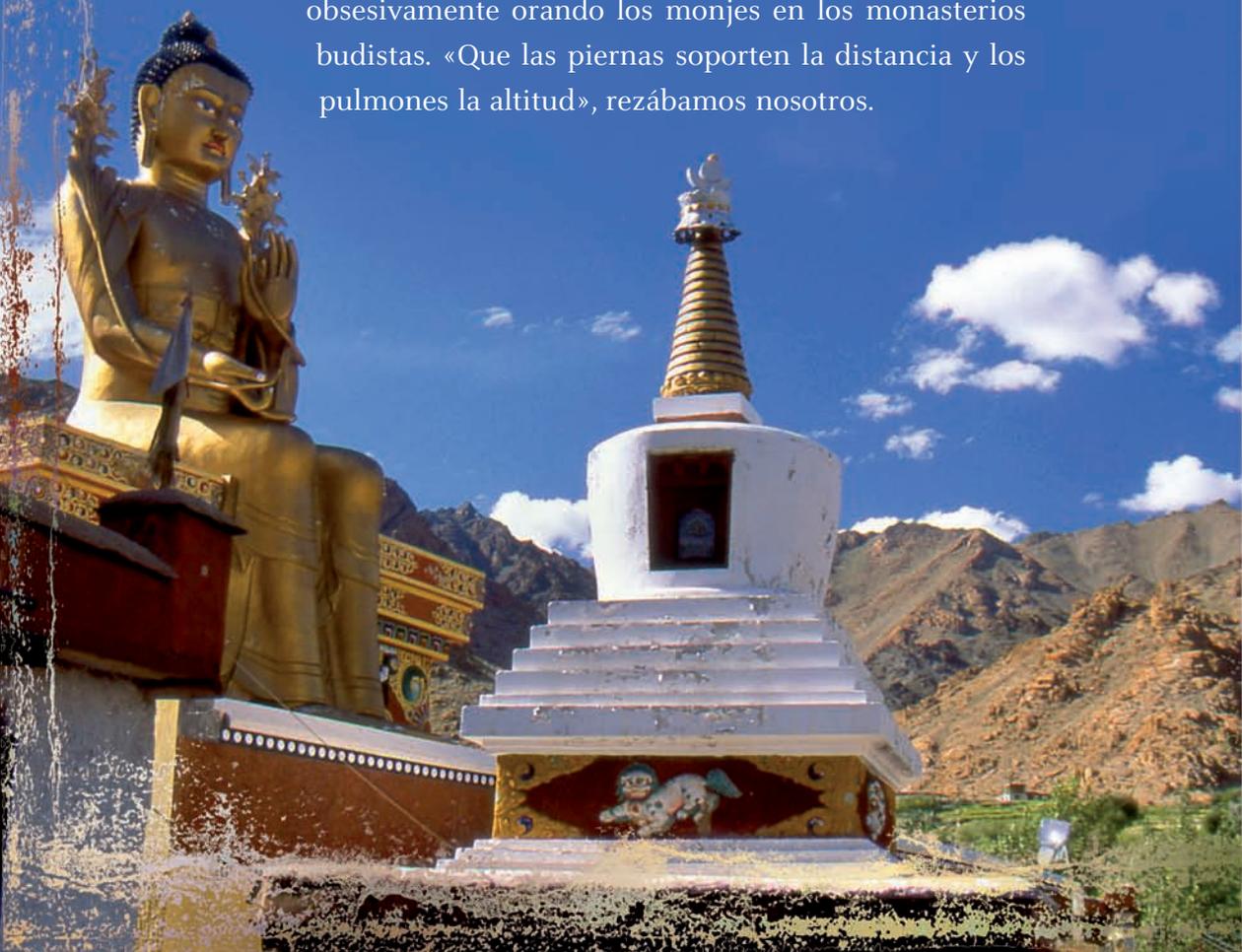


*La vuelta al mundo en 42 Km.*

A S I A

**GREAT TIBETAN MARATHON.  
ZANCADAS DE ALTURA EN EL REINO DE BUDA**

«Todo gira alrededor de ti. Libera tu mente de los deseos, que es lo que produce el sufrimiento, y entrégate a la meditación», exhorta la filosofía budista. Todo lo contrario de lo que nosotros habíamos tenido que hacer para llegar hasta el «Tíbet perdido». Ese milenario cruce de caminos multirracial donde se iba a celebrar el primer *Great Tibetan Marathon*. «Om Mani Padme Hum» (La joya de la vida está en la flor de loto), repetían obsesivamente orando los monjes en los monasterios budistas. «Que las piernas soporten la distancia y los pulmones la altitud», rezábamos nosotros.



## **NO POSSIBLE SIR**

Los 40 grados de temperatura y el 70 por ciento de humedad de las calles de Nueva Delhi son lo de menos, lo de más es la decena de veces que nos han despachado desde el otro lado del mostrador con un cortés, pero rotundo:

— *¡No possible Sir!*

Sabemos que la única opción de embarcar con destino a la norteña ciudad india de Leh es que no se presenten los tres pasajeros que nos preceden. Y no parece probable que eso pueda suceder. De no poder volar hoy, nos esperan dos días y medio en autobús a lo largo de una carretera de tierra que atraviesa varios pasos por encima de los cinco mil metros. Esto supone que, sin apenas tiempo de aclimatación, llegaremos moribundos a correr 42 kilómetros a casi cuatro mil metros de altitud. Por supuesto, una opción nada recomendable si no queremos correr con una botella de oxígeno a la espalda.

En el último minuto un súbito *¡Passport, passport Sir!*, disparado desde el mostrador de facturación, conmuta nuestro turbio futuro. Nos ha tocado la lotería. Sin todavía creerlo, junto a Enrique Garrandés y su hijo Kike, estamos sobrevolando la cordillera del Himalaya sorteando picos y collados camino de Leh, la capital de Ladakh. Una remota región, abrazada hoy por la frontera norte de la India, que fue milenario paso de las caravanas de comercio que llegaban desde distantes valles de la cordillera para enlazar con los caminos de la legendaria Ruta de la Seda.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Aunque las altas montañas lo separen del gran Tíbet ocupado a sangre y fuego por China, a este remoto recodo del Himalaya se le conoce como el «Tíbet perdido» por la importante presencia de monasterios, fieles budistas y refugiados tibetanos huidos de la represión.

Nada más aterrizar en el aeródromo de Leh, un precavido cartel advierte al forastero de la elevada altitud a que se encuentra y le invita a ser prudente. Cualquier esfuerzo brusco puede suponer sufrir los efectos del «mal de altura»... o el de los militares que, armados hasta las cejas, vigilan al pasaje recién llegado en busca de combatientes infiltrados de la vecina Cachemira.



## A CÁMARA LENTA

Tocaba ahora conseguir una adecuada adaptación a la altitud en tiempo récord. Mucho líquido, carbohidratos y pausados paseos hasta que progresivamente nos lanzásemos a comprobar los resultados trotando. Y así lo hacemos bajo la curiosa mirada de los monjes de un templo budista encaramado en un meandro del río Indo. Mal empezábamos. Durante los primeros quince minutos el organismo no es capaz de aceptar el cambio de presión. A pesar de ventilar los pulmones a bocanadas, el finísimo aire no «alimenta» lo suficiente. Además, un leve dolor de cabeza y muchas más pulsaciones de las habituales advierten de lo cerca que estamos de la divinidad de las cumbres del Himalaya y de lo irremediabilmente lejos del terrenal nivel del mar. Sin embargo, la suave cadencia con la que lanzamos cada zancada consigue que el cuerpo se vaya reajustando y terminemos disfrutando de un magnífico entrenamiento frente a la nevada cara norte de los Himalayas.

Como parte de la necesaria aclimatación, sabemos que es recomendable ocupar el resto del tiempo con excursiones, a pie o en vehículo, a zonas más altas y regresar a dormir al valle. Y a ello nos ponemos. Desde subir a la cercana colina donde se levanta el Palacio Real de Leh, que domina toda la ciudad, hasta la visita a lejanos monasterios donde asistimos a las cautivadoras sesiones de *mantras* rezados por decenas de monjes en estado de trance.

Al igual que en otros excepcionales lugares, correr este maratón está siendo el pretexto para conocer un recodo del planeta más que fascinante por sus paisajes y sus gentes. Y es que en este emplazamiento tan aislado, tibetanos, hindúes, musulmanes y algún cristiano conviven en la tolerante y solidaria vecindad a la que obliga

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

estar incomunicados por la nieve durante varios meses al año. Entonces, sólo el recogimiento y las boñigas secas de yak, que hacen de combustible, calientan los hogares ladakíes.



## LA MAQUINARÍA PARECÍA ENGRASADA

A tan sólo 40 kilómetros de las calles de Leh una carretera asciende hasta los 5.602 metros de altitud. Se trata del Kurdung La, que dicen es el puerto de montaña transitable para vehículos más alto del mundo. Naturalmente, todo un desafío para los ciclistas escaladores que por aquí recalán y los camiones locales que, cargados hasta lo impensable, parecen crujir el motor en cada revuelta.

Pues bien, a falta de bici y con posibilidades reales de acabar haciendo «dedo» aun habiéndola tenido, nosotros afrontamos la ascensión en el destartalado jeep de un paisano local con el que cerramos trato. Superadas mil y una revueltas a lo largo de la aridez de un espectacular anfiteatro montañoso y franqueado un férreo control militar, pues al otro lado del valle de Nubra indios y pakistaníes están a cañonazos, nos topamos con el mojón cimero que reza «Carretera para vehículos más alta del mundo». Dato discutible pues en la ruta china de Hotan (ciudad oasis situada en el desierto de Taklamakan) al Monte Kailash los mojones de algunos puertos indican superar los 5.700 metros.

De cualquier forma, metro arriba o metro abajo, nosotros seguimos aclimatándonos sin apenas esfuerzo. Pero claro, una vez aquí arriba, la esbelta arista de rocas que desde el puerto asciende hasta una cercana cumbre, engalanada de banderas de oración, se muestra más que tentadora. Y ahora sí, resoplando y parando cada dos por tres para recuperar el resuello, tocamos el vértice donde el viento flamea con fuerza los cientos de banderines multicolores que los tibetanos colocan en los altos para que la brisa expanda sus escritas plegarias a todas partes. Estamos cerca de los seis mil metros y el paisaje no hace concesiones al parpadeo.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Hace tan sólo 72 horas que hemos aterrizado en Leh y somos conscientes de estar tomando más atajos de los debidos frente a lo recomendado por cualquier protocolo de aclimatación. A pesar de ello esta misma tarde volvemos a correr durante una horita. Estamos crecidos. Seguramente la experiencia de haber estado en alturas superiores en otras ocasiones provoca una falsa confianza. Y como era de esperar los dioses de las alturas nos llaman al orden de inmediato, primero a Kike y después a mí, enviándonos a la cama sin postre y con los síntomas propios de una falsa aclimatación por precipitación. Sin embargo, a Enrique la ingesta de cerveza local parece facilitarle de forma asombrosa la adaptación al cambio de atmósferas. Afortunadamente, a base infusiones de té, descanso y más té, pronto regresamos a la vertical sobre las dos piernas.

Seramente advertidos, las últimas horas antes de correr el maratón las dedicamos a pasear por los bazares de las retorcidas callejuelas del viejo Leh. Desde luego, no hay nada como el pulular en busca de recuerdos que regatear, para remedio de males diversos.



## RONCO TROMPETAZO

Entre los maratonianos foráneos de diferentes nacionalidades y los curtidos corredores ladakíes locales sumamos cerca de 200 participantes. Por delante nos esperan 42 kilómetros sin grandes complicaciones orográficas, desde lo alto del monasterio de Hemis hasta la colina donde se levanta el monasterio de Spituk, que hará las veces de Meta. Entre ambos monasterios se prolonga un largo perfil ondulado a orillas del río Indo, con los últimos kilómetros en ligero ascenso. De lo bien que cada corredor se hubiese adaptado a la altitud en estos días previos iba a depender su rendimiento hoy. De nada iban a servir a estas alturas miles de kilómetros de entrenamiento a nivel del mar si el «mal de altura» se manifestaba. Por cierto, en los controles de avituallamiento, además de las clásicas botellas de agua, los corredores también disponían de otro tipo de botellas... botellas de oxígeno por si fuese necesario su uso médico.

Son las cinco de la madrugada, despunta el amanecer y un grupo de tibetanas vestidas de gala reciben a los corredores esparciendo el humo purificador de viejos incensarios. Dentro, en el patio del monasterio de Hemis, un anciano lama bendice a cada corredor salpicando gotas de agua. Cincuenta monjes ataviados con túnicas granate y oro recitan *mantras* haciendo sonar sus instrumentos, alguno hecho de fémur humano. La suerte está echada. Con las primeras luces el ronco sonar de trompetas gigantes nos pone en marcha.

Los corredores tibetanos han tomado la cabeza imponiendo un ritmo tan fuerte que ningún occidental se atreve a seguir. Descendiendo la colina de Hemis se forman grupos que aúnan fuerzas compartiendo ritmo. Pasan los kilómetros y avanzamos por la ribera del sagrado, para budistas e hinduistas, río Indo.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Mañana tenemos previsto hacer *rafting* en un tramo de rápidos del río y, desde aquí arriba, se ven tramos «batidora» que asustan. Entre tanto, corremos siguiendo el curso de la corriente y mientras trotamos oímos el rugir de sus lechosas aguas procedentes de los glaciares. Si diésemos media vuelta llegaríamos hasta sus fuentes en las proximidades del Monte Kailash, la montaña sagrada a la que todo tibetano sueña peregrinar alguna vez para darle la vuelta completa (*kora*). Según su dogma, los que son capaces de darle 108 vueltas alcanzan el *nirvana* instantáneo. Nosotros por ahora nos conformamos con seguir el curso de las aguas para no hacer más kilómetros de los debidos. Nuestro personal *kora* en busca del *nirvana* tan sólo suma 42 kilómetros.

A pesar de ir más revolucionado de lo habitual el cuerpo responde, aunque curiosamente al parar en los avituallamientos es cuando más alegremente suben las pulsaciones. El recorrido va mermando en distancia y cada cual ha encontrado su ritmo, pero no es fácil concentrarse en la carrera. Desde el primero al último de los corredores extranjeros trotamos embelesados con los altos picachos nevados, y los numerosos monasterios-fortaleza que cuelgan de solitarias atalayas a los márgenes del río.



## EL MUNDO QUIERE CORRER EN PAZ

Superado el medio maratón, al paso por aldeas tibetanas y musulmanas niños y mayores saludan desde calles y campos.

—*¡Taksie Delek!* (¡Hola, buena suerte!)

Las zapatillas comienzan a pesar. Cae el «30» en la entrada de un puente adornado con banderines de oración que salva el río Indo. Los pulmones y la retina no dan abasto. Una larga cuesta hace trizas la velocidad media que había calculado sobre el papel. No muy lejos se ve el monasterio de Spituk, la deseada Meta, pero una pancarta señala el «35». Corriendo por estrechos senderos que franquean verdes campos de cultivo salpicados de *estupas* (monumentos funerarios), de nuevo hay que cruzar el río Indo. Y esta vez, según atravieso el puente, hago girar una ristra de molinillos de oración a modo de avituallamiento espiritual, con la esperanza de que surta efecto multiplicador en las castigadas piernas.

Kilómetro 40. Paro y bebo. Es el último control. Un grupo de paisanos cachemires aplauden y saludo con un *As Salam Malaicun* que rápidamente es respondido con un *Malaicun Salam* y mano derecha al corazón. ¿Por qué se empeñarán algunos en enfrentar a ancestrales civilizaciones, si como en Ladakh demuestran hospitalaria convivencia compartiendo territorio?, mascullo mientras troto.

Muy cerca suenan trompetas tibetanas que los monjes hacen sonar cada vez que un corredor cruza el patio del monasterio de Spituk. Trotando entre reviradas callejuelas y más estupas cruzo la puerta del monasterio desconcertado por el ronco estruendo de las trompetas. La piel se pone de gallina. He llegado.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

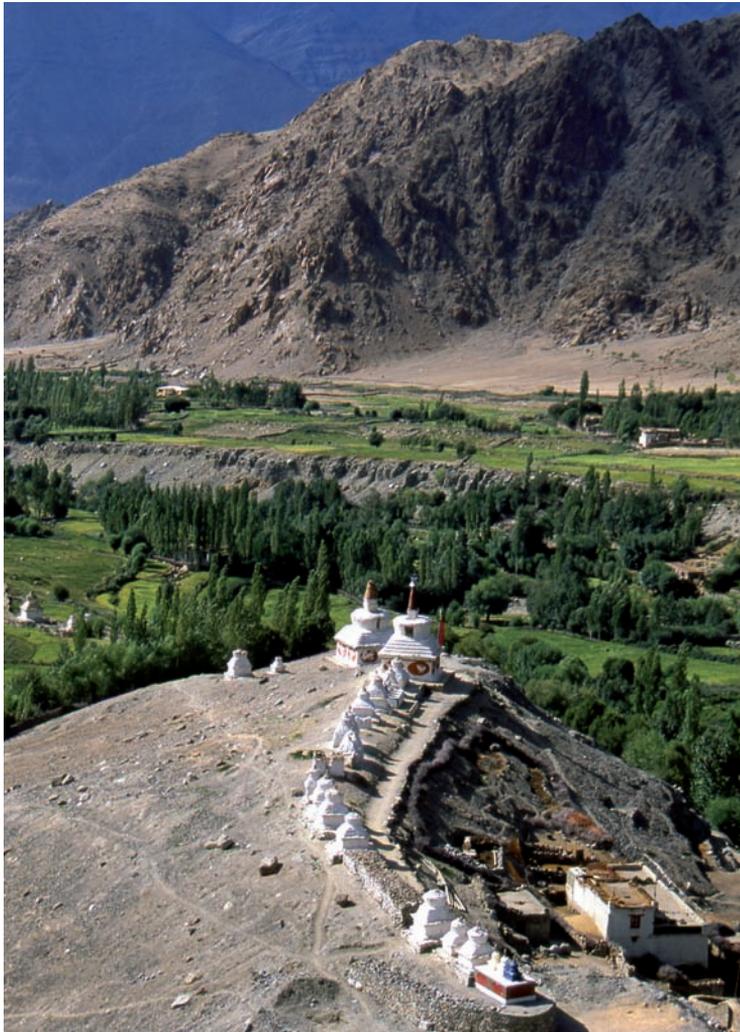
Estoy tan eufórico que las pulsaciones suben más que durante toda la carrera. Sólo unos minutos después llega Enrique, sonriendo y maldiciendo las cuestas finales. Esperándonos, Kike, que ha participado en una prueba de cinco kilómetros, no para de disparar su cámara de fotos. Hace sólo unos días no apostábamos un céntimo por llegar a tiempo a la Salida, en cambio, poco nos importa hoy cuándo podremos salir de aquí. Estamos donde hemos querido estar y todo lo demás tendrá que esperar. La maratoniada jornada finalizaría con una gran fiesta tradicional, en el mismo lugar donde se agasaja al Dalai Lama cuando visita la zona. Allí no faltamos corredores locales y extranjeros. Nacionalidades, credos y laicismo se mezclaban sin aparentes prejuicios unidos por la música de los Himalayas y los 42 kilómetros corridos paso a paso.

Pasado mañana intentaremos volar al «volcán humano» que es Nueva Delhi, y unos días después regresar al «Gran Hermano» cotidiano de Madrid. Dos mundos comercialmente «globalizados» gracias a la mano de obra explotada del Tercer Mundo y, por ende, absolutamente ajenos en cuanto a los derechos sociales de sus respectivos ciudadanos.





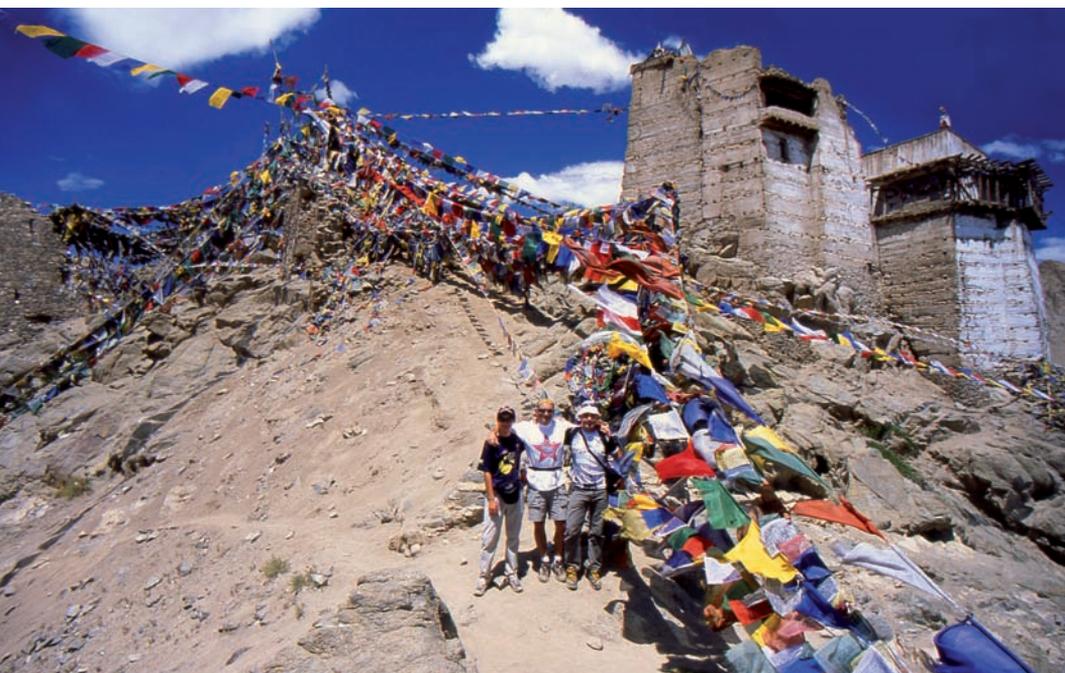
*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*Great Tibetan Marathon*

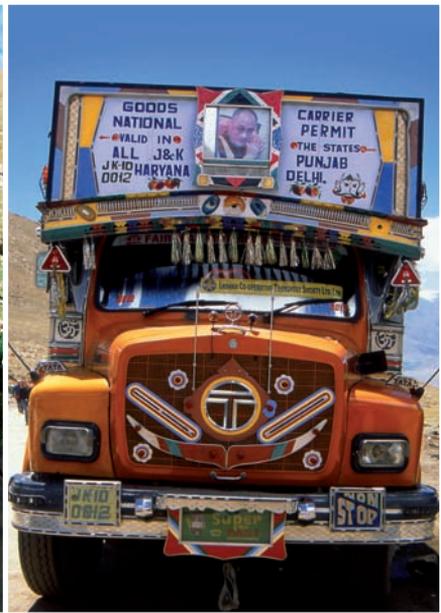
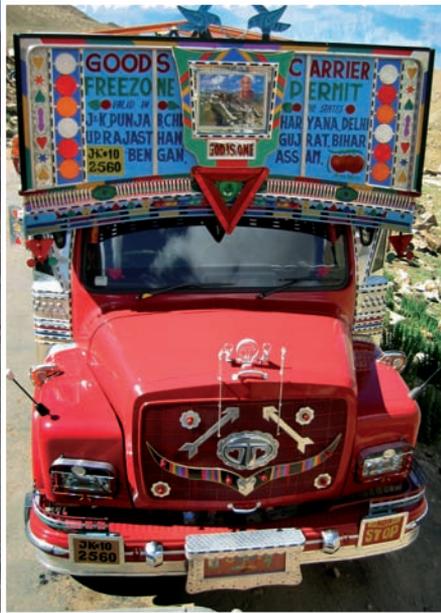


*La vuelta al mundo en 42 Km.*



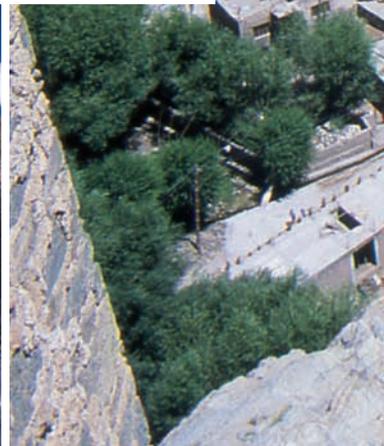
*Great Tibetan Marathon*

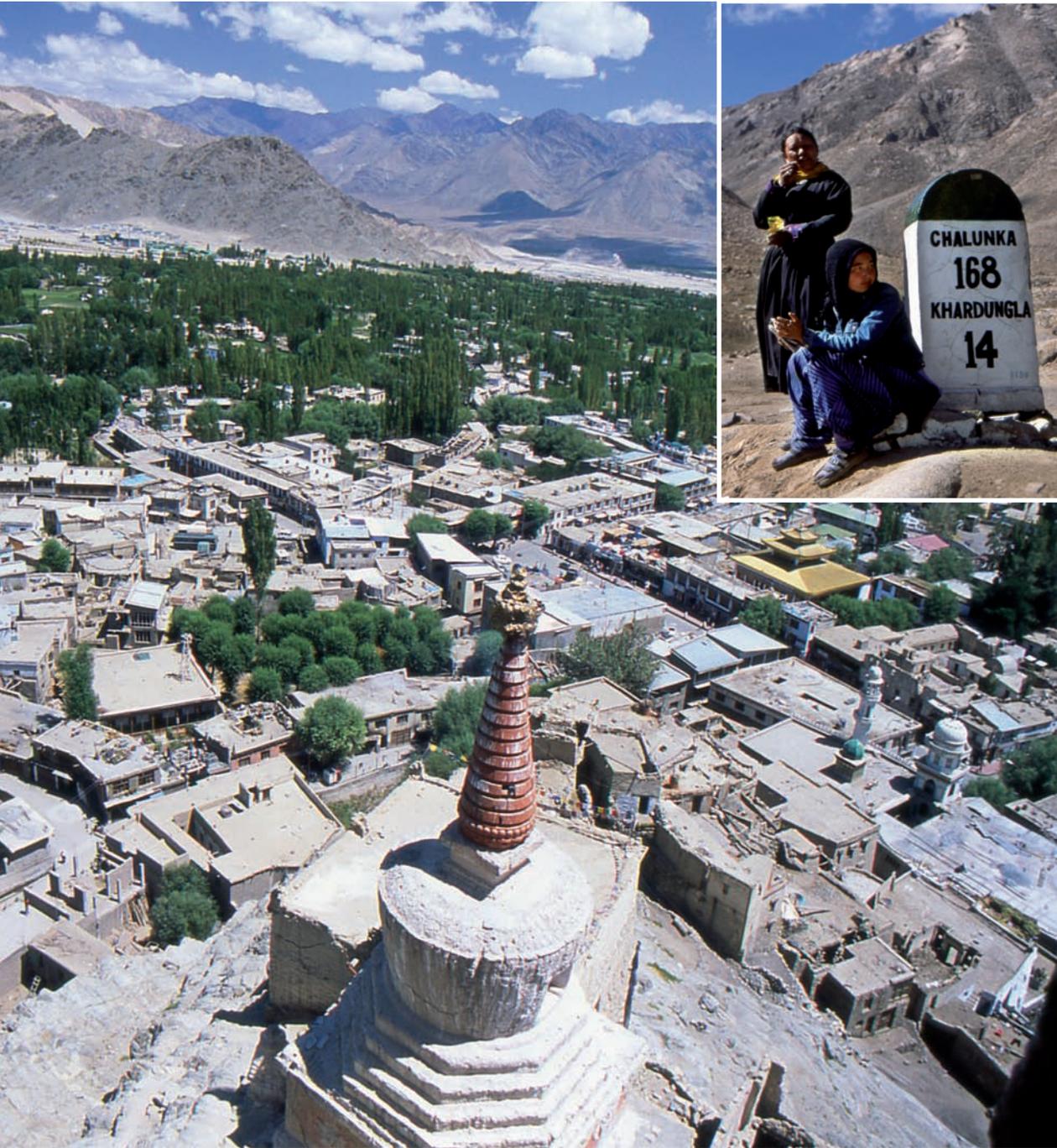




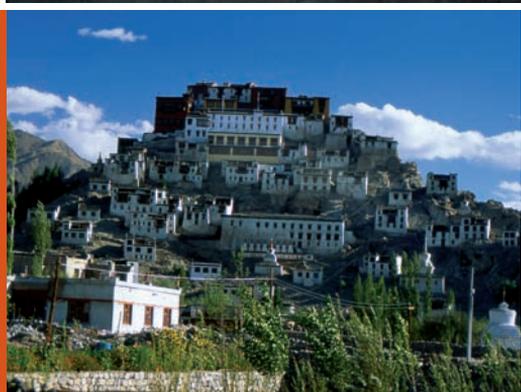


*La vuelta al mundo en 42 Km.*



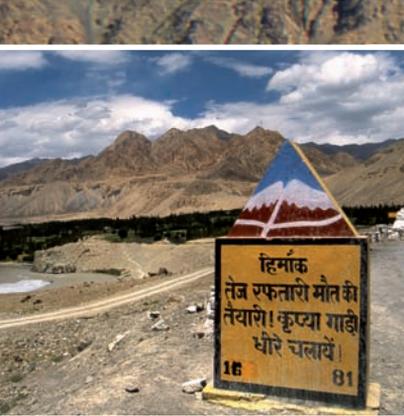


*La vuelta al mundo en 42 Km.*

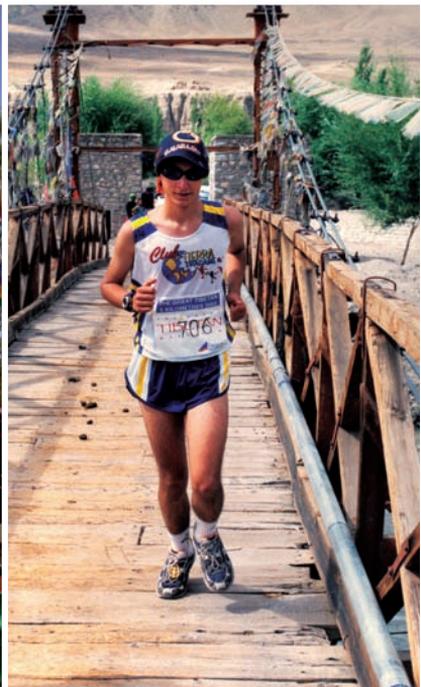


# Great Tibetan Marathon



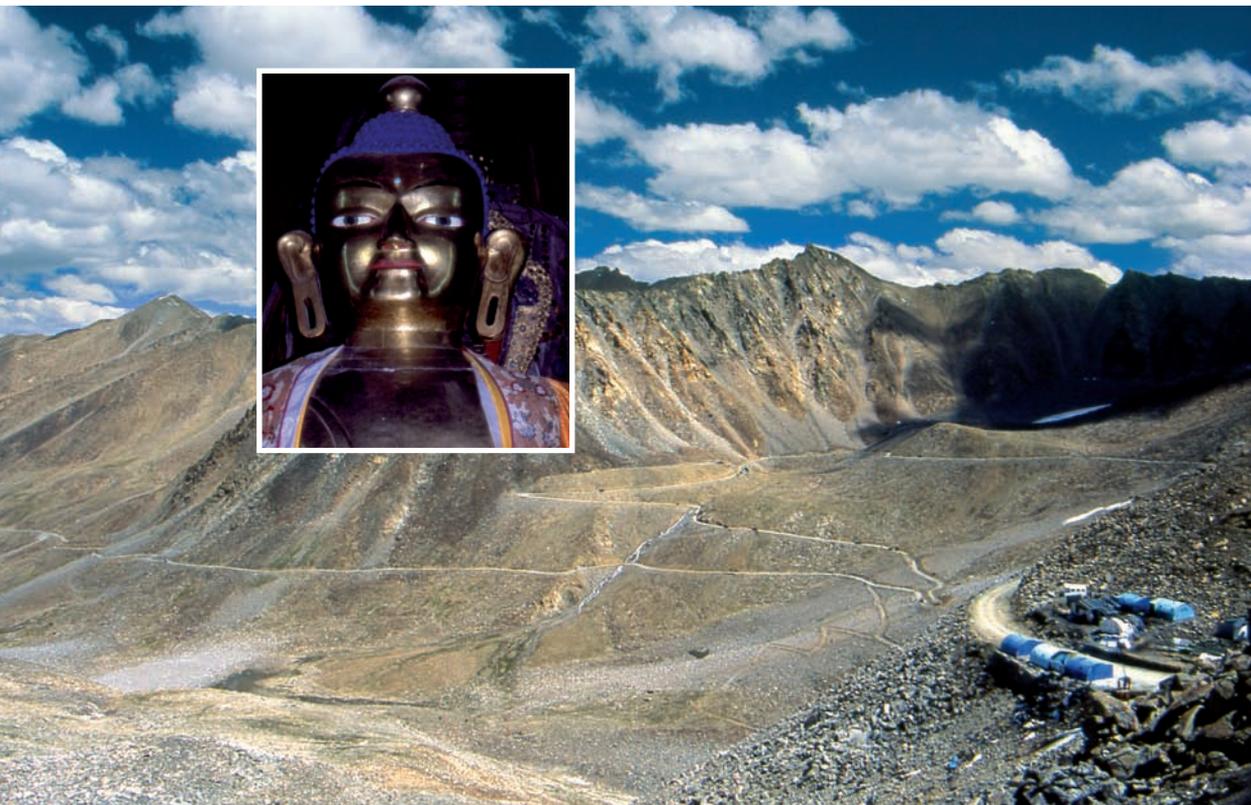








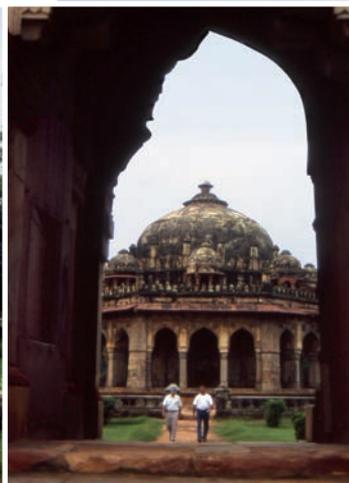
*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# Great Tibetan Marathon



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*Great Tibetan Marathon*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

*A mi sobrino Miguel, quien tras perder un partido de hockey sobre patines por un contundente 7 a 0 me dijo con sus palabras de niño: «¡Jo, tío, no nos hemos rendido, lo hemos intentado hasta el último minuto!»*





**K42**

ADVENTURE MARATHON

**116**

CASELLES  
MIGUEL 12 63  
ESPAÑA

Octubre 2003 América del Sur

*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## A M É R I C A D E L S U R

**K42 VILLA LA ANGOSTURA.**

**TANGO ANDINO EN LA PATAGONIA**

Al norte de la Patagonia, donde los Andes reflejan la silueta nevada de sus volcanes en los grandes lagos, Villa La Angostura permanece ajena al estrés que sacude el mundo. Es una aldea de montaña con sabor a buen asado, rico chocolate y dulce de leche... Pero también al sudor de los corredores que se enfrentaron en sus cerros al primer maratón de montaña de Argentina. 42 kilómetros de paraíso para los ojos y de infierno para las piernas.



## A VISTA DE CÓNDOR

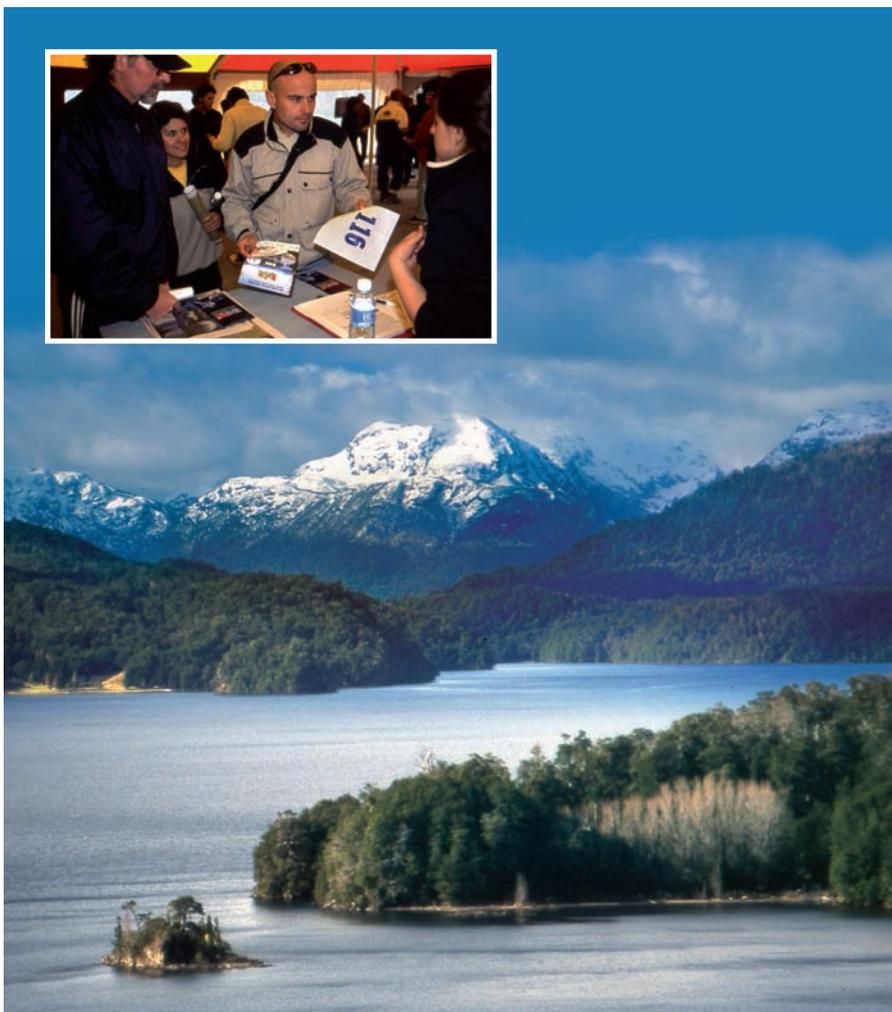
Apenas perceptible en los mapas, Villa La Angostura es una aldea de montaña situada a medio camino entre Bariloche y San Martín de los Andes, allí donde los océanos Atlántico y Pacífico estrujan a la cordillera de los Andes formando mil y un lagos. Un lugar único de naturaleza desmesurada, protegido por el Parque Nacional Nahuel Huapi, donde iba a celebrarse el primer maratón de montaña de Argentina, el *K42 Villa La Angostura*. Ante una ocasión así sobran las dudas. Victoria Sánchez empaquetó su cámara fotográfica y yo mis zapatillas.

Más de 400 corredores recién llegados para estrenar el montañoso recorrido abarrotamos las calles y garitos de la Villa. Por todos lados pueden verse corrillos de atletas haciendo conjeturas sobre tiempos previstos, acompañantes comprando algún recuerdo, corresponsales de prensa alimentando crónicas, personal de organización probando comunicaciones y paisanos prestos para atender cualquier inquietud del forastero. En estos días, Villa La Angostura es todo un hervidero de amantes del deporte y la naturaleza dispuestos a concebir un esplendido desafío deportivo.

Si pudiésemos volar junto al cóndor andino, avistaríamos desde las alturas cómo el continente sudamericano va estrechándose entre los dos océanos hasta conformar una rugosa franja densamente boscosa, salpicada de espléndidos lagos y atravesada de norte a sur por el nevado filo de los Andes Patagónicos. Sentir una experiencia similar a la del viejo cóndor proponía el K42: «sobrevolar» corriendo

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

a ras de suelo desde el azul de los lagos hasta el blanco de las montañas pasando por el verde de los bosques. Sin olvidar, por supuesto, abrir bien los ojos para no perder detalle de tamaño espectáculo concentrador de belleza.



**¡AL ASALTO DE LAS NUBES!**

«¡Al asalto de las nubes!» llevamos tatuado en el pensamiento los cientos de corredores que a orillas del Lago Espejo esperamos el bocinazo de salida. La mañana se presenta fresquita y con nubes altas. Ideal para correr. Y así lo hacemos. Encauzadas las primeras zancadas sobre la negra arena de la playa de Lago Escondido, pronto nos internamos en un cerrado bosque de coníferas a través de pistas y caminos con fuertes pendientes rompepiernas. En algunos tramos el monte se vuelve tan denso que hay que saltar troncos caídos e ir atento para no tropezar con ramas y raíces. El lugar es de cuento de hadas.

De improviso la divertida vereda se convierte en pintoresco puente de madera al cruzar por la divisoria entre el Lago Correntoso y el Lago Nahuel Huapi. Mucho público cámara en mano está esperando en este punto. El paisaje es de postal. Victoria también aporrea su disparador y después trota unos metros a mi lado ofreciéndome una botella de agua, que comparto con otros dos corredores. No sé cómo ni dónde, pero ha conseguido una moto con la que, me dice, seguirá la carrera en varios puntos.

Recibida la fugaz ducha de flashes, de nuevo vuelven las cuestas del bosque. Esta vez se trata de subir al cerro Inacayal por un sendero en el que hay que echar las manos para salvar más troncos y raíces. Aunque no es hasta media ladera cuando de verdad hay que sujetarse, y con fuerza, a las cuerdas fijas instaladas para facilitar el cruce del cauce del río Inacayal. Unos metros a la izquierda una elegante cascada atruena poderosa. Superado el caudaloso torrente y con las zapatillas bien empapadas, el camino deja de ascender para iniciar progresivamente un vertiginoso descenso de tropecientos zetas por un concurrido bosque animado.



## TANGO INFIERNO

Estoy viviendo el recorrido del K42 como si de un desgarrado tango de apasionado amor y cruel desamor se tratase. Hasta ahora los entretenidos senderos y la charla entre corredores nos han hecho disfrutar, pero es a mitad de ascenso al temido Cerro Bayo cuando comienza de verdad el baile, a ritmo de «Tango Infierno». En el cruce de un pendiente nevero helado varios corredores tienen que parar por culpa de los calambres. Quienes pasamos a su lado les alentamos, pero algunos se aferran a los muslos como si les fueran a estallar. La perversa intuición me dice que estoy asistiendo al presagio de lo que unos metros más arriba también le sucederán a mis piernas.

«¡Ahhh!»... Un terrible latigazo eléctrico sacude el aductor derecho sin previo aviso. ¡Maldita sea! Estiro y masajeo la zona. Al parar se nota el frío, así que mejor caminar o no seré capaz de despegar las zapatillas del suelo. Al trotecito lento parece que las fibras vuelven a su sitio, sin embargo, noto una rigidez que sé que más adelante va a darme problemas... y muchos.

Seguimos ascendiendo por un aéreo sendero que faldea la montaña. Es una travesía en ladera repleta de barro y de nieve barrida por el gélido viento de la cordillera. En algunos tramos la nieve está compacta y se avanza rápido, pero en otros te hundes tres palmos. Como si fuésemos aves zancudas, hincamos las zapatillas en la profunda huella hecha y levantamos las rodillas hasta el pecho para, zancada a zancada, ganarle distancia al K42. Ese maldito subir y bajar de piernas ateridas por el frío es lo que a muchos nos supone sufrir cada cien pasos terribles sacudidas musculares. No tengo más remedio que sentarme en una piedra y tensar las piernas tirando de los dedos de los pies. El dolor es insoportable.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Debo seguir como sea o continuaré revolcándome hasta que me evacuen. Y la opción de retirada, salvo accidente, nunca ha tentado mi cabeza en las peores situaciones durante una carrera. Me tomo un tiempo, dejo la mente en blanco. Pruebo a ponerme en pie y las vistas que surgen al sacar la cabeza de entre las piernas consiguen resucitarme, al menos avanzo como un autómatas.

A poniente la perspectiva se hunde en un profundo valle tapizado de bosques roto por varios lagos y penínsulas. Mientras al frente, la vista choca con las paredes heladas de las montañas y volcanes de los Andes agazapadas bajo una plomiza barrera de típicas nubes patagónicas. Sin duda el avituallamiento visual está surtiendo efecto.

Sigo en el juego.



## PILLANES SALVADORES

Superados los cuatro kilómetros de interminable loma nevada, ahora trotamos sobre un erial de escoria volcánica por el que se recupera el gesto de carrera. Con las primeras bocanadas de alivio me viene a la memoria la leyenda de los *pillanes*, unos duendes que, según cuentan los *mapuche* (originarios pobladores de la zona comprometidos hoy en una tenaz defensa de la tierra que ancestralmente han ocupado), habitan en los cerros. Aseguran que las tormentas, las erupciones volcánicas y las avalanchas son obra suya. Por eso les hacen ofrendas, para que su poder sea benefactor. También afirman que cuando un visitante llega con malas artes los *pillanes* le tiran piedras para ahuyentarlo. Estoy seguro de que hoy los *pillanes* han decidido dejarnos conocer sus dominios al vernos impulsados por encima de la fatiga y el dolor de algunos.

Comenzaba ahora un desenfrenado descenso, a lo largo de un sendero que se descuelga por la otra vertiente de la montaña atravesando un frondoso bosque y varios riachuelos, de esos que hay que coger impulso para saltar. Sorprendentemente mis piernas se recuperan, aunque no sé si por mucho tiempo. Al paso por las instalaciones de esquí del Cerro Bayo varios corredores nos reagrupamos. Aún restan diez kilómetros por una ancha pista y la compañía siempre se agradece. Apenas hablamos. El infierno-paraiso del que acabamos de salir nos ha hecho a todos camaradas de trajín andino. De improviso aparece Victoria en la moto prestada y regala a diestro y siniestro botellines de agua y plátanos.

Los kilómetros se pegan a las suelas. Pancarta del «35»... Siete aún. Mejor no pensar, sólo correr. Son momentos de blindar la cabeza y superar el hundimiento físico que provoca el agotamiento.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

—¡Gallego, cada zancada es un metro menos! —me dice un viejo conocido de los primeros kilómetros de maratón.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Diez metros menos... Otros cien menos... Otros mil menos. La cuenta atrás ha comenzado.

—¡Vamos chicos, ya sólo dos kilómetros a Meta! —alienta una señora junto a la pancarta del «40».

La vibrante retransmisión en directo de los amigos de Radio LU5 ha sacado a los paisanos de sus casas, y hay gente apostada con botellas de agua para quien pueda necesitarla.

Un disperso rosario de corredores investimos la última cuesta antes de entrar a las calles de Villa La Angostura. Ni más deprisa ni más despacio, ya no hay ritmo que valga. Las zapatillas son de plomo y cada uno transmite a sus pies el impulso que puede. Por fin corremos por el Paseo de los Pioneros, en pleno centro de la Villa. Desde las aceras y las terrazas de los bares la gente anima al paso.

Uno más, me digo. El de América del Sur está hecho, o casi...



## ¡42, EL KILÓMETRO DE ORO!

«¡Ahhh... Otra vez nooo!» Sí, otra fuerte contractura me vuelve a sacudir queriendo desgarrar el muslo. Según estiro las piernas apoyado en la primera esquina que veo para calmar el dolor, un amable paisano de la Villa cruza corriendo la calle y sujetándome por la cintura me dice desahogado:

—¡Usted no puede quedarse aquí, tiene que seguir. Ya hizo 41 kilómetros y medio y no se puede rendir. Tiene que seguir, tiene que seguir como sea!

Los músculos parecen relajarse y arranco a trotar junto a mi noble cuidador anónimo dándole las gracias.

—¡Ánimo, ánimo!... —sigo escuchando a mi espalda, hasta que el ruido ambiente de un pasillo repleto de espectadores me absorbe bajo el arco de Meta.

Había llegado. ¡Ahora sí!

Sin tiempo de suspirar de alivio, llega a mi cara el micrófono de Radio LU5 empuñado por Lindolfo Inostroza, el maratoniano de las ondas que, junto a sus compañeros de Unidad Móvil, está retransmitiendo cada kilómetro del K42 como si de una gran final de Copa Interplanetaria de Fútbol se tratase.

—¿Cómo es la carrera desde dentro? —me pregunta.

—¡Un paraíso para los ojos y un infierno para las piernas! —acierto a responder apenas con un hilo de voz.

Me invitan a que pase a la carpa de masaje, pero les advierto que necesitaría al mismísimo doctor Frankenstein para un ensamble completo del sistema locomotriz.

Finalizar había costado más de lo esperado. En parte porque traía menos kilómetros y cuestas en las piernas de lo aconsejable, pero también por los más de tres mil metros de desniveles y los tramos de nieve profunda. Lo cierto es que, sin ser una carrera especialmente técnica, mis piernas habían sufrido como nunca.

—Haber comido más plátanos, que el potasio viene bien contra los calambres —me espetó Victoria desde su flamante motocicleta.

Calmados por fin los calambres, lo que más necesitaba ahora era calmar el estómago. Así que en plena calle principal nos encaramos a un par de *pizzas* tamaño familiar, y a su equivalente en cerveza fría, mientras alentábamos a los corredores que continuaban llegando invencibles tras completar el K42 por las montañas, bosques y lagos de la Patagonia Andina. Corredores que seguirían entrando victoriosos hasta el anochecer.

Las jornadas que luego vendrían fueron de ameno trasiego por la emblemática Ruta 40 y de largas caminatas por el Parque Nacional de los Glaciares, en torno a sus grandes campos de hielo y los graníticos colmillos del Fitz Roy y el Cerro Torre. Desde luego, un más que sobrado consuelo para mis maltrechas piernas.

Meses después sigo soñando con los agrestes paisajes de la Patagonia y teniendo pesadillas con terribles calambres y traviosos *pillanes*. Pero sobre todo, recuerdo a la buena gente con la que tuve oportunidad de correr y de compartir preciados momentos. Inés, Gustavo... ¡Qué buena cena de despedida nos brindasteis! Costó, pero fuimos capaces de acabar con aquel succulento ultramaratón gastronómico ayudados por el mejor vino argentino de avituallamiento.

# K42 Villa La Angostura



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*



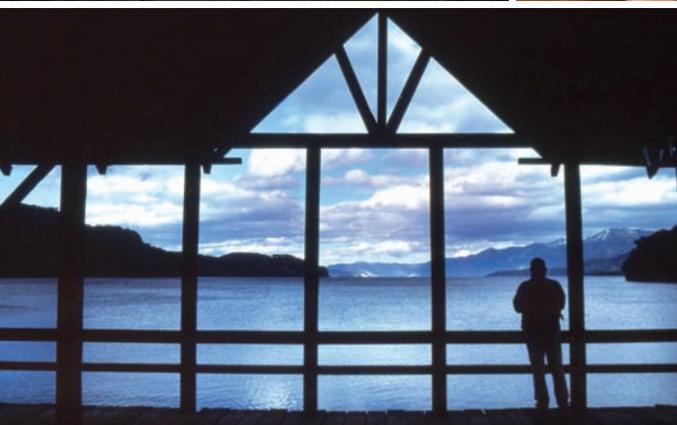
*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*







*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*K42 Villa La Angostura*





*K42 Villa La Angostura*



## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A** Luis Bonete Piqueras, el bodeguero de Almansa que me mostró la realidad del exilio saharauí en los Campamentos de Refugiados de Tinduf. Juntos corrimos el Sahara Marathon y juntos descorchamos una botella de su bodega con el sentido deseo de una justa y rápida solución para tantos saharauis desplazados.



ماراثون الصحراء  
SAHARA MARATHON

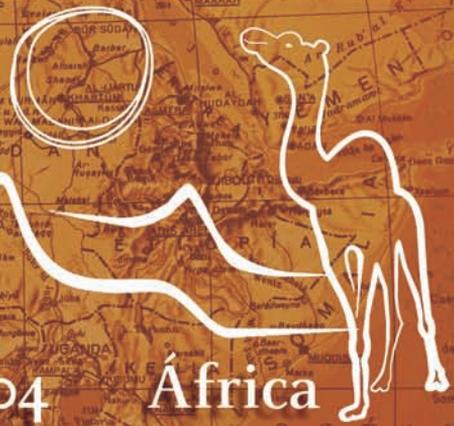
030



M

Febrero 2004

África



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## Á F R I C A

### SAHARA MATATHON. 42 KILÓMETROS SOLIDARIOS

Correr 42 kilómetros en el temible desierto del Sahara es un gran desafío para los que sueñan con superar retos deportivos. Pero si hablamos de sueños y desafíos en el desierto del Sahara, inexcusablemente debemos recordar a las miles de personas que malviven desde hace tres décadas en los Campamentos de Refugiados Saharauis. Su reto es subsistir en mitad de la más absoluta y cruel «nada» del desierto y su anhelo regresar a la tierra de la que tuvieron que huir para salvar la vida. Una vez allí, cuantos corrimos el *Sahara Marathon* sobre la arena de los Campamentos, coincidimos en afirmar que la verdadera carrera de fondo es la que el Pueblo Saharaui comienza cada mañana en el exilio.



## LA TIERRA VACÍA

Bajo el fuselaje del avión argelino en el que volamos, las estribaciones del desierto del Sahara se extienden de igual forma que se desenrolla una alfombra que parece no tener fin: desde el Océano Atlántico hasta el Mar Rojo y desde la cordillera del Atlas hasta Sudán, extendiéndose por Marruecos, Sahara Occidental, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Mauritania, Malí, Níger y Chad. Cuanto más al sur, los 360 grados de raso horizonte más van transformándose en infinito plano de onduladas dunas de arena rojiza, orientadas al paio que impone el viento que nunca cesa. Desde aquí arriba, la severa aridez de este océano de arena no deja atisbar un solo rastro de la vida y el agua que en su día albergó.

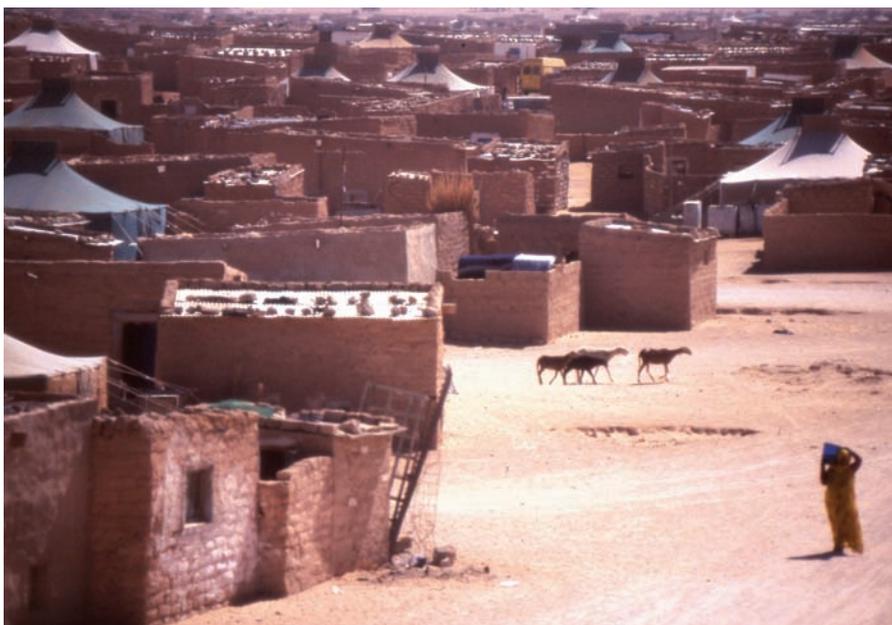
«La tierra vacía» es como nombran los beduinos a estos confines cuando los atraviesan con sus caravanas de camellos.

Pues bien, allí abajo se iba a celebrar el *Sahara Marathon* y no pude por menos que hacer cábalas sobre la elevada temperatura y las temidas tormentas de arena de las que tanto me habían hablado. Pero a lo que no terminaba de hacerme idea era a la infame realidad cotidiana de tantos miles de semejantes malviviendo en el exilio de este desolado y yermo territorio, donde el agua potable llega en camiones, no crece ni un triste hierbajo y a las cabras no les queda más remedio que comer cartones. Un chirriante despropósito humanitario tantas veces obviado y postergado, frente a otros conflictos, por los Organismos Internacionales que deben favorecer la justa solución que nunca llega.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Por eso, cada año un grupo de voluntarios internacionales y corredores solidarios de todo el mundo se empeñan en celebrar el *Sahara Marathon*, para recordar a la opinión pública mundial la injusta realidad del Pueblo Saharaui y recaudar fondos para proyectos humanitarios. Desde luego es mucho más que una carrera atlética. Ante todo, es el compromiso solidario de cientos de deportistas con el drama humanitario que esta gente vive en pleno desierto.

Tras hacer noche en Argel, volar a Tinduf, sortear los controles militares y un último tramo empujando un destartalado autobús, llegamos al Campamento de Smara, uno de los grandes Campamentos de Refugiados Saharaui diseminados por el desierto argelino. Una vez aquí la realidad supera con creces lo que muchos esperábamos ver.



## EL VALOR DE RESISTIR

Confundidos en el color marrón de la arena de la *hamada* (el gran desierto) se extienden cuatro grandes campamentos denominados *wilayas*, o provincias: Aaiún, Auserd, Dajla y Smara. Bautizados simbólicamente así con los nombres de las cuatro principales ciudades del Sahara Occidental, actualmente ocupado por Marruecos. A su vez cada *wilaya* se divide en siete *dairas*, o pueblos, y cada *daira* en cuatro barrios. En estos barrios las familias levantan sus casas de adobe y tejado de chapa o sus *haimas* (carpas de lona). En el interior todo el espacio es de uso común y el suelo de tierra se cubre con alfombras, cojines y adornos que hacen olvidar la cruda incomodidad exterior. Parejo a la casa o la *haima* suelen estar los corrales donde las familias crían las cabras, que aportan a la deficiente dieta diaria la poca leche y carne que estos animales son capaces de dar sin forraje del que alimentarse.

—Pero, ¿cuál es el origen de estos campamentos? —preguntan algunos de los recién llegados.

La historia de esta sinrazón humanitaria se remonta a 1975, cuando España abandona a su suerte el Sahara Occidental (provincia española hasta entonces) presionada por la multitudinaria Marcha Verde marroquí. Una coyuntura de coacción que aprovechan Marruecos y Mauritania, alentados por los acuerdos tripartitos de Madrid, para invadir y repartirse la antigua colonia española. Ante la nueva usurpación de sus tierras los saharauis autoproclaman la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). Comienza así una cruenta y desigual guerra entre el Frente POLISARIO (representación política y militar saharauí), Marruecos y Mauritania (ésta se replegaría al ser derrotada tres años después), que dejará muchos muertos, heridos, prisioneros y familias separadas.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Son miles los saharauis que, hostigados por los bombardeos aéreos de NAPALM y fósforo blanco, tuvieron que huir en penosas condiciones hasta cruzar la frontera de la vecina Argelia, que les cedió por razones humanitarias su desértico territorio. Allí, en pleno desierto, las mujeres y ancianos desplazados, pues los hombres permanecían en el frente, consiguieron levantar con las manos vacías los primeros campamentos de refugiados, demostrando una capacidad de organización sin precedentes.



## TANTO A CAMBIO DE TAN POCO

Tras el alto el fuego firmado por las partes contendientes en 1991 como condición para alcanzar una solución pacífica y justa del conflicto, la realidad es que la situación de esta descolonización inconclusa no ha hecho más que dilatarse indefinidamente. Cientos de miles de saharauis siguen esperando a que los esfuerzos de la ONU posibiliten el regreso a su tierra, a la República Árabe Saharaui Democrática, reconocida hoy por números países.

Mientras se hace justicia, un muro fortificado de 2.700 kilómetros de longitud, custodiado por compañías militares, barreras de alambre de espino y minas antipersona, separa de los territorios ocupados a miles de familias saharauis. A nuestra llegada nos informan de que son unas doscientas mil las personas que viven expatriadas como refugiados en estos campamentos, lejos de la tierra donde nacieron sus mayores y a la que ansían regresar como hombres y mujeres libres.

Como ellos dicen, «el tiempo se acaba para los que hemos esperado tanto a cambio de tan poco». Tanto, como tres décadas subsistiendo con el único sustento de la ayuda humanitaria internacional que les llega. Una cooperación solidaria que las Comunidades Autónomas españolas siempre han mantenido.

Por nuestra parte, para aportar algo más que solidaria presencia en los campamentos, habíamos pedido a los amigos que vaciasen sus botiquines para rellenar, en lo posible, las estanterías del hospital del Campamento de Smara. Además, entre analgésicos y antibióticos viajaron camuflados varios kilos de caramelos, que son el triunfo absoluto entre los chavales.

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## ESPEJISMOS, CHARLA Y TÉ

Es la tercera vez que la señora Embarka llena los mismos vasos que acaba de verter dentro de la tetera. Deja caer el té desde bien arriba para que el largo chorro de agua verde hirviendo provoque mucha espuma. Embarka se toma tiempo. A cada rato se detiene acomodando la tetera sobre las brasas y da un sorbito de su vaso para comprobar si el sabor es lo suficientemente suave, dulce o amargo. Lo cierto es que un hospitalario vaso de té servido sin prisa, al abrigo de una afable conversación, es el mejor presente que podemos recibir a cualquier hora del día. Y es que cuando Embarka, junto a toda la familia, nos ofrece el lento protocolo de una ristra sucesiva de vasos de té, el tiempo adquiere una medida diferente.

Embarka y Fadili son los padres de la familia saharauí, compuesta por dos chiquillos y un bebé, que nos han acogido a Victoria, Nines, los Enriques y a mí en su modesta casa de adobe. Con los dos pequeños hablamos fluidamente pues han pasado varios veranos acogidos por familias españolas. Gracias a estos acuerdos de acogimiento, conocidos como «Vacaciones en Paz», se les alivia de los rigores del tórrido calor estival en los Campamentos y se mejora su estado de salud, por lo general mermado por la malnutrición y el severo clima del desierto. Cuando charlas con ellos, compruebas que muchos chavales saharauís sueñan con pasar unos meses con su «familia» de España... para ver de nuevo el mar, una piscina, una paella o a sus amigos de juego de otros años.

Sorprende que algunas de las ayudas que llegan a este rincón del desierto procedan de los lugares más dispares, incluso podrían catalogarse de espejismos surrealistas en mitad del horizonte. Uno de esos benignos espejismos, fruto de la solidaridad española, lo palpamos

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

un grupo de corredores cuando nos dirigíamos de un campamento a otro en una desvencijada furgoneta que había pertenecido a una unidad de la Policía Nacional de Murcia. O de camino al aeropuerto argelino de Tinduf en un autobús jubilado de la Empresa Municipal de Transportes de Zaragoza, que ahora vivía una segunda juventud en las polvorientas pistas del desierto.

Sorpresas aparte, es toda una lección de ingenio, en cuanto a aprovechamiento de recursos y su mantenimiento artesanal, comprobar cómo los vehículos que acaban en los desguaces de las sociedades opulentas siguen rodando durante años en manos saharauis.



## SOL, BRISA Y ARENA

No somos más de sesenta los que vamos a correr el maratón (el resto se ha decidido por las carreras de 21, 10 y 5 kilómetros), pero bajo la pancarta de Salida del Campamento del Aaiún nos apiñamos como si no cupiésemos en la amplia explanada. Corredores de doce nacionalidades esperamos la voz de salida. Mi buen amigo Luis Bonete, que tiene experiencia de pasados Sahara Marathon, recuerda a los novatos del desierto los consejos fundamentales.

—No perdáis nunca la referencia de las pilonas blancas. —Bebed de sobra en todos los avituallamientos. —No olvidéis las gafas y protegeos bien del sol. —Llevad pañuelo o *buff* para la cara por si se levanta tormenta de arena. —Tened cuidado al cruzar los ríos de arena profunda pues podéis lesionaros. —Y siempre que sea posible corred acompañados.

Tenía todos sus consejos en la cabeza, pero fue ese último el que más me inquietó.

El día no podía presentarse mejor para correr en el desierto, tan sólo 30 grados y una ligera brisa que alivia lo suficiente. La suerte está de nuestro lado pues en ediciones anteriores los corredores tuvieron que soportar fuerte *siroco* (tormenta de arena), con vientos de ochenta kilómetros por hora. Zancada a zancada, las zapatillas van devorando el trayecto con la seguridad de disponer de avituallamiento líquido cada pocos kilómetros. Generalmente los controles los forman jóvenes saharauis que durante horas permanecen bajo el implacable sol ofreciendo agua, dátiles y lo mejor: una sonrisa cuando les decimos ¡*Sukran!* (¡Gracias!). Otros avituallamientos son de tipo «pirata», con gran surtido de botellas de agua depositadas en diferentes lugares de los llamados «psicológicos».

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## NIÑOS A LA CARRERA

La inercia de los kilómetros ha formado un pequeño pelotón cuya sombra parece más la de un ciempiés que la de un grupo de corredores. El buen ambiente del grupo y el terreno firme por el que progresamos nos lleva al medio maratón prácticamente enteros. A estas alturas de carrera cruzamos el Campamento de Auserd y sin esperarlo nos topamos con la mayor sorpresa que podíamos imaginar en un entorno tan desolado.

Riadas de niños a la carrera surgen desde todas las direcciones hasta juntarse con nosotros y seguirnos. En unos minutos todo lo que alcanzamos a ver a nuestro alrededor son las cabezas de decenas de chavales que intentan seguir el paso. Algunos son tan pequeños que sus hermanos les arrastran de la mano. Varios ruedan por el suelo y otros nos persiguen en desvencijadas bicicletas. Inconscientemente comenzamos a gritar con ellos y a lo largo de un intenso kilómetro nosotros también nos convertimos en niños desbocados. Por si fuera poco estímulo, a la salida del campamento, un estrecho corredor formado por cientos de mujeres ululando estrepitosamente y ondeando banderas saharauis nos obliga a pasar en fila india. Los que lo han vivido saben que en pocas carreras se genera tanta carga emotiva.

Exultantes por el mágico kilómetro encaramos la parte del recorrido más complicada. Se trata de un tramo de unos cinco kilómetros de cortos pero continuos toboganes entre piedras y ríos secos de arena, en los que se clavan las zapatillas. Atravesar esas balsas de arena es lo que más castigo muscular provoca, pues una vez encallas en ellas es como si tu peso se duplicara. Al cruce de esta peculiar montaña

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

rusa es cuando el dicharachero grupo que habíamos formado se deshace, yéndose algunos por delante y siendo cazados otros por detrás. Como en cualquier otro maratón, comenzaba ahora la otra carrera: la de los otros «21» restantes.



## JUNTOS TENEMOS MÁS PIERNAS

A partir de aquí los kilómetros se estiran y se toma auténtica medida de la absoluta soledad que nos rodea. Entonces tres corredores, Luis, Antonio y yo, pactamos una alianza de apoyo mutuo.

—Pase lo que pase ninguno de nosotros se quedará solo hasta llegar a Meta —nos confabulamos.

Un gran cartel frente a una *haima* que brinda sombra a los integrantes de un control nos indica que quedan «10» a Meta. Diez «picando» hacia arriba y con el agotamiento psicológico que provoca ver al frente tan sólo desierto y más desierto. Lo cierto es que corremos sobre un páramo polvoriento cubierto de guijarros al que ni siquiera llegan buitres para dar cuenta de posible alimento. A pesar del aparente asolamiento, entre los tres integrantes del autodenominado «trío calavera» nos alentamos con algún relevo y conversación.

—Peor lo tienen los que se ven obligados a vivir aquí —nos repetimos, recordando que a ellos jamás les abandona ni la sonrisa ni la perseverancia.

Una vez coronada la loma que había permanecido tantos kilómetros colgada del engañoso horizonte al fin alcanzamos a ver el Campamento de Smara. Desde la lejanía da la impresión de ser un asentamiento fantasma, pero sabemos que tras el marrón de sus casitas de adobe bulle vida por todos los rincones. Allí espera la deseada Meta. Nos refrescamos en el último control de avituallamiento, un par de tragos, e iniciamos un raudo descenso por la larga entrada principal de Smara. Al fondo pueden verse flameando banderas saharauis y camellos engalanados entre un largo pasillo de mujeres ululando y dando palmas.

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Hemos cumplido, estamos entrando juntos bajo el pórtico sublime en que se ha convertido esta Meta solidaria.

Fadili, el marido de Embarka, me esperaba hacía rato. La noche anterior me preguntó si quería ganar la carrera, y yo le contesté que tan sólo quería ganar a la distancia. Entonces él me aseguró que «para vencer a la larga distancia lo mejor es recordar mientras se camina». Al verme me abrazó y sólo me dijo:

—¡Uhaniuka! (¡Felicidades!, en *hassanía*, lengua saharauí).



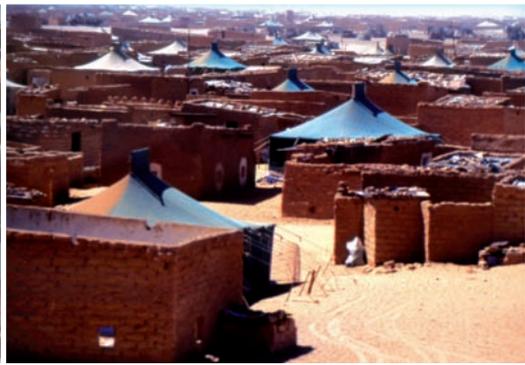
## CORRER PARA NO OLVIDAR

Estaba contento, muy contento, porque había sumado el maratón correspondiente a África, el sexto del proyecto. Y orgulloso de que hubiese sido aquí, corriendo entre amigos y aprendiendo del tesón de un Pueblo que no se resigna a ser olvidado. Como ellos repiten, «¡Resistir es vencer!». Lo saben bien porque la perseverancia les ha hecho fuertes y tolerantes durante los años de exilio.

Un par de días después, con motivo de las celebraciones conmemorativas del nacimiento de la República Árabe Saharaui Democrática, pude asistir a la liberación de un grupo de prisioneros de guerra marroquíes, por parte del Frente POLISARIO. En presencia de un Comité Internacional de la Cruz Roja, un centenar de emocionados soldados pertenecientes al Ejército de Marruecos recobraban la libertad. Tras dos décadas de cautiverio podrían regresar a sus casas. Una vez más, el despropósito de una guerra mostraba sus crueles e inhumanas consecuencias a ambos lados de la contienda.

De regreso a Madrid, el *Sahara Marathon* me depararía aún una última y emotiva sorpresa... Y es que al desempaquetar mis zapatillas las encontré repletas de arena del desierto. Arena de los Campamentos de Refugiados Saharauis que he guardado en un tarro con la esperanza de lanzarla al viento algún día. Ese día que Embarka, Fadili y los suyos logren la justicia que merecen en esta larga carrera de fondo que les ha tocado vivir. Entonces, podremos correr en legítima tierra saharauí.







*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*









*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*







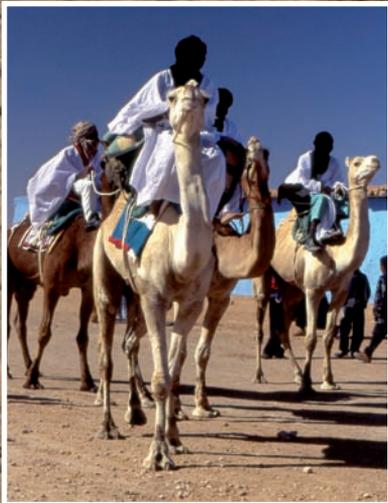


*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*Sahara Marathon*







## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

**A** Victoria Sánchez, experta en geografías imposibles. Juntos asaltamos el mundo a cara descubierta y mano desarmada... o casi. Por montañas, selvas y desiertos he visto cómo disparaba su cámara al corazón de la belleza y de la miseria. Cuando me propuso fotografiar el mundo desde la perspectiva que ofrecen las zapatillas de un corredor no lo dudé. Al ver sus fotos comprendí que correr había sido el mejor de los pretextos para conocer gentes y lugares irrepetibles.

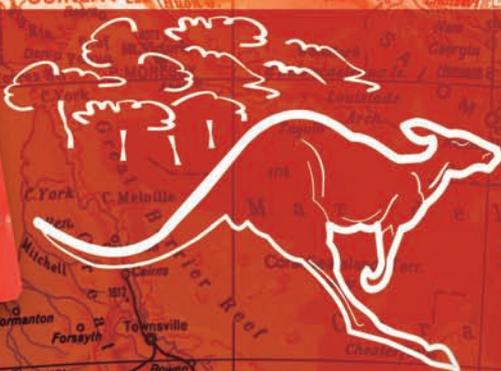


**HIGH5**  
SPORTS NUTRITION

**294**

Six Foot Track Marathon.

**HIGH5**  
SPORTS NUTRITION



Marzo 2004 Oceanía



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## O C E A N Í A

### SIX FOOT TRACK MARATHON. POR MONTAÑA Y BOCA ABAJO

Aún quedan unos segundos para el bocinazo de salida. Cierro los ojos y en un instante un bombardeo de imágenes me activan como nunca. Son secuencias de la Antártida, América del Norte, Europa, Asia, América del Sur, África y Oceanía mezclándose de forma confusa. En todas ellas me veo corriendo. Y es que hace un año que estoy embarcado en una aventura que, si todo sale bien, hoy completaré: correr un maratón en espacios naturales de cada uno de los siete continentes del planeta. Al abrir los ojos me veo corriendo al otro lado del planeta, en la antípoda de mi querido Madrid. Esta vez «boca abajo» sobre las Montañas Azules australianas. Son los kilómetros finales en la metamorfosis de un *maratonauta*.



## NO TE CAES AL OTRO LADO DEL MUNDO

¿Cómo era posible que en menos de 24 horas se hubiese puesto el sol dos veces? Y lo más desconcertante, ¿por qué a la hora de cenar nos ofrecían el desayuno? La respuesta estaba en los 900 kilómetros por hora a los que viajábamos con rumbo este. Tan al este que tras treinta horas de vuelos, encastrados en el metro cúbico vital de los asientos clase turista, por fin aterrizábamos en Australia.

Juan Antonio Alegre y yo pisamos Sidney y, por eso de adecuarnos al nuevo horario y desentumecernos del suplicio aéreo, recién llegados decidimos ir a pasear por el barrio chino. Lo conocemos bien pues hemos estado en la ciudad hace unos años. Desde luego *China Town* es el mejor barrio de Sidney para curiosear, comprar y comer si, como nosotros, se viaja con poco presupuesto y se huye de la común *fast food* anglosajona. Así que entre los tallarines fritos y el pato laqueado de un *self-service* regentado por una familia hongkonesa planificamos, mapa y calendario en mano, nuestros próximos días de periplo australiano.

No es fácil aburrirse en Sidney. Es una ciudad cosmopolita y multi-racial de playas surferas y tangas mini, cuyo principal distintivo turístico es la Bahía con su moderna Casa de la Ópera y su legendario Puente Harbour. Magníficos lugares de paseo y entrenamiento que nos traen buenos recuerdos de cuando Juan Antonio trabajaba en la ciudad y del periplo «mochilero» que disfruté por toda la isla en compañía de Enrique Grandes y Victoria Sánchez. El ancestral sonido del *didgeridoo* soplado por grupos de músicos

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

aborígenes, intentando recuperar una identidad arrasada por un pasado de limpieza étnica y desarraigo, vuelve a empaparnos los sentidos en los cálidos atardeceres a orillas de Bondi Beach.

Después de un par de días dedicados a trotar por los parques de la Bahía e intentar sobreponernos al desconcertante *jet lag*, acostándonos a nuestra hora de desayunar, tomamos el tren al destino que nos había traído desde tan lejos: Katoomba. Allí vamos a correr los 45 kilómetros del *Six Foot Track Marathon* en el espléndido Parque Nacional de las Montañas Azules.



## MADRID EN EL CORAZÓN

Sólo los caminos abiertos por aborígenes y pioneros de hace un par de siglos permiten adentrarse en el oculto mundo boscoso de las Montañas Azules australianas. A bordo del teleférico panorámico que atraviesa una esquina de este Parque Nacional pueden admirarse las magníficas vistas del escenario por el que transcurre el *Six Foot Track Marathon*. Desde aquí arriba los senderos se asemejan al hilo blanco de un ovillo lanzado sobre una alfombra verde tremendamente arrugada, tan arrugada que el único plano horizontal a la vista es el suelo de la cabina del teleférico donde pisamos.

Por cierto, a pesar de que el vapor desprendido por los eucaliptos provoca el singular tono azulado que ha dado nombre a esta gran extensión boscosa, según la explicación recogida en las guías turísticas, la realidad es que nosotros por más que achinamos los ojos lo seguimos viendo todo verde.

Si por algo es famosa Katoomba, desde luego no es por su gastronomía. Por esa particular circunstancia durante la cena previa a la carrera tenemos que recurrir al típico por estas latitudes *basket chicken*, es decir, un canasto de grasientos trozos de pollo empanado y patatas fritas a granel. Un menú poco recomendable pero inevitable si queremos cargar el estómago para mañana. Visto el panorama culinario y en previsión de sorpresas de madrugada, Juan Antonio hace acopio *in extremis* de variado desayuno vaciando las estanterías de un supermercado cercano a punto de cerrar.

Unos setecientos corredores procedentes de varios continentes nos agolpamos en la línea de Salida. Entre ellos, nosotros dos, llegados de los madrileños barrios de Carabanchel y La Elipa. Seguramente la

representación internacional más distante y, posiblemente, más genuina. Aunque hay ocasiones en las que la distancia sobre un mapa se hace insignificante cuando prevalece la proximidad fraterna.

Así lo sentimos nosotros con motivo de la terrible masacre terrorista de los trenes de Madrid, sucedida dos días antes de la carrera. Por parte de cuantos conocen que venimos de España todo están siendo muestras sinceras de pesar por lo acontecido, especialmente emotivas las de varios corredores hijos de inmigrantes españoles cuyos padres llegaron a Australia en los años 60, en busca de alternativas a las penurias de la dictadura. En momentos así, compruebas que la gente en su conjunto no es indiferente ante el dolor ajeno, algo que no deberían olvidar los poderes que siembran el odio masacrando a cambio del negocio que genera armar a unos para desarmar a otros, y quienes en nombre del pretendido Dios que les ampara acaban con su supuesta gran creación divina: la vida.



## **BOMBEROS QUE APAGAN LA SED**

Tras el bocinazo de salida en el Árbol de los Exploradores los primeros kilómetros son frenéticos. Nada más despegar los pies del suelo el pelotón es tragado por un estrecho sendero que desciende súbitamente a lo largo de un tétrico bosque. Barro, raíces, ramas, piedras, grandes escalones, corredores rodando monte abajo y un sin fin de curvas y contra curvas nos dan la bienvenida a los fantásticos bosques encantados de las Montañas Azules.

El agitado comienzo es más que intenso pues además se trata de no acabar con la dentadura en el suelo mientras filmo con una pequeña cámara de video. Hemos decidido filmar todo lo que podamos durante la carrera y para ello cargamos la cámara de video en una ligera mochila que nos turnaremos hasta Meta, en las Cuevas de Jenolan. Sacrificaremos tiempo y clasificación pero, al igual que en los anteriores seis maratones, nos traeremos un buen recuerdo en imágenes a cambio.

Una vez descendida la farragosa rampa, unos senderos más transitables nos llevan a las orillas del Río Croxs.

—Si el río viene muy caudaloso no habrá más remedio que cruzarlo a nado —nos habían advertido.

Menos mal que saltando de piedra en piedra como saltimbanquis evitamos el chapuzón y que cámara y zapatillas acaben empapadas. Por el contrario, la mayoría de los corredores *kiwis* se lanzan al agua sin miramientos, como si calzasen zapatillas anfibias.

El día ha amanecido con nubes altas y temperatura aceptable. Toda una suerte, pues a finales del verano austral estos valles suelen convertirse en tórridos hornos. Previéndolo, la organización sitúa cada pocos

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

kilómetros avituallamientos abastecidos por patrullas de bomberos voluntarios encargados, en esta ocasión, de apagar la sed de cientos de corredores. En cualquiera de sus controles todo son atenciones, especialmente cuando se percatan de que no somos australianos.

Las zapatillas devoran kilómetros y los lugares más característicos de este legendario recorrido, «La senda de los seis pies», van quedando atrás. Juan Antonio lleva una «chuleta» con un perfil altimétrico del recorrido que consultamos de vez en cuando para situarnos y ver lo que nos espera por delante. Es evidente que las zonas más difíciles, sobre el papel y sobre el terreno, están siendo los dos escalones consecutivos de seiscientos metros de desnivel ascendente y fuerte pendiente localizados a mitad de carrera. Filas de penitentes corredores reptamos a través del bosque de eucaliptos. El silencio se mastica y sólo la acelerada respiración de los que subimos casi a «cuatro patas» rompe la magia del entorno.



## CARRERA DE CANGUROS

Superadas las mayores dificultades sobre el terreno llega el turno de las dificultades que acarrea la distancia. A partir del kilómetro 33 alcanzamos la parte alta del recorrido y un monótono sube y baja comienza a pasar factura psicológica. Mejor olvidar lo que queda por delante y buscar algún estímulo sobre la marcha, de los que no faltan en el recorrido.

Cuando menos lo esperamos algún asustadizo canguro salta ágilmente por delante de nosotros y, claro, hacemos cábalas sobre lo que uno de estos simpáticos espontáneos tardaría en completar un maratón, o de lo fácil que le resultaría portar el bidón de agua en su bolsa marsupial. Entre tanto, seguimos embutidos en un alto pasillo boscoso corriendo por una pista a cuyos márgenes se levantan grandes conos de tierra rojiza, que resultan ser hormigueros del tamaño de una persona. Inevitable parar y fotografiarnos a su lado. Vamos haciendo camino.

Nuestros amigos australianos Mari Mar Cerezo (de origen madrileño) y Michael Walton esperan a siete kilómetros de Meta. Nos hacen fotos y nos desean mucha suerte. Mari Mar conoce bien este maratón porque lo ha corrido en varias ocasiones. Sus consejos están siendo muy útiles y sus ánimos más todavía. Vuelven los estrechos senderos y la necesidad de saltar para salvar obstáculos. A estas alturas acarreamos casi tres mil metros de desniveles y las piernas crujen irremediamente.

Cae el kilómetro 42. Ciento noventa y cinco metros después acabaría cualquier maratón, sin embargo, el *Six Foot Track Marathon* suma tres kilómetros más de la cuenta. Tres mil metros extra que afrontamos

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

haciendo pelotón en hilera junto a varios corredores. Algunos se apartan debido a súbitas contracturas musculares y continúan cojeando. Hay que seguir. Parece que no fuésemos a llegar nunca, hasta que chocamos contra un inesperado griterío que surge bajo nuestras zapatillas. Al fondo del profundo barranco el bullicio de una Meta repleta de público nos atrae como un potente imán.



## SIETE DE SIETE

Descendemos entusiasmados, filmando los últimos metros entre un estrecho pasillo de espectadores que se ciñen a ambos lados de pronunciados tramos de escaleras. La enérgica *speaker* vocea por megafonía efusivamente nuestros nombres, dice nuestra procedencia y que vamos filmando durante la carrera. En esos momentos el público golpea con tanta fuerza las vallas que consigue emocionarnos. Juan Antonio no para de felicitarme efusivamente por «los siete», una vez por cada continente.

— ¡*Maratonauta*, han caído los siete! — me grita entrando por Meta.

Varios de los corredores con los que hemos coincidido en carrera nos saludan. Mari Mar y Michael nos abrazan. Todavía no terminan de creerse que sólo unos meses antes nos hubiésemos conocido corriendo el Maratón del Tíbet y hoy estemos corriendo un maratón aquí, en su país.

— Ahora comienza el octavo maratón... el de las 30 horas de avión para regresar a casa — repite sarcásticamente Juan Antonio, mientras arramblamos plátanos e isotónico del avituallamiento de Meta.

Pero antes de volver al potro de tortura aéreo nos esperaba una emotiva despedida y unos días más visitando los dispares paisajes australianos, incluida la salvaje Isla de Tasmania, antiguo penal de convictos y magnífico espacio natural para caminantes.

Esa noche Mari Mar y Michael tenían preparada una gran cena de despedida en compañía de varios atletas australianos. Lo que ellos no podían imaginar es que íbamos a rematar la velada con cuatro botellas de vino que nuestro amigo Luis Bonete había embalado expresamente para celebrar al otro lado del mundo el final de «los siete».

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

Sería difícil enumerar las veces que brindamos y a la salud de qué después de mezclar inglés y castellano con el caldo de las Bodegas Piqueras. Lo cierto es que el cambio de hemisferio no había modificado en absoluto sus magníficas propiedades a la hora de recomponer la estampa tras un largo día de carrera a pie.



## UNA CARRERA DE PELÍCULA

Australia estaba siendo el final de un año irrepetible. Las traicioneras lesiones, más o menos, habían sido respetuosas y, a duras penas, había sido capaz de encontrar el tiempo y la financiación suficiente para emprender este deportivo viaje a plazos alrededor del mundo. El proyecto *7 Maratones – 7 Continentes* en el que me había embarcado durante doce meses tocaba a su fin y estaba feliz. Aunque en mi mente no deja de revolotear la idea de rematar con atlético broche de oro «los siete» corriendo además el *Maratón del Polo Norte*. Y así conseguir el *Grand Slam Marathon*, algo que hasta la fecha habían conseguido sólo seis corredores en el mundo.

Sin patrocinadores a la vista el Polo Norte tendría que esperar. Mi horizonte ahora se plegaba en dar sentido a la cantidad de metros de película que había filmado de cada maratón y su entorno. La idea de realizar una película-documental había surgido sobre la marcha y fue alimentándose del tesón de incondicionales amigos. Gracias a Juan Carlos Rodríguez y Publio de la Vega, incansables corredores de fondo en el mundo audiovisual, finalmente Maratonautas vio la luz.

En la primavera de 2005 el cine del Círculo de Bellas Artes de Madrid se llenaba de espectadores para mostrar, zancada a zancada, el apasionado periplo de unas zapatillas gastadas. Entre ficción y realidad, Maratonautas era el resultado divulgativo de siete impactantes carreras de maratón re-corridas en espacios naturales y sociales de cada uno de los siete continentes del planeta. Un completo «7x7» con alegato incluido.



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# *Six Foot Track Marathon*

---



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

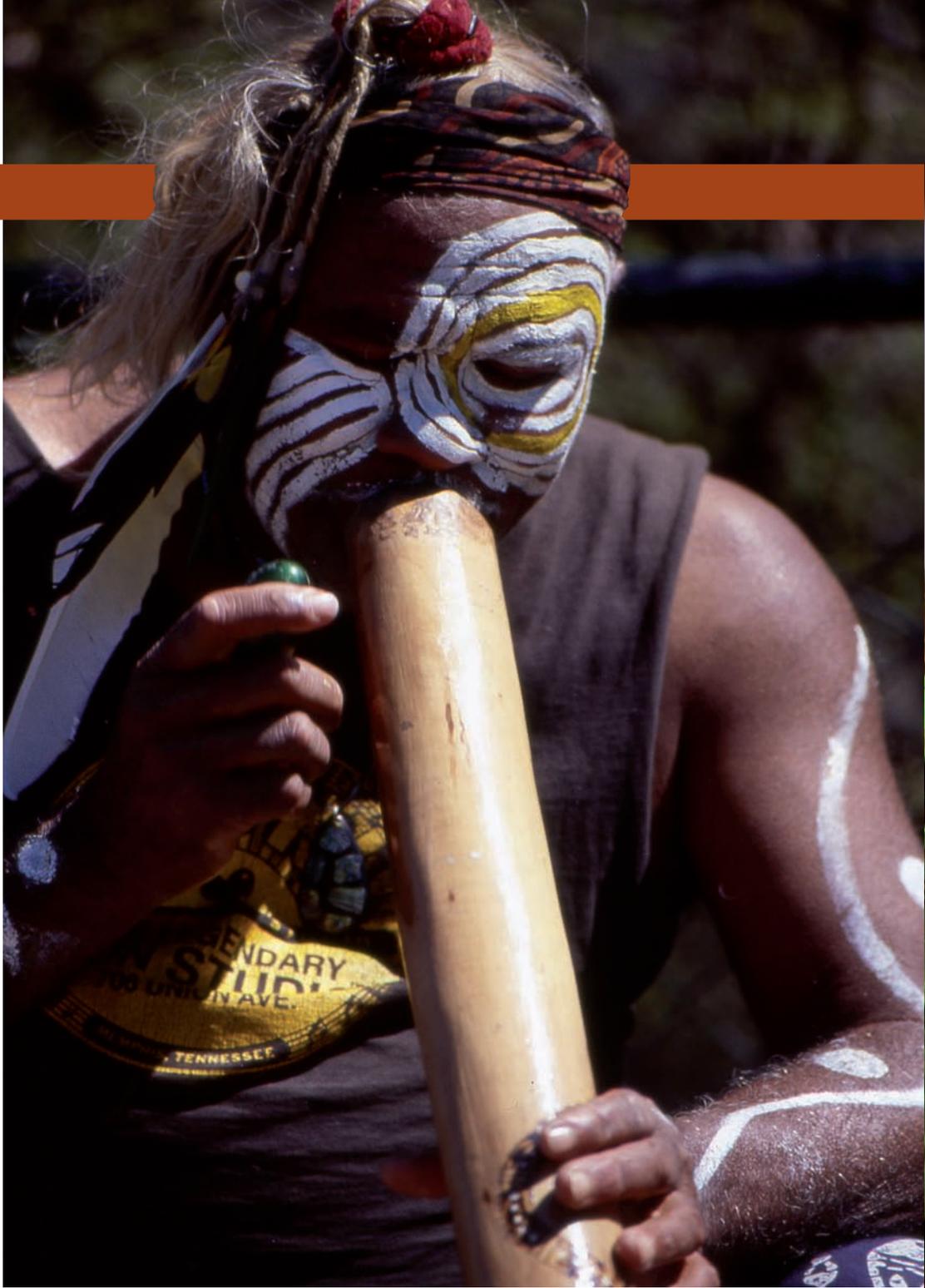


# *Six Foot Track Marathon*









*Six Foot Track Marathon*



THE BLUE MOUNTAINS 2004  
SIX FOOT TRACK MARATHON

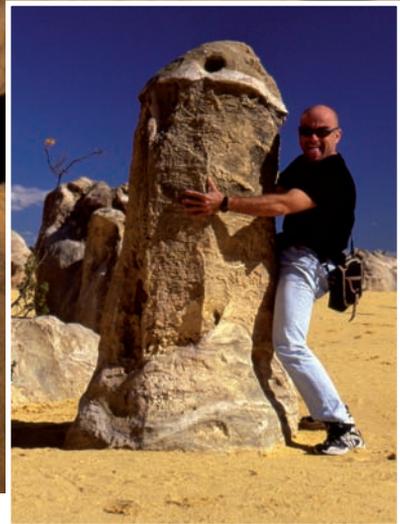




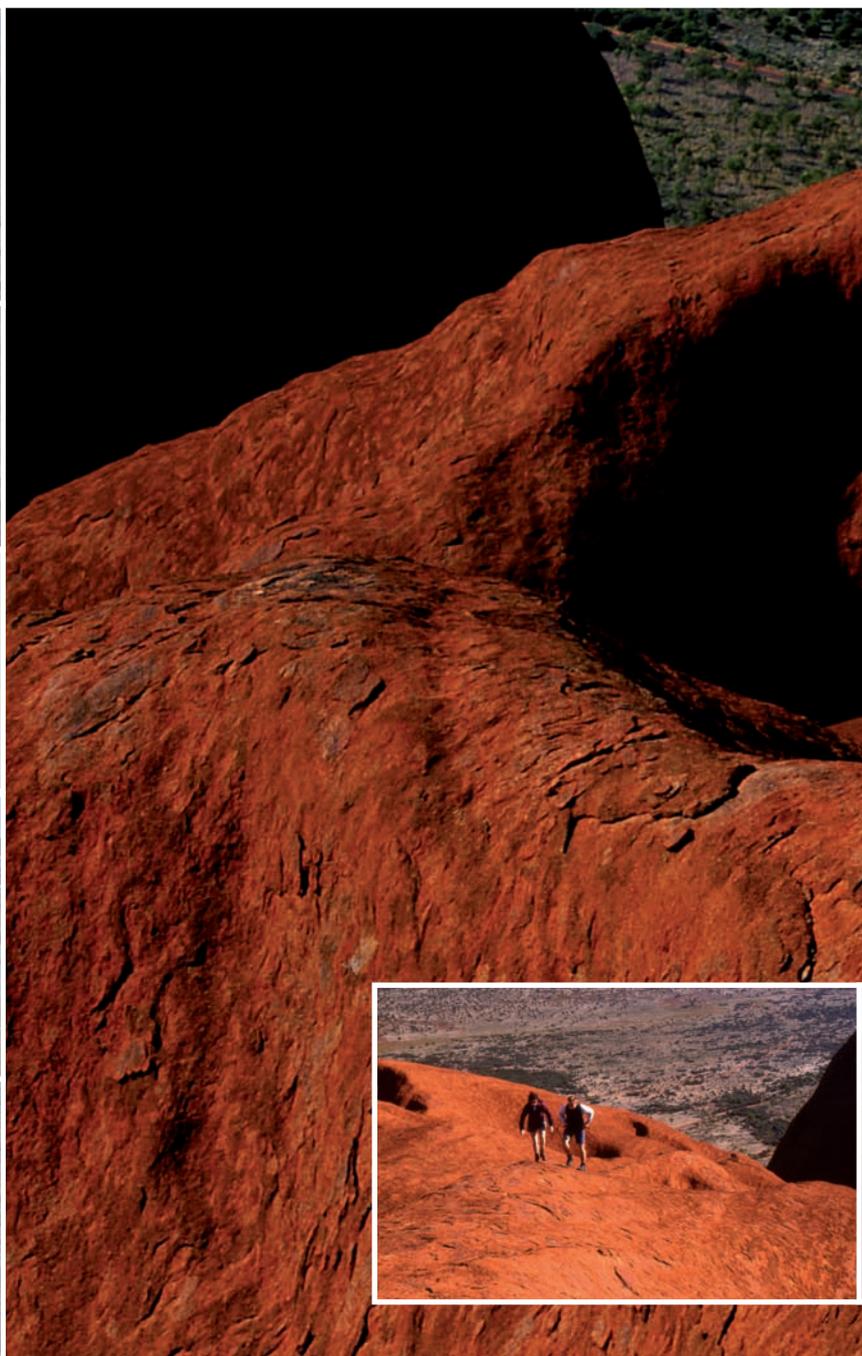
*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*Six Foot Track Marathon*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*Six Foot Track Marathon*







*La vuelta al mundo en 42 Km.*

*A l mexicano Roberto Liaño, elixir de pura vida y amistad en dosis superlativa.*



**NORTH POLE MARATHON 2007**

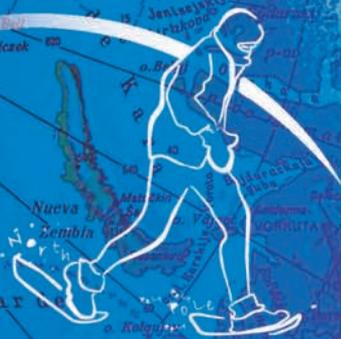
**13**

Miguel Caselles (ESP)

[WWW.NPMARATHON.COM](http://WWW.NPMARATHON.COM)

**Abril 2007**

**Océano Glacial Artico**



*La vuelta al mundo en 42 Km.*

## OCÉANO GLACIAL ÁRTICO

**NORTH POLE MARATHON.**

**A BORDO DE ZAPATILLAS ROMPEHIELOS**

La carrera de maratón no entiende de fronteras ni de dificultades. Tal es la pasión que generan sus 42 kilómetros, que por increíble que parezca el lugar seguramente allí se celebre un maratón. Es el caso del mismísimo Polo Norte, en el Océano Glacial Ártico. Un espacio geográfico tan incompatible con la vida humana que es suficiente motivo como para lanzarse a correr sobre hielo flotante a 25 grados bajo cero. De nuevo la tribu de *maratonmaníacos* globales demostró que los «42» son el pretexto y los límites geográficos el destino.



## GÉLIDA GEOGRAFÍA

Hay rincones de la geografía terrestre tan feroces que con sólo nombrarlos la fantasía coge impulso. Lugares que asociamos a legendarios viajes de exploración o grandes gestas. Una de esas fabulosas regiones es el casquete polar del Océano Glacial Ártico, cuyo tamaño equivale al de Australia en verano y al doble en invierno. Se trata de un descomunal continente de hielo flotante a la deriva rodeado por los contornos de Asia, América y Europa. Profusamente agrietado por la presión del hielo, posee un grosor que va desde los pocos centímetros a los dos metros de media. Pues bien, esa inexpugnable dimensión helada es atravesada por el imaginario eje de rotación terrestre que, desde el Polo Sur, por aquí asoma. Es el idealizado Polo Norte.

No fue hasta entrado el siglo xx cuando una expedición pisó esta quimérica diana geodésica que ocupa el espacio de un alfiler clavado en el mapa, o en el hielo. Desde entonces el Polo Norte ha seguido teniendo visitas, unas de exploración científica y otras de índole deportivo. Las más comprometidas cubren más de mil kilómetros tirando de *pulkas* (trineos) con todo lo necesario para sobrevivir sobre la banquisa varias semanas. Temperaturas límite, vientos infernales, grietas a mar abierto y la constante deriva de la costra de hielo, que provoca en ocasiones avanzar sobre lo ya caminado, hacen de estas travesías auténticos logros deportivos.

Debido a esta goteante presencia humana en los confines de la banquisa polar, la Unión Soviética (URSS) mantuvo bases temporales durante numerosas campañas. Actualmente, el relevo lo ha

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

tomado la Asociación de Exploradores Polares de la Federación Rusa que, desde 2002, se encarga de levantar una pequeña base polar (Base BARNEO) en las proximidades del Polo Norte, como soporte a expediciones científicas y deportivas. Se trata de un asentamiento de varias tiendas de campaña junto a una improvisada pista de aterrizaje, alisada con un tractor quitanieves. Además, disponen de dos helicópteros de transporte o rescate y un avión Antonov AN74 encargado de traer provisiones y visitantes.

Para desplegar semejante logística, los ingenieros rusos mueven mediante aviones y helicópteros, incluso lanzando equipo y maquinaria en paracaídas, todo lo necesario desde Moscú y Longyearbyen (archipiélago noruego de Svalbard). Sin embargo, sólo son capaces de mantener la base en pie poco más de un mes entre marzo y abril. La explicación está en el continuo e imprevisible movimiento de la costra de hielo flotante, el infierno climatológico y la absoluta noche polar bajo la que permanece este lugar la mitad del año.

Desde luego, a pesar de unos condicionantes tan letales, este despiadado espacio natural despierta tanta fascinación geográfica que la popular carrera de maratón no podía permanecer ajena a sus desafiantes coordenadas. Así lo entendió el irlandés Richard Donovan, atleta pionero de las carreras polares, quien se decidió a organizar un maratón en la periferia del mismísimo Polo Norte Geográfico, y con ésta van cinco ediciones.



## EN BUSCA DEL GRAN NORTE

Desde que tuve noticia de su primera edición llevo soñando con participar en este maratón. Después de completar los *7 Maratones –7 Continentes* esta carrera ha sido mi obsesión. Primero por el lugar físico donde se celebra y después porque corriéndola completaría el *Grand Slam Marathon*, algo que muy pocos corredores han logrado. Durante este tiempo de espera lo he intentado en repetidas ocasiones sin éxito, al no encontrar patrocinadores lo suficientemente atrevidos. Como siempre, buenas palabras y pocos hechos, hasta que inesperadamente cambió mi suerte. La solución llegó cuando acertadamente alcanzamos un acuerdo de patrocinio con la Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias. Juan Antonio Alegre, *Chinotto*, y el que escribe nos convertíamos así en el Equipo Canarias al Maratón del Polo Norte. Nuestra conjura era firme y entrenamos duro, incluso a bajo cero dentro de un almacén frigorífico en Mercamadrid. La simbiosis no pudo dar mejor resultado.

Todos los componentes de la expedición internacional al «maratón del frío» estábamos citados a primeros de abril en Longyearbyen, ciudad noruega de la Isla Spitzbergen, en el archipiélago de Svalbard. Una vez allí, los 44 corredores inscritos de 22 nacionalidades, tendremos que esperar una ventana de buen tiempo que permita dar el salto a la Base BARNEO, distante 1.300 kilómetros. Para ello, utilizaremos un Antonov ruso preparado para vuelos polares. Fueron tres días de espera en Svalbard en los que tuvimos la oportunidad de conocer su naturaleza sorprendentemente radical, magnífico complemento de nuestro viaje al casquete polar.

A pesar de ser uno de los territorios habitados por el hombre situado más al norte del planeta, ya dentro del Círculo Polar Ártico,

Svalbard posee todas las comodidades y alternativas como destino de turismo activo y de exploración: recorridos en moto de nieve o en trineo de perros a través de bahías y agrestes parajes helados; visitas al mundo de las cuevas de hielo bajo los glaciares; paseos al interior de viejas minas de carbón; ascensiones glaciares; travesías árticas en esquís... En definitiva, un destino absolutamente recomendable en el que habitan más osos polares que residentes.

La entretenida espera toca a su fin. Las noticias que llegan de la Base BARNEO son positivas y los pilotos rusos avisan de que en unas pocas horas podremos volar.

—Tiempo estable, mucho frío y deriva Norte — se escucha desde el otro lado del teléfono satélite.

Sin embargo, hace pocos días fuertes vientos a 40 grados bajo cero estuvieron a punto de destrozarse el campamento de tiendas. En el pequeño aeropuerto de Longyearbyen entre todos hemos cargado lo necesario en la barriga del Antonov. Carga y pasaje compartimos espacio en espera del OK definitivo. Son las 22:00 h. Nos movemos.



## SIN NOCHE, FLOTANDO Y A LA DERIVA

Tras dos horas y media de vuelo ensimismados con la quebrada banquisa que se avista, el Antonov se posa sobre el océano helado como una pluma. Nada más asomar la nariz por la puerta intentamos dar medida al desmedido escenario de absoluto blanco e infinita extensión. Al frente, un poblado de tiendas azules: es la famosa Base BARNEO. Descargamos la panza del avión y un par de recios rusos nos asignan las tiendas. Tienen cabida para unas diez personas y disponen de un cañón de aire caliente alimentado por generador de gasoil. Cuando este artilugio funciona, no tanto como uno quisiera, la estancia se hace tan acogedora que olvidas la gélida realidad exterior. Situada en el centro del poblado una tienda más grande hace las veces de comedor colectivo... o cantina de vodka si la climatología no acompaña.

Tenemos la suerte de compartir tienda junto al mexicano Roberto Liaño y el italiano Francesco Galanzino. La tienda de los «Latin Team» sería conocida más adelante por los habitantes de la Base. En la tienda-comedor nos ofrecen sopa caliente y se dan las últimas consignas. Explican que hoy la Base se sitúa a tan sólo 25 kilómetros de distancia del Polo Norte Geográfico, pues la deriva del hielo flotante la desplaza varios kilómetros al día en dirección Norte. También nos recuerdan que la climatología aquí puede cambiar de un momento a otro, así que en un par de horas correremos. Hay que aprovechar esta franja de buen tiempo. Entre tanto echamos un vistazo al recorrido. El terreno es aparentemente llano, pero tortuoso y rompepiernas por los caóticos bloques de hielo amontonados, grietas y, lo más dificultoso, dunas de nieve azúcar que hacen aconsejable el uso de raquetas de nieve si no quieres hundirte.

Son las 02:30 h de la madrugada. Eufóricos, esperamos el bocinazo bajo la pancarta de Salida. Correremos en plena noche, aunque brille el sol, pues en esta época del año, debido a la inclinación del eje de rotación terrestre, el sol permanece colgado del horizonte las 24 horas del día. Si en otras carreras los saltitos de calentamiento previos a la salida calman los nervios, aquí evitan que te quedes «duro». El termómetro marca 25 grados bajo cero sin apenas viento. De levantarse, la sensación térmica podría duplicarse o triplicarse. Cruzamos los dedos.

Viendo el lugar donde nos encontramos es de suponer que la carrera sea tranquila de salida. Pero sucede todo lo contrario. El italiano Francesco Galanzino y el irlandés Thomas Maguire arrancan como si se tratase de un «1.500». Ambos conocen su respectivo currículum y no quieren sorpresas. Thomas es campeón de Irlanda de 100 KM y Francesco especialista en *raids* de ultrafondo. Por nuestra parte, el objetivo del Equipo Canarias es que Juan Antonio se cuele en el podio y yo complete el maratón filmando con una pequeña cámara, para su posterior difusión.



## **POLAR EXPRESS**

Juan Antonio es «perro viejo» y sabe que seguir la estela italo-irlandesa puede convertirle en polvo cósmico antes de tiempo. Hace sólo un mes que regresó de pedalear dos mil y pico kilómetros por toda Cuba y las piernas aún no se han reconvertido. Mejor ser cauto. Aunque al paso por el medio maratón la selección está hecha y Juan Antonio ya protege el tercer puesto.

El recorrido del maratón circunda la Base BARNEO y al paso por ella nos ofrecen agua caliente que sacan de la tienda-comedor. Cualquier fluido en el exterior se congela en minutos. Los que no aspiramos al podio entramos en la tienda para avituallarnos más tranquilamente. En mi caso, además, para calentar las baterías de la videocámara, pues las de dos horas de duración alcanzan solamente para diez minutos reales. En uno de los repostajes, al más puro estilo Formula 1, Juan Antonio cambia de «gomas» aprovechando que el terreno ya está pisoteado. Se deshace de las incómodas raquetas y libera sus zapatillas consiguiendo así mejor media en las zonas de rugoso hielo.

La baja temperatura ha hecho mella en la estampa de los corredores. Todo lo que el sudor empapa se hiela inmediatamente. El vapor de la respiración se congela en los cristales de las gafas. El hielo se acumula en cejas, pestañas y barba. Al cerrar lo ojos los párpados se pegan. Los geles de alimento energético o están en contacto directo con el cuerpo o se convierten en helados de sabor tropical. Y todo a pesar de la coraza que llevamos contra el frío: tres capas en el cuerpo, dos en las piernas, guantes interiores, manoplas de plumón, verdugo, gorro, calcetines anticongelación, calcetines térmicos, zapatillas con membrana, polainas para que no entre nieve en las zapatillas, gafas

## *La vuelta al mundo en 42 Km.*

de ventisca. Todo ligero, transpirable y suficientemente caliente, pues cuando se realiza ejercicio físico de gran intensidad a temperaturas bajo cero el mayor problema es la sofocación provocada por el exceso de ropa o su mala transpiración.

La sopa caliente que tomamos nada más llegar a la Base está haciendo efecto en varios corredores y, como si de un tiro al blanco se tratase, van cayendo de cuclillas aliviando el intestino. A Juan Antonio y a mi también nos toca y aquí cualquier maniobra requiere de preparación y precisión.

Los kilómetros se estiran, los cuerpos acusan la fatiga y el asedio del ejército de frigorías polares no cesa. Pasado el «30» me cruzo con Juan Antonio en uno de los bucles.

— ¡*Chinotto*, esto es puro martirio, atento por si los de delante pinchan! — grito.

Pero mientras les filmo entre una escombrera de bloques de hielo superpuestos, a la que llamamos montaña rusa, me doy cuenta de que los de delante son duros como el hielo y difícil será que claudiquen.



## NO SIENTO MI CUERPO

No es fácil avituallarse en carrera. Primero hay que evitar que los geles de alimento que llevamos encima se congelen manteniéndolos con los puños cerrados en el interior de las manoplas de pluma y, después, para sorberlos, hay que desplazar el costrón de hielo en que se ha convertido el verdugo que protege la cara. En cuanto al líquido, gracias a que es agua caliente aguanta un poco más, pero es curioso ver los vasos sobrantes convertidos en bloques de hielo soldados a la mesa del control de avituallamiento.

Al postrero paso por la Base recojo la última batería caliente y corro a esperar a Juan Antonio en línea de Meta. Creo que es el tramo que más he corrido de todo el maratón. Thomas y Francesco hace unos minutos que han llegado por ese orden. Ya le veo, el color butano de nuestra ropa es inconfundible. Entra levantando los brazos y mientras filmo contesta en inglés a los presentes con la frase que mejor define el momento.

—*I don't feel my body, just my soul!* (¡No siento mi cuerpo, sólo mi alma!).

Al abrazarnos nos damos cuenta de que la ropa está tan rígida que parecemos robots. Disfrutado el momento, Juan Antonio corre a la tienda a desprenderse de la armadura de hielo. A mí todavía me quedan unos kilómetros. Cada vez que me quito la manopla derecha para manejar la cámara con el guante interior noto cómo el frío muerde los dedos como un alicate. El problema se acrecienta con el paso de las horas pues duelen menos y eso es síntoma de congelaciones, lo sé porque hace años las sufrí en los dedos de los pies. No sé cuánto tiempo llevo corriendo y filmando, hace rato que

el reloj dijo basta, el caso es que a dos kilómetros de Meta mi cuerpo está tan entumecido que no siento dolor.

Sorpresa, en los metros finales aparece *Chinotto* y filma mi entrada. ¡Al fin cumplí el sueño de correr el Maratón del Polo Norte! Juan Antonio dice a los pocos que permanecen junto a la pancarta de llegada que acabo de concluir el *Grand Slam Marathon* (quienes han completado un maratón en cada uno de los siete continentes y el Polo Norte). Thomas, el vencedor, me levanta en volandas mientras prometo ronda de cervezas en Svalbard. Ya en parado sí que duele el cuerpo, más que corriendo, así que troto a refugiarme al calor de la tienda salvadora.



## OTROS «42» EN BICICLETA

Imposible quitarme la ropa, Juan Antonio y Francesco, el italiano, me ayudan. Cuelgo todo frente al cañón de aire caliente y me meto en el saco a recuperar calorías. Acurrucado por el frío, mi cabeza no deja de centrifugar recuerdos de las ocho carreras que ha sumado este *Grand Slam Marathon* y me siento íntimamente reconfortado. También llega Roberto, el mexicano, cubierto de hielo y sin perder la vitalidad que le caracteriza. Al rato estamos comiendo como posesos todas las viandas que hemos traído de casa porque en dos horas volveremos a correr otros 42 kilómetros, esta vez en bicicleta. ¡Será la primera carrera ciclista de la historia en el casquete polar!

De nuevo en pie. En medio mundo hace rato que amaneció o se puso el sol, sin embargo, aquí, el sol sigue brillando rasante sobre el gélido horizonte. La tierra no ha parado de girar sobre sí pero nunca anochece. Maniatados a los manillares, un grupo de 20 corredores supervivientes del maratón damos la primera pedalada a lomos de bicicletas todoterreno. Han sido montadas con cambios integrados en las manetas de freno, indispensables para cambiar platos y piñones con manoplas, y ruedas de clavos con las que morder el hielo. Se había valorado la posibilidad de unir la Base BARNEO con los cercanos 90 grados de Latitud Norte (Polo Norte Geográfico exacto), pero los numerosos canales abiertos en el hielo obligan a centrar la carrera en la periferia de la Base.

Tras los 42 kilómetros a pie la gente está muy tocada. El desgaste físico ha sido considerable, la fábrica del frío funciona a pleno rendimiento y el mercurio ahora rasa los 30 grados bajo cero. Por si fuese poco, el viento se mueve. En vista del panorama decidimos arriesgar y lanzamos un ataque en la primera parte del recorrido

aprovechando el posible desconcierto. La jugada sale bien y pronto abrimos hueco, nadie quiere precipitarse. Quien sí se precipita es mi rueda delantera en una grieta tapada y me voy al suelo.

Una vez cazado, pasan los kilómetros sin que nadie «salte» a por Juan Antonio. Lo cierto es que cada cual está más preocupado de soportar los problemas que provocan el frío y el agotamiento que de lo que sucede por delante. Así que vuelvo a probar suerte. Tres corredores me siguen pero termino quedándome solo. La escapada de Juan Antonio va a más y yo protejo el segundo puesto. Si el maratón ha sido duro la carrera ciclista está siendo pura lucha sobre la bicicleta. Hay estampas que me recuerdan momentos épicos del viejo ciclismo en «blanco y negro».



**¡SÍ-SE-PUEDE!, ¡SÍ-SE-PUEDE!**

Atento de salvar grietas y balsas de nieve lo mejor posible, alucino al pensar que estoy rodando sobre un mar congelado en movimiento bajo el que se abren cuatro mil metros de abismo oceánico. Afortunadamente, para el recorrido ciclista los rusos han acondicionado un bucle con el pequeño tractor quitanieves, que utilizan para alisar la improvisada pista de aterrizaje. Esto permite pedalear y rodar en mejores condiciones que en el trayecto del maratón a pie, mucho menos ciclable y más peligroso.

Oro y Plata están al alcance de la mano pero el hielo acumulado en el cuerpo y la imposibilidad de avituallarnos, pues los geles alimenticios se han convertido en polos helados de sabores, no permiten errores. No quiero ni pensar lo que supondría sufrir en estas condiciones una clásica «pájara».

Nuestro amigo Roberto, al enterarse de que los españoles están reventando la carrera, sale de la tienda a animarnos.

—¡Agua y comida! —le grita Juan Antonio.

Dicho y hecho. Al siguiente paso por la pista de aterrizaje Roberto nos ayuda a tragar gel energético y agua que mantiene protegida bajo su ropa, evitando así que se congele. A mí incluso me deja sus manoplas pues no siento las manos, ni siquiera soy capaz de ponerme las sin su ayuda.

A lo lejos veo cómo Juan Antonio levanta victorioso el puño bajo la pancarta de Meta. Para él la carrera ha terminado pero en juego siguen el segundo y tercer puesto del «cajón». Con semejante inyección de moral, los ánimos de Roberto y el último «arreón» de coraje, difícil será que me «cacen» en la vuelta que queda.

## La vuelta al mundo en 42 Km.

Todavía puedo escuchar cómo nuestro amigo mexicano gritaba:

— ¡SÍ-SE-PUEDE! ¡SÍ-SE-PUEDE!

Gracias al magnífico Roberto sí se pudo conseguir el doblete. El Oro y la Plata eran nuestros.

Pero si ambas carreras habían sido difíciles para los que hemos utilizado las dos piernas, mención aparte merece el atleta paralímpico de Singapur William Tan. A lo largo de un lateral de la pequeña pista de aterrizaje, acondicionada sobre el hielo flotante, William lograba cubrir los 42 kilómetros después de 21 horas de esfuerzo, una tras otra sobre su silla de ruedas. Rotundamente, él fue el gran vencedor del Maratón del Polo Norte y todos corrimos a felicitarle tras cruzar bajo la pancarta de Meta. Hace tiempo que el doctor Tan persigue el reto de completar el *Grand Slam Marathon* y su empeño está sirviendo para recaudar fondos dirigidos a una organización médica humanitaria. Meses después de su aventura polar ártica, conseguiría su objetivo tras concluir el último maratón en la Antártida y recaudar, así, miles de dólares para su loable causa.



## **CORRE A POR UN MUNDO MÁS LIMPIO**

De vuelta a nuestra tienda y a la genuflexión frente al venerado cañón de aire caliente, al que habíamos bautizado como «agujero caliente», lloro de alegría al abrazarme a Roberto. Es tanta la tensión liberada que no paramos de contar peripecias. Ya dentro del saco Juan Antonio me pregunta qué tal estoy.

—¡La vida puede ser maravillosa! —le respondo.

Vaya si lo era... Dos carreras, seis medallas en liza y los dos madrileños del Equipo Canarias se hacían con tres.

Después de unas horas de sueño el grueso de la expedición volábamos en un helicóptero MI-8 al punto exacto donde el GPS marca 90°N (Polo Norte Geográfico). Allí, junto al activista de *Greenpeace* Francesco Galanzino, leíamos un comunicado de sensibilización contra la desmedida contaminación generada por el hombre, y la obligación que tenemos los habitantes de este planeta de proteger ecosistemas tan amenazados como es el propio Océano Glacial Ártico.

Como allí se dijo, si no lo remediamos, en pocos años el casquete polar podría desaparecer debido al calentamiento de la Tierra, y los primeros en sufrir el deshielo están siendo los osos polares, que mueren en pleno océano al quedarse sin hielo donde aferrarse y cazar. Después serán los pueblos indígenas *Inuit*, habitantes de las tierras circumpolares, que ya están viendo cómo el *permafrost* (tierra permanentemente congelada) se convierte en barro debido a las inusuales altas temperaturas. ¿Quiénes serán los siguientes...?

Junto al lema de *Greenpeace* «Salva el clima. Revolución energética», el Equipo Canarias se sumaba a esta acción reivindicativa con su eslogan «Corre a por un mundo más limpio».

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## GIRANDO SOBRE EL EJE TERRESTRE

Una vez tiradas las últimas fotos y filmada la panorámica que circunda la posición que el GPS señala en ese momento fugaz como Polo Norte Geográfico, los pilotos rusos nos avisan de que hay que despegar antes de que los motores del helicóptero se enfríen. Pero antes de volver a la Base BARNEO el sentimiento me puede y utilizo el teléfono satélite para compartir con mi sobrino Miguel (el otro Miguel Caselles, de ocho años) la emoción de estar caminando alrededor del eje terrestre.

—¿Qué se ve desde allí tío? —me pregunta.

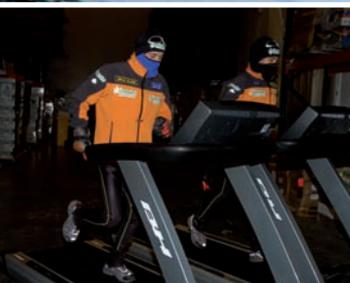
—Sólo hielo y más hielo, Miguel —le contesto.

—Pues abrígate mucho tío, que como se entere la abuela de que estás ahí verás —remata.

De regreso a Svalbard, frente a un grifo de cerveza que no da abasto, nos despedimos de la gente con la que hemos compartido tanto. Al día siguiente cada uno tomará su rumbo y quizá no volveremos a vernos. Pero estoy seguro de que ninguno olvidaremos los días en que dichosamente «perdimos el Norte», corriendo allí donde el Norte se acaba, el sudor se congela y el alma se encoge.



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



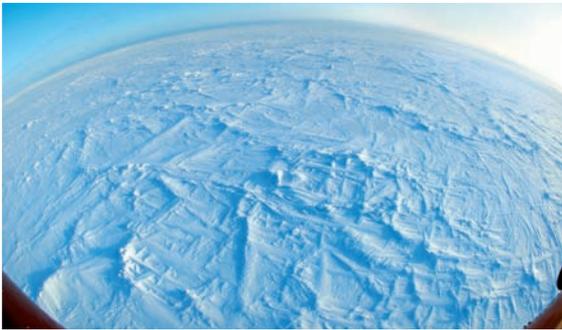
*North Pole Marathon*





# North Pole Marathon







*La vuelta al mundo en 42 Km.*



# North Pole Marathon











*La vuelta al mundo en 42 Km.*





*La vuelta al mundo en 42 Km.*

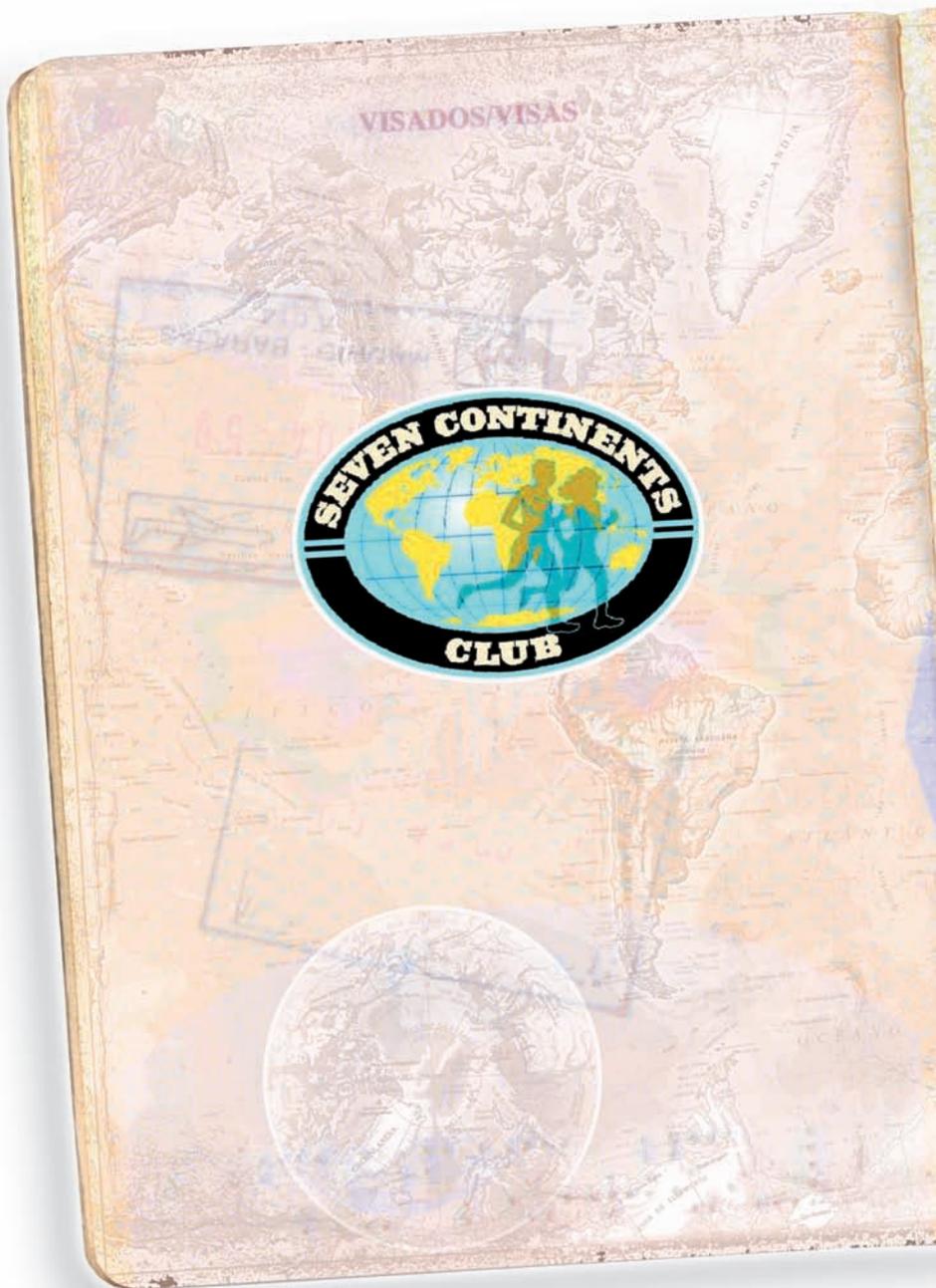




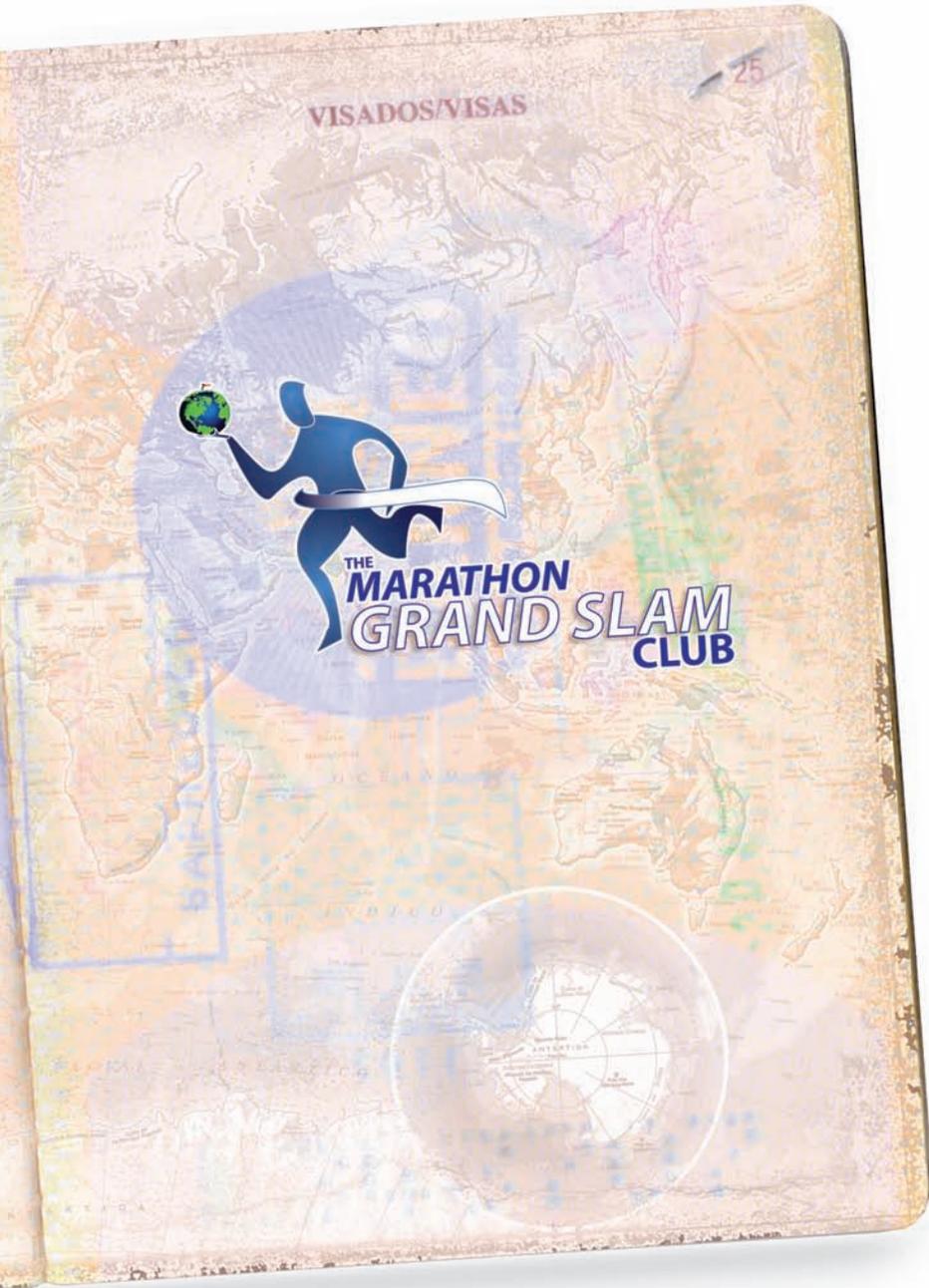




*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## EPÍLOGO

### *Completa colección de pasos*

Resulta increíble que el centímetro que ocupa el ancho de una línea de Meta condense tantas vivencias y aventuras. Y es que para correr los 340 km que han sumado «los ocho», había tenido que recorrer unos 172.000 km de viaje (unas cuatro vueltas alrededor de la Tierra), entre los trayectos de ida y vuelta desde Madrid, utilizando 44 vuelos y nueve medios de transporte diferentes. A lo que hay que sumar varios pares de zapatillas y unos cuantos miles de kilómetros entrenando.

Se habían completado así, corriendo, los cuarenta y dos kilómetros de ocho genuinas obras de arte atléticas, concebidas por ingeniosos y abnegados organizadores. Rebuscadas y elegidas en cada continente más el Polo Norte por su belleza y dureza. A través de culturas, caminos milenarios, conflictos humanitarios, entornos rurales, montañas, glaciares, hielo flotante a la deriva y desiertos, con la única energía que el cuerpo humano y la imaginación son capaces de generar sobre un par de zapatillas. Porque, ante todo, la acción de «correr» he querido traducirla simbólicamente como el derecho universal de todo hombre y mujer a su personal y social liberación.

Superadas mil peripecias y otras tantas satisfacciones deportivas y personales «pilotando» un prodigioso par de zapatillas «con vistas», me siento feliz de haber finalizado esta singular *Vuelta al mundo en 42 kilómetros* corriendo en libertad. Pasado el tiempo, he comprendido que la recompensa después de conocer y sentir tanto a lo largo de estos kilómetros de carrera y de viaje, es algo tan extraordinario como el deseo de seguir «gastando suela» con los ojos bien abiertos por nuevos caminos de entendimiento. Todo lo contrario que el destino de miles de personas que a diario se ven sometidas al castigo

de «correr» furtivas al límite de sus fuerzas huyendo del hambre y los bombardeos. Para cada uno de esos semejantes su Meta es llegar con vida al final de cada día, algo que desde la parte del mundo más favorecida muchos no son capaces de imaginar. Ni siquiera asistiendo a diario y en butaca preferente a su trágico drama desde la ventana al mundo que son los informativos de televisión.

A pesar de que el gesto de correr erguido utilizando las dos piernas fue un eslabón determinante en la evolución de la especie humana, en su conjunto hoy los humanos principalmente corremos porque perseguimos, porque huimos o porque nos ejercitamos lúdicamente mediante el simple gesto de la carrera a pie. Según están estructuradas las sociedades, unos son los que generalmente persiguen, otros los que normalmente huyen y una privilegiada minoría los que paradójicamente lo hacemos como desahogo o superación personal, sin horizonte a la vista o sobre máquinas bajo techo. Con un panorama así, si no somos capaces de correr todos a relevos de una vez, la acción de «correr» seguirá teniendo diferente significado y consecuencia vital dependiendo de quién y dónde se haga.

Al igual que al principio de los tiempos, cuando el hombre sólo disponía de sus dos piernas como medio de locomoción para salvar grandes distancias en busca de un mundo mejor, en estos tiempos de propósitos y despropósitos sociales, las zancadas de un corredor han pretendido llegar, también corriendo, a las conciencias para clamar una vez más por el derecho universal de quienes habitamos este mundo a ¡Correr en Paz!

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



*A* quienes tienen que correr huyendo  
del hambre, las guerras, el terror  
y la represión para salvar la vida.

## RECONOCIMIENTOS ATLÉTICOS

Calzarse unas zapatillas y salir a «quemar suela» puede ser más o menos cansado, pero lo que de verdad llega a extenuar es encontrar la manera de correr fuera de los caminos que circunvalan el perímetro de nuestro hábitat cotidiano. Si, como ha sido el caso, se consigue dar el salto, es gracias a intercambios publicitarios, colaboraciones y favores que contribuyeron a catapultarme a la línea de Salida de unos maratones tan lejanos.

A las organizaciones del *Antarctica Marathon*, *Ultramaratón de los Cañones*, *Marathon Alpine Galarleiz*, *Great Tibetan Marathon*, *K42 Villa La Angostura*, *Sahara Marathon*, *Six Foot Track Marathon* y *North Pole Marathon*. A las líneas aéreas AIR FRANCE, KLM, QANTAS y SAS. A PROMOTUR, Turismo de Canarias. Al Consejo de Promoción Turística de México. A la Oficina de Turismo de Noruega. A la revista *Corricolari*. A los almacenes frigoríficos AFRIBA. A los proveedores de equipamiento técnico Solo Climb, Monver, Bicicletas Andrino y BH Fitness. A la familia Embarka. A Brahim Cheij. A Pedro Galarza. A Pedro Fletes. A Ángela San Miguel. A Rodi Dómina y Diego Zarba. A Inés Carmiña y Gustavo Ballari. A Mari Mar Cerezo y Michael Walton. A Richard Donovan. A Agustín Guerra. A Victoria Sánchez. A mi hermano Carlos. A quienes he olvidado mencionar y a cuantos han compartido corriendo, animando, viendo o leyendo alguno de los miles de pasos que ha sumado esta «maratonmaníaca» *Vuelta al mundo en 42 kilómetros*.

¡A todos ellos gracias!

## RECONOCIMIENTOS EDITORIALES

*La vuelta al mundo en 42 kilómetros* narrada desde las *Crónicas de un maratonauta caminero*, es decir, el libro que ahora tenéis entre las manos, ha supuesto finalizar otro singular maratón para el que no veía fin. Un largo «carrerón», mucha veces tedioso y otras tantas emocionante, pero más que gratificante a su conclusión cuando textos y fotografías han compartido el espacio liberado por la curiosidad de un desconocido.

Si esto ha sido así, permitidme nombrar a quienes han hecho posible que estemos hojeando este libro, al tiempo de mostrar mi sincera gratitud por su incondicional colaboración:

A Victoria Sánchez, Mike King, Antonio Abad –«Cañorroto»–, Pedro Galarza, Luis Bonete, Montaña Macías, Søren Solkaer Starbird, Kike Garrandés y José Blanco por aportar a estas páginas sus fotografías.

A Yolanda Delgado, la correctora incorregible de textos imposibles.

A Cristo Peregrin, por su diseño y maquetación.

A Victoria Sánchez, por sus ilustraciones.

A Juan Ignacio Sánchez, maestro alquimista de ideas y proyectos.

A la Consejería de Cultura, Deporte y Turismo de la Comunidad de Madrid, por convertir en libro tantos kilómetros de sensaciones.

Y a vosotros, por «correr viajando» sin prisas ni prejuicios sobre las páginas de éste, vuestro libro.

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## **COPYRIGHT FOTOGRAFÍAS**

### **ANTARCTICA MARATHON**

Victoria Sánchez

### **ULTRAMARATÓN DE LOS CAÑONES**

Victoria Sánchez

### **MARATHON ALPINE GALARLEIZ**

Antonio Abad – «Cañorroto» –. Pedro Galarza

Archivo Marathon Alpine Galarleiz. Juanma Ajegas

Victoria Sánchez. Montaña Macías. Luis Bonete. José Blanco

### **GREAT TIBETAN MARATHON**

Søren Solkaer Starbird. Miguel Caselles. Kike Garrandés

### **K42 VILLA LA ANGOSTURA**

Victoria Sánchez

### **SAHARA MARATHON**

Victoria Sánchez. Luis Bonete. Miguel Caselles

### **SIX FOOT TRACK MARATHON**

Victoria Sánchez. Miguel Caselles

Juan Antonio Alegre – «Chinotto» –

### **NORTH POLE MARATHON**

Mike King. Miguel Caselles. Juan Antonio Alegre – «Chinotto» –

## **DATOS TÉCNICOS DE CADA MARATÓN**

(Referidos a la edición de los años mencionados)

### **ANTARCTICA MARATHON**

<b>FECHA:</b>	Marzo de 2003.
<b>UBICACIÓN:</b>	King George / Antártida.
<b>RECORRIDO:</b>	Entre las Bases Científicas Rusa, Uruguay, Chilena y China y el Glaciar Collins.
<b>DISTANCIA:</b>	42 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	+/- 2.010 metros.
<b>TERRENO:</b>	Ondulado sobre nieve, hielo y tierra.
<b>CONDICIONES CLIMATOLÓGICAS:</b>	2° C bajo cero y vientos de 50 km/h. Sensación térmica de 15° C bajo cero.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media / Alta.

### **ULTRAMARATÓN DE LOS CAÑONES**

<b>FECHA:</b>	Julio de 2003.
<b>UBICACIÓN:</b>	México / América del Norte.
<b>RECORRIDO:</b>	Por las Barrancas del Cobre, junto a los Indios Rarámuri.
<b>DISTANCIA:</b>	42 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	100 KM: +/- 3.500 metros. 63 KM: +/- 3.300 metros. 42 KM: +/- 2.300 metros.
<b>TERRENO:</b>	Montañoso por senderos y pistas.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media / Alta.



### MARATHON ALPINE GALARLEIZ

<b>FECHA:</b>	Julio de 2003.
<b>UBICACIÓN:</b>	España / Europa.
<b>RECORRIDO:</b>	A lo largo de los Montes de Ordunte, entre Burgos y Vizcaya.
<b>DISTANCIA:</b>	42 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	+/- 3.501 metros.
<b>TERRENO:</b>	Montañoso por senderos y pistas.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media / Alta.

### GREAT TIBETAN MARATHON

<b>FECHA:</b>	Agosto de 2003.
<b>UBICACIÓN:</b>	India / Asia.
<b>RECORRIDO:</b>	Paralelo al Río Indo, en el valle de Ladakh, vertiente norte de la cordillera del Himalaya.
<b>DISTANCIA:</b>	42 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	+/- 700 metros.
<b>TERRENO:</b>	Ondulado por asfalto viejo, pistas y senderos.
<b>ALTITUD:</b>	+/- 3.800 metros.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media.

### **K42 VILLA LA ANGOSTURA**

- FECHA:** Octubre de 2003.  
**UBICACIÓN:** Argentina / América del Sur.  
**RECORRIDO:** Sobre varios montes de la Patagonia Andina.  
**DISTANCIA:** 42 kilómetros.  
**DESNIVELES ACUMULADOS:** +/- 3.150 metros.  
**TERRENO:** Montañoso por senderos y pistas con un tramo de cinco kilómetros sobre nieve blanda.  
**DIFICULTAD:** Media / Alta.

### **SAHARA MARATHON**

- FECHA:** Febrero de 2004.  
**UBICACIÓN:** Campamentos de Refugiados Saharauis / Argelia / África.  
**RECORRIDO:** Entre los Campamentos del Aaiún, Auserd y Smara.  
**DISTANCIA:** 42 kilómetros.  
**DESNIVELES ACUMULADOS:** +/- 300 metros.  
**TERRENO:** Desértico por pistas de tierra y arena.  
**CONDICIONES CLIMATOLÓGICAS:** 30° C con ligera brisa.  
**DIFICULTAD:** Media.

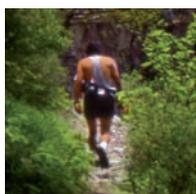
### **SIX FOOT TRACK MARATHON**

<b>FECHA:</b>	Marzo de 2004.
<b>UBICACIÓN:</b>	Australia / Oceanía.
<b>RECORRIDO:</b>	A lo largo de las Montañas Azules.
<b>DISTANCIA:</b>	45 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	+/- 3.070 metros.
<b>TERRENO:</b>	Montañoso por senderos y pistas.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media / Alta.

### **NORTH POLE MARATHON**

<b>FECHA:</b>	Abril de 2007.
<b>UBICACIÓN:</b>	Océano Glacial Ártico / Proximidades Polo Norte Geográfico.
<b>RECORRIDO:</b>	Periferia del campamento flotante ruso Base Polar BARNEO.
<b>DISTANCIA:</b>	42 kilómetros.
<b>DESNIVELES ACUMULADOS:</b>	+/- 150 metros.
<b>TERRENO:</b>	Intrincado y rompepiernas por los caóticos bloques de hielo amontonados, grietas y dunas de nieve azúcar, que pueden hacer necesario el uso de raquetas de nieve.
<b>CONDICIONES CLIMATOLÓGICAS:</b>	25°C / 30°C bajo cero con viento en calma.
<b>DIFICULTAD:</b>	Media / Alta.

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



## ÍNDICE

Prólogo .....	5
Introducción .....	11
Antarctica Marathon (La Antártida) .....	16
Ultramaratón de los Cañones (América del Norte) .....	50
Marathon Alpine Galarleiz (Europa) .....	88
Great Tibetan Marathon (Asia) .....	116
K42 Villa La Angostura (América del Sur) .....	148
Sahara Marathon (África) .....	180
Six Foot Track Marathon (Oceanía) .....	216
North Pole Marathon (Océano Glacial Ártico) .....	246
Epílogo .....	286
Reconocimientos .....	290
Copyright fotografías .....	292
Datos técnicos .....	294

*La vuelta al mundo en 42 Km.*



**E***ste libro se terminó de escribir a orillas del río Jarama, bajo la luna llena de una noche del mes de diciembre de 2007, con el sabor agridulce de los recuerdos y el deseo de nuevas aventuras, aunque ya no serán a bordo de ese par de zapatillas descarriadas que tanto me han hecho sentir.*



**NOTA:** Los datos mencionados en este libro son referidos a las fechas en que el autor realizó los diferentes viajes y maratones. En ciertos capítulos se han utilizado fotografías de varias ediciones y/o entrenamientos. Algunas de ellas fueron tomadas, *ex profeso*, como apoyo al montaje fotográfico.



**C**orrer, algo tan sencillo como correr, es el pretexto que utilizó Miguel Caselles para realizar un fascinante viaje alrededor del mundo corriendo en cada uno de sus siete continentes y el Océano Glacial Ártico. La mítica carrera de Maratón llevada a los extremos geográficos es el hilo conductor de sus relatos de viaje y carrera a pie, motivo de este libro.

A lo largo de ocho dinámicas crónicas de 42 kilómetros cada una, Miguel desmitifica sutilmente la propia competición para hacernos sentir la perspectiva que brindan las zapatillas de un corredor en espacios naturales de La Antártida, América del Norte, América del Sur, África, Asia, Europa, Oceanía y el Polo Norte. Corriendo a la vez que observando, Miguel fue enlazando fabulosas carreras de Maratón alejadas del asfalto y las grandes urbes, todas elegidas por desarrollarse en escenarios naturales y sociales tan privilegiados como amenazados; donde se conjugan culturas milenarias y minorías étnicas, desastres ecológicos y sociedades en conflicto. Lugares de aprendizaje, admiración o sobresalto para quienes allí recalaran. Algo que le llevó a reivindicar, maratón a maratón, el respeto que las sociedades y el medio ambiente merecen. ■

GROENLANDIA  
42 kilómetros  
La vuelta al mundo en  
Miguel Caselles